

A woman with long, wavy red hair is seen from behind, sitting on a dark, possibly black, surface. She is wearing a red skirt and a white top with a floral pattern. She is looking towards a wall. On the wall, there is a white, round, vintage-style clock with Roman numerals. The wall is a textured, light-colored material, possibly concrete or plaster, with some visible cracks. To the left of the woman, there is a portion of a gold-colored door frame. The overall lighting is somewhat dim, creating a moody atmosphere.

Sentada al  
borde de  
la cama

Roberto Sánchez

# **Sentada al borde de la cama**

Roberto Sánchez

© Roberto Sánchez

Registro Propiedad Intelectual 49/367235.9/19

## Parte I

## Madrid, 2019

No lo podía entender. No me cabía en la cabeza que hubieras dejado tu vida en mis manos. Y menos que lo hubieras escrito en ese papel del demonio. Era imposible que supieras nada cuando lo firmaste. Al día siguiente se cumplía el plazo, Marta. Se había empezado a descubrir toda la verdad sobre ti, sobre mí.

Quedaban veinticuatro horas para que me dieras alguna señal y tomara una decisión. Si hubieras podido oírme, habría bastado ese tiempo para ponerte al día de lo que ocurrió desde que entraste en ese sueño profundo, en ese silencio que te estaba matando a ti y que nos había condenado a las dos.

Me costó reconocerte. Quizás porque entré deslumbrada. Llegué con los ojos llorosos, como se me ponen cada año por esas fechas cuando empieza la primavera lanosa de Madrid.

Vi el número en la puerta: 227. Como para no creer en las casualidades. El veintidós, Marta, el de la suerte. Y el veintisiete, el que nos salvó una vez; tu número fetiche.

Entre mi conjuntivitis y la media luz, no me había fijado, pero aquella habitación tenía hechuras de una suite de hotel a la que hubieran ido vaciando poco a poco; ahora un cuadro, más tarde un aplique, mañana una alfombra, hasta que la dejaron únicamente con lo puesto, en los huesos. Como estabas tú. Pero una suite, al fin y al cabo.

Llevabas un año ajena a todo, dormida, inmóvil, en mitad de aquel vacío, en una cama pequeña, diminuta, amarrada a la vida por un lío de cables y tubos.

Olía a clavo y a zotal. A consulta de dentista. También había algo tuyo en el ambiente. Me transportó a mil momentos, aunque se me agolpaban todos y ninguno era capaz de colocarse en su sitio. Lo intento ahora al escribirlo. Observé un frasco medio abierto de tu perfume de toda la vida sobre el estante inferior, junto a un líquido desinfectante y tu reloj de pulsera que seguía parado. A saber desde cuándo. Por la hora podría ser desde el instante fatal.

Me costó reaccionar. Me debatí entre dar aquel paso o salir huyendo. Cuando estaba a punto de sentarme junto a ti, volví una vez más hacia la puerta para preguntar cuánto tiempo podía quedarme. Deseé que me dijeran, márchese, váyase cuando quiera. En cambio, me respondieron que estuviera tranquila, que me tomase mi tiempo: «ya le avisaremos».

Me temblaba todo. Quería que despertaras. Lo deseaba, y sin embargo te hablaba en susurros, como cuando me colaba a hurtadillas en tu habitación a la hora de la siesta. Pero no vi tus zapatillas ni a un lado ni otro de la cama, ni tuve que apartar tus trapitos que habrían estado hechos un higo, tal cual hubieran caído en aquel galán que era otro esqueleto, o revueltos de cualquier manera sobre la butaca en la que dejé el bolso. Un sillón abatible para las visitas. Me hubiera quedado a dormir allí más de una noche, pero sabes que no podía correr ese riesgo.

Llevaba los documentos que había leído millones de veces. Los entendía menos que los valores de las dos pantallas que te custodiaban. Respecto a estas, supuse que todo estaría bien mientras fueran marcando una misma cadencia, mientras no saltara la alarma y se llenara todo

aquello de enfermeras. Imagino que también de policías.

Me fio de ti. De lo que escribiste. Por muy sospechoso que resultara que antes del accidente hubieras sido capaz de dejar las instrucciones sobre tu legado dispuestas con tanta precisión. Si descartamos la brujería, no se me ocurre ninguna otra posibilidad. He barajado muchas hipótesis, pero no dejan de ser conjeturas. Ninguna de ellas está exenta de cierta dosis de *conspiranoia*. Y no faltan razones para alimentarlas: desde tu posible conexión con las tramas corruptas del excomisario Bermejo, a tu peligrosa cercanía con el ministro del que fuiste compañera de pupitre.

No había aparecido todavía el tipo del tatuaje, el que conducía el Tiguan de color negro. No había sido capaz de encontrarlo. Tampoco quedaba rastro del dinero.

Cada mañana, cuando me despertaba, lo único que sabía es que era martes, o lunes, o jueves ...y que me llamaba Alicia. Poco más. Me sorprendía allí, donde fuera, boca abajo, restregándome con una almohada desconocida, intentando recordar dónde había dormido. Hundía bien la nariz y aspiraba con fuerza. Nunca me resultaba familiar la funda áspera de turno que habrían lavado mil veces, aunque no recientemente. Digo mil porque es cuando empiezan a brotarle esas pequeñas borlitas con las que me arañaba las mejillas.

Era la casa de un hombre. Otro más. Un tipo que ni siquiera había tenido el detalle de colocar unas sábanas limpias. Aquellas desprendían un olor espeso, con una solera que no se consigue fácilmente. Mira que hay que vestir una cama durante muchos días seguidos y que no le hayan concedido ni unos minutos diarios de ventilación para llegar a acumular ese buqué al que me refiero. ¡Qué asco, por Dios! Bueno, esas no serían precisamente las blasfemias que saldrían de mi boca unas horas antes, cuando las hubiera mordido con todas mis fuerzas, cuando estuviera poniendo de mi parte para aumentar el pozo sin fondo de gérmenes que acumulaba. Soy así de generosa cuando me lo están dando todo, ya lo sabes.

A ese tipo también le habría dicho que me llamaba Alicia. Una de todas esas Alicias en las que me había convertido durante ese año. Todas las que habían estado buscando a nuestro hombre.

He perdido la cuenta de las mentiras a las que he tenido que recurrir para llegar a saber la verdad, Marta.

En ninguna de esas citas había sido quien soy para quienes creen conocerme: la mujer que acaba de cumplir los cuarenta —cuarenta y pocos—, la profesional de éxito, la de la envidiable solvencia económica para los tiempos que corren; esa tipa con una formación sólida, leída, cultivada, intelectualmente inquieta, con ciertas necesidades culturales. Y sin abuela que estoy. Eso es.

Empecé sin una idea sobre lo que podía ocurrirme. Sin prejuicios. Total, era una mujer soltera, sin obligaciones ni ataduras sentimentales; que seguía sin conocer lo que es tener una relación estable; que sabía que a su edad eso no es muy normal; que no está bien visto socialmente; que levanta sospechas. Todavía hoy en día. Sobre todo, en una mujer. Das pie a que te tachen de rarita, a que les des mala espina y quieran salir huyendo. «¿Dónde estará la tara?», se pregunta el personal.

Sabes que no soy de esas que tienen aversión a las de su especie. En todo caso soy algo tímida. Me obsesiono por el qué van a pensar de mí si hago esto o si digo aquello otro. Quizás sea esa la coraza con la que me protejo de mis inseguridades y mis complejos y la que acaba dando una idea bastante distorsionada de mí; de una persona altiva o distante.

Eso recuerdo que me dijiste nada más conocernos, Marta. O Dolly, porque en la Facultad de Derecho todos te llamaban así. ¿De dónde te venía? De muñeca, explicabas; que así te habían

bautizado en el instituto de Connecticut donde cursaste el equivalente al COU español. Claro que, con el tiempo, cualquiera que llegara a conocerte sabía que era mucho más cauto poner en cuarentena todas las anécdotas con las que tú misma, cuando no tus hagiógrafos, contribuyeron a alargar la sombra de tu carisma hasta convertirte en una leyenda. Había que ir con sumo cuidado al aproximarse a tu perfil, no fuera a ser que acabara contaminado por alguno de esos bulos preñados de intención.

También me dediqué a eso: a indagar. Porque siempre había dado por bueno lo que me contaste sobre tu pasado. ¿Por qué tendría que dudar? Supuse que el hecho de ser una profesional del engaño no obliga a ser una mentirosa compulsiva con la gente que quieres. Hemos sido amigas y me has querido, ¿verdad, Marta?

A grandes rasgos, si una se pone a bucear en tu biografía, parece que no existe ninguna duda de que Marta Suárez Enjuanes nació en Elche, en 1976. Hija de Margarita, aparadora de calzado de profesión, y de un viajante de comercio al que nunca llegaste a conocer. O sea, a efectos de inventario, toda la vida has llevado auestas el sambenito que se le pone en los pueblos a las hijas de madres solteras. Porque poco o muy poquito se sabía de quien te había dado el Suárez del primer apellido. Nunca te contaron ni tan siquiera qué tipo de estampados, de telas o de pulimentos llevaba ese vendedor en su cartera. El tal Suárez dejó de dar señales de vida después de recibir la noticia de que de su última visita no había fructificado únicamente un pedido millonario de los que solía facturar a Calzados Antón. Ahí entraríamos en el capítulo de las especulaciones. Ninguna probada. Aunque me contaste, con cierta guasa, que había dos teorías que corrían como la pólvora y con mejor suerte que el resto: las dos tenían en común tu parecido con el propio patrón de la marca, con Amadeo Antón, una retirada que iba algo más allá de la casualidad. Más adelante descubriste que también teníais maneras de proceder muy similares.

Eso mismo, tal cual me lo confiaste, lo pude corroborar sobre el terreno. Allí volví a oír la hipótesis que sostiene que nunca hubo un Suárez como tal, sino que tú serías la consecuencia de la furtiva relación de tu madre, Margarita, con el patriarca de la empresa. Una relación consentida por su mujer. ¿Consentida? ¿Por qué? Al parecer, a cambio de que Amadeo Antón no le pusiera a ella cortapisas a sus pulsiones amorosas, que iban en dirección contraria, ya me entiendes. Las verdaderas preferencias sexuales de la señora eran conocidas, pero tanto los padres de uno como de otra no las tuvieron en cuenta. Es más, las pisotearon cuando arreglaron la boda entre ellos. Lo hicieron con noble intención de salvar su alma. También para que no se diluyera la sociedad patrimonial que sumarían entre las dos familias.

Pero, chica, sigue teniendo peso y hace furor entre el chafardeo la otra escuela, la que argumenta realmente eras nieta de Amadeo Antón, nada de hija. Porque este, en uno de sus escauceos extramaritales, dejó embarazada a una alemana que, camino de Denia para embarcar hacia las islas y perder sus rumbos en las playas ibicencas, recaló en Elche sin saber muy bien ni cómo ni por qué. E igual que aquel destino no entraba en sus planes, tampoco le encajaba en su futuro idealizado lo de cargar con la criatura del bombo que se llevaba de recuerdo. A Antón no le resultó difícil convencerla de que volara ligera y que dejara a su cargo al bebé; tu madre, a la postre. Puso en el empeño una dosis de afilada labia, incluida una sutil insinuación que quizás a alguien muy quisquilloso le podría haber sonado como un principio de extorsión. También puso en la mochila de la alemana un argumento muy atractivo: un rulo de billetes de mil pesetas. Así se las gastaba el abuelo.

Esta teoría se remataba —nunca mejor dicho, y por eso sé que era tu preferida— con la idea de que a Antón le hubiera nublado las entendederas saber que el viajante de Palencia se había

inhibido en sus obligaciones de dejar preñada a su hija. Amadeo habría vengado esa deshonra haciéndole tan de menos al tal Suárez, que lo dejó en nada. Sus huesos, órganos y vísceras habrían acabado desechos, por el efecto de la cal viva, enterrados en la parte trasera de la nave antes de que una milagrosa recalificación elevara la categoría de aquel terreno rústico a suelo industrial. De esta forma, afirmar que a Suárez se lo había tragado la tierra, no se quedaba en una frase hecha, sino que era algo más profundo.

Sea tu padre o tu abuelo, es evidente que su herencia la llevas en la sangre. Este coma que te ha dejado postrada, el accidente de circulación que sufriste hace un año, ha sido el único revés del destino que te logró neutralizar, que pudo con Marta Suárez Enjuanes. La primera vez que lograron apresarte. Probablemente la última. Otras veces estuviste cerca de que te cortaran las alas, pero tuvimos reflejos y agallas para salir indemnes.

\*\*\*

Nos reencontramos en aquella clínica donde te mantenían vigilada, en custodia permanente. Hasta qué punto no se fiaban, Marta, que el primer mes te tuvieron esposada a la cama a pesar de las evidencias médicas sobre tu diagnóstico; se llegó a especular que aquella fuera otra de tus tretas una vez que te habías visto acorralada por la Policía y dando por hecho que no te quedaba otra que rendirte.

Has sido tan escurridiza que los archivos policiales no han debido tener acceso a más fotografías que la que sigue apareciendo en los medios, cuando cuentan lo que se sabe sobre tu accidente y tu detención. Igual que en todos los carteles de «se busca» que se repartieron por comisarías, aeropuertos y gasolineras. Es una foto de aquella época. Eternamente joven, Marta.

Dolly es el nombre que figura bajo tu imagen, en la orla de aquella promoción de la Facultad de Derecho en Bellaterra. Fue una apuesta, ¿recuerdas? Una de las primeras, cuando no te jugabas cosas de gran valor material a no ser que ese fuera el único aliciente con el que provocar al adversario, para incitarlo a que se lanzara de cabeza creyendo ingenuamente que podría tener alguna opción.

No recuerdo ahora mismo qué fue lo que apostaste. Fuera lo que fuera, ganaste una vez más. Te empeñaste en hacer posible la gamberrada que habría de quedar para los anales. Otro de esos retos que brotaban de tu orgullo. Terca como ninguna. Eran brotes que te daban por culpa del aburrimiento, ante la falta de exigencia de los estudios. A esa cabecita privilegiada le faltaban acicates. Ya antes, por esa misma carencia de estímulos, habías abandonado Periodismo, desamorada de la carrera que te había llevado hasta Barcelona. Necesitabas adrenalina para no precipitarte por una de aquellas temidas fases depresivas y auto destructoras.

Sé que no fue casual que el grueso de la banda coincidiéramos en la misma universidad. El azar es cuando el destino logra entretrejer un cúmulo de circunstancias cuasi mágicas. Y aquello fue, como todo en tu vida, el resultado de un minucioso plan pergeñado por ti, por la gran líder. Tenías claro que querías elegirnos a cada uno de nosotros personalmente; hacer tú la criba, no delegar en nadie.

Astrid Poncela, tu primera confesora, escudera servil, y Javier Dorado, tu intendente. Ahí están los dos en la misma orla, flanqueándote.

Astrid, con su peinado de candidata Batasuna en Elorrio y su expresión permanente de susto:



mofletes hundidos, labios de pez y ojos fuera de la órbita. O sea, Astrid.

Y Javier. Javier, gracias a la toga y el birrete, probablemente sea la primera vez en su vida que lo veo vistiendo otra cosa que no sea un pullover azul o el típico bléiser cruzado que debían repartir entre la clientela demócrata cristiana de los colegios elitistas de Sant Cugat. Aunque sé que no es esa la foto que más recuerdas de Javier, ni la que marcó más su destino, ¿verdad? Luego llegamos a eso.

Yo no estoy en la orla. Me sumé al grupo después, procedente de la Facultad de Informática. Por ser más precisos, fuiste a buscarme hasta allí.

A mis oídos ya habían llegado los ecos de tus andares de grandeza. Sabía de ti cualquier bicho viviente que pasara un par de horas al día por aquel campus. Se referían a Marta Suárez como una tipa imperturbable, de voz gélida y mirada arrogante. Una joven seductora a la que no había persona que, después de haberla conocido, no la describiera físicamente de una manera totalmente diferente a como lo había hecho alguien tres minutos antes. Así de camaleónica. Unos destacaban tu mentón, despuntando hacia el norte, con seguridad; otros a tu leve inclinación que iba adquiriendo tu cabeza, meciéndose a la izquierda conforme hablaban contigo, simulando que escuchabas, aunque ni los oyeras. El único runrún al que atendías era al del engranaje de tu maquinaria, de tus pensamientos, de tus ideítas, dale que te pego; a ese ingenio al que no le dabas tregua ni tan siquiera en sueños.

Quizás por eso, cuando vi que te acercabas hasta la mesa del bar de Letras donde solía despachar mis encargos, quise estar a tu altura. Hasta que en un momento dado arranqué de tus labios aquello de:

—¡Ché! Pero tú, ¿cómo puedes ser tan altiva y distante, chica?

Deduzco que tener un año de plazo tampoco fue casual, que había sido otro extremo que tenías previsto. Debías tenerlo todo atado y bien atado, porque tú nunca has dado puntada sin hilo. Quiero pensar que tal vez lo hiciste para que yo tuviera tiempo de borrar las huellas que nos ligaban y desaparecer, si se daba el caso.

Ya ves. No lo hice. Se cumplió tu deseo.

Después de que se leyera tu testamento vital, todos estuvieron al corriente de que Marta Suárez Enjuanes, considerada en España y en otros catorce países la mayor estafadora de todos los tiempos, con mil órdenes de caza y captura, tenía a su mejor amiga infiltrada en la Policía, trabajando en la Tecnológica. Ahí es nada, chica. Yo, cómplice de la timadora con menos escrúpulos y más suerte del mundo.

Y mírate. ¿Para qué te sirvió la flor en el culo de la que tanto se hablaba? ¿Para acabar postrada, en coma? ¿Ese iba a ser tu final heroico? No creo. Quizás nos tenías preparado un último numerito. Esperaba que en aquellas horas que restaban para tomar la decisión, la puta decisión, antes de que las agujas del reloj marcaran la hora fatídica, te levantarías en cualquier momento y me liberarías del brete. Al menos, que confesarías la parte de la historia que no ha trascendido. Tu versión. Que el peso quedara más repartido; que no tuviera que cargar yo con todas las alforjas.

Y, sobre todo, aunque creía conocerte como nadie, todavía albergaba la esperanza de que me ibas a sacar de dudas sobre quién eras; quién habías sido realmente: si tenías contactos con las cloacas de interior, o al menos cierta complicidad con mis compañeros corruptos, o tal vez implicaciones con los servicios secretos. O si, simplemente, habías hecho creer a cada bando que el contrario te protegía, que eras intocable. También a mí.

Le entregué la grabación a la Policía cuando no tuve más remedio; no podía ocultarlo más. Conservé la llamada. El teléfono, también. Por una vez no seguí el protocolo. Hasta aquella maldita tarde de la lluvia, siempre había tirado el móvil después de hablar contigo. Pero, el último lo requisó el juez.

Me dejaron que te pusiera la llamada. Cualquier cosa que te estimulara podría servir, decían. Yo tenía mis reservas y quise hablar con tu médico. Me dejó muy claro que esto no es como en las películas, que después de un año disminuyen muchísimo las opciones de que una persona en tu estado pueda volver a la vida. Eso dijo: «a la vida».

«¿Y no habremos perdido un año, doctor?» le pregunté. Se encogió de hombros. Que eso no dependía de él.

Lo puse. A ver si se te removía algo de lo que debe seguir vivo dentro de ti.

[Tonos de llamada]

—¿Sí?

- Soy yo.
- Claro. Sí. ¿Qué tal?
- Sí, bien.
- Te oigo regular. ¿Vas en el coche?
- En el coche, sí.

Hay un momento de silencio. Da la impresión de que se ha cortado la llamada.

Vuelve a oírse el ruido de fondo de la carretera. Un vehículo pasa a gran velocidad y se pierde el eco del rebufo.

Un frenazo.

De nuevo tu voz, Marta:

- ¡Joder! ¡Joder!
- ¿Pasa algo?
- Están locos... ¡locos!
- Conducen como si jugaran a la play, tía. Lo llevo diciendo toda la vida.
- Así. ¡joder!... Te llamo luego, Alicia. Creo que llevo a un gilipollas... ¡de esos que te comen el culo! ¡Me está poniendo de los nervios!
- Ya veo, ya.
- ¡La hostia! Creo que es ...

Suena un chasquido. Hay una interferencia. Se oye lo que parece ser una señal de radio mal sintonizada.

- ...de Tinder. Creo que sí.
- ¿Perdona? Se ha perdido la cobertura y no te he entendido.
- Mira, tía, creo que aquel tipo, el que te dije que conocí...
- ¿El del tatoo?
- Te llamo más tarde. ¡Es impresionante! Ya me tiene mosqueada la situación.
- Pero ¿qué ocurre?
- Besos, guapa. No te preocupes. Te llamo. ¡Ciao!

¿Cómo iba a deshacerme del teléfono después de aquello? Llegué a casa nerviosa, impaciente, con los dedos que se me hacían huéspedes. No le quitaba el ojo al móvil. Una y otra vez lo cogía y volvía a comprobar que no se hubiera desconectado, que no se le hubiera agotado la batería. Tenía cobertura. Le saqué la tarjeta SIM y la instalé de nuevo.

Y después, las noticias de esa noche. La información de última hora que se coló en el telediario, la noticia que estaba rezando para que no dieran. Tenía el pálpito de que había ocurrido lo peor y que me tendría que enterar del desenlace por la tele.

El impacto de confirmar que te daban por muerta fue un mazazo. Todavía no he superado nada de aquello, Marta. No lo había superado cuando fui a verte y te monté el numerito. Cuando me puse a llorar como una tonta al borde de tu cama. Tú eras la única persona con quien me podía desahogar. Y la única que sé que no me va a juzgar nunca.

Te veía ahí, tumbada, con los ojos abiertos pero la mirada perdida, y pensaba que estaba

haciendo la idiota; que lo había hecho durante mucho tiempo. No sabía si me habías utilizado o me estabas protegiendo.

Te hablaba, y me daba la sensación de que te estabas partiendo el culo de risa.

Tampoco podía dejar de pensar que lo nuestro había acabado de la peor manera posible.

## Madrid, 2018

De un día para otro me vi en esa aplicación que usabas, en el catálogo de todo lo seleccionable. Soy así: cuando me quiero dar cuenta ya me he arremangado y estoy de barro hasta las cejas. No introduje más datos de los estrictamente necesarios. Sabiendo lo bien que te había funcionado, escogí una foto en la que me daba un aire a ti. Una foto de la que se podía extraer poca información. De medio cuerpo, con la cabeza ligeramente ladeada y una sonrisa más elegante que descarada. Salía resultona. Me conformo con no aparecer con doble barbilla, eso que otra gente con notable falta de tacto y un litro de mala leche suele llamar papada.

Y así, sin dar más pistas sobre mi estatus, con un peinado sencillito y con un suéter oscuro, amplio, que no soltaba prenda sobre el tamaño de mis tetas, sin joyas ni abalorios, podría pasar por todas las Alicias en las que iba a meterme en sus zapatos.

Tuve citas de todo pelaje. Lo del pelaje me viene como anillo al dedo para hablarte del primero. Se presentaba en su perfil como comercial. Para aquella ocasión iba a ser una profesora de primaria en un colegio público.

«¿Qué enseñas?», me preguntaría. «Lengua». No le daría más detalles. Tampoco creía que me los pidiera. Suponía que, si el tema entraba en juego en algún momento de la noche sería en un sentido más lascivo que lectivo; más de la sinhuero que de la asignatura en sí.

Me compré un par de libros de quinto y sexto. Porque, ¿y si resultaba que el vendedor era un lingüista frustrado? Nunca se sabe. Por si se cruzaba alguna duda sobre el diptongo o los lexemas.

Julián, se llamaba. Me costó reconocerlo cuando llegó a ese restaurante de Chueca, uno que está muy cerca del Mercado de San Antón. Por una de las columnas vi asomar una cabeza mucho más aliviada de cabello que la que mostraba la foto que Julián se había sacado de la manga para su perfil. O sea, una década más calvo y una década más todo; todo lo que la ley de la gravedad hace con nuestros cuerpos en esos dos lustros en los que suele ser tan dañina y en los que se ceba sin piedad. Especialmente, si no hemos puesto ningún remedio que esté a nuestro alcance para tratar de detener la fuga de juventud y lozanía. Las carnes caen. A plomo. En el caso de Julián era más visible en un par de carrillos que me invitaron a pensar que, si hay algo de verdad en eso de que acabamos por parecernos a nuestras mascotas, el muchacho tenía un bulldog en casa. Unas lorzás incipientes también mostraban cierto interés por seguir el mismo camino que sus mejillas.

Solo describo, ¡eh! No lo hago con ánimo faltón, ni con desprecio. Por muy rejuvenecido que estuviera en la galería de la aplicación, las entendederas me alcanzaban para saber que no podía esperarme ver entrar a un adonis con planta de torero. En su lugar recibí a porta gayola a un picador con las entrepiernas escocidas, como si acabara de desmontar del caballo. Andaba con una especie de trote cochinerito.

Me alargó la mano, ruda, áspera. Yo se la di. Él a mí no. Me plantó dos besos mientras con la otra me sujetaba el cuello en una maniobra de esas de dominio que detesto. ¡Qué mala pinta tenía aquello!

«Encantada», le sonreí, y me quedé con la mano en el aire, lacia. La volvió a ignorar y se sentó antes que yo.

Él sí que estaba encantado de conocerse.

«Porque yo esto, porque yo lo otro. Y el que más, yo. También el que mejor yo ¡por supuesto!». Tenía una virtud que no se le podía negar: la de hablar y a la vez engullir como un pavo.

Todo ocurrió tan rápido en mi debut que me vi sin reflejos para ponerle freno. También, por verme, a los pocos minutos me vi desnuda, en una habitación oscura de un hotelucho cercano. Acabamos allí porque yo quise, ¡por supuesto! Tenía que verle el cuerpo.

Con la misma velocidad con la que me había apabullado durante la cena, a la hora de los mojitos soltó un argumentario que, palabra arriba, palabra abajo, empezó con un:

«Mira, Alicia, los dos sabemos a qué hemos venido. Somos mayorcitos, ¿sí? Y yo tengo que madrugar. Tú también, ¿no? Claro. ¿Vives por aquí? ¿Tampoco?»

Sobre esto yo tenía muy claro que no iba a soltar prenda. Mi casa y mi intimidad eran mías; terrenos vedados. No pensaba correr el riesgo de que algún pajarraco se encoñara y tuviera pistas para saber dónde darme la murga. Al final, es tan cierto eso de que el mundo es un pañuelo. No me extraña que la mujer de Julián lo haya pillado en más de una mentira.

«Me estoy separando, ¿sí? Lo que pasa es que, ya sabes, por los niños, no se pueden hacer las cosas a las bravas, y mi ex, ¿sí? la que ya casi es mi ex, ¿sí? de vez en cuando me pide que vayamos a dar una vuelta juntos, en familia, ¿sí? Mañana, sin ir más lejos. Yo sigo teniendo llaves de casa. Los despierto y los llevo al cole. ¿Sí? ¿Te suena muy raro lo que te estoy contando? ¿sí?»

Sí, sí, ¡sí! ¡Por Dios bendito, tanto sí! No es que me sonara raro o me dejara de sonar. Se me debían transparentar los pensamientos: me importaba poco menos que una leche.

Él no paraba de mirar el reloj. Al reloj, a mi pecho, al reloj, y a la comida, y de nuevo a las tetas. Creo que parte de la bulla que se daba para cenar-ir-al-hotel-follar-y-adiós-muy-buenas obedecía a que aquella misma noche debía fichar en el domicilio familiar. En Getafe. ¡Pero si hasta llevaba la marca blanca que le había dejado el anillo de casado en el anular! Me juego lo que sea a que se lo acababa de meter en el bolsillo.

Quería acabar con aquello cuanto antes, pero no sabía cómo. Y he de confesarte que me producía cierto morbo. Quería ver si cuando se desnudara, además de comprobar si iba tatuado o no, me iba a encontrar ante un orangután peludo de arriba a abajo. Apuntaba maneras por el Mato Grosso que le asomaba por la pechera descamisada hasta el tercer botón. Ya ves, elegancia en estado puro.

Confirmé mis sospechas. A una siempre le queda la duda de si espalda y culo pudieran haber sido trasquiladas como un gesto de higiene y de bondad infinita con la chica que te vas a llevar al catre. Pues, ni por esas.

En fin, que cuando lo tengo de esa guisa, demostrando a las claras que el espécimen descendía más del *erectus* que del *sapiens*, y a merced, plantado ante mí — yo, sentada al borde de la cama —, se las promete muy felices y, sin embargo, lo que suelto es un aullido de padre y muy señor mío. ¡Me desgañito!

Todavía es la hora que lo recuerdo y no sabría decirte si fue real o el resultado de un mecanismo de defensa; si de verdad me dio un latigazo el riñón derecho o qué fue aquello, pero lo cierto es que me retorció en la cama. Me salió así. No es la primera vez que recurro al falso cólico nefrítico, como bien sabes. Pero empieza a preocuparme que me surja involuntariamente.

Él, lívido y ya flácido, se quedó bloqueado. Sólo acertaba a decir, «Ay, madre. Ay, madre». Por un momento se me pasó por la cabeza que aquella imagen era la que me iba a llevar como

último recuerdo de este mundo. Porque para mí que me dolía de verdad. Me retorció. Más que nunca. ¡Muchísimo más que el teatrillo de Niza!

Cuando salió del trance, empezó a vestirse rápidamente. ¿Crees que llamó a urgencias o que intentó calmarme?

Huyó.

Y aquello fue mano de santo. Experimenté una recuperación milagrosa al ver cómo entornaba la puerta con mucho cuidadito y salía de puntillas para que nadie pudiera relacionarlo con la escena del crimen.

Los abdominales empezaron a dolerme por la tensión de una risa loca, como si me acabara de fumar solita un mail de aquellos de marihuana de los que probamos una vez en la universidad, cuando temimos que nos tuvieran que internar porque habíamos perdido la chota y nos íbamos a quedar así de tontas, en ese cuelgue, para siempre.

Creo que el tembleque de la mano me viene de ahí.

No lo sabías, pero sí, a pesar de tus rabietas, he vuelto a escribir. Tampoco tú puedes saberlo todo de mí. Escribo lo que me surge. Pensamientos inconexos. Sensaciones. Me está costando muchísimo enlazar ideas y dejarte esto ordenado. Pero he decidido que tengo que hacerlo. Me estoy obligando.

Cada uno es cada quien, y la naturaleza nos puede. Ni tan siquiera las estatuas mantienen una pose de por vida. Puedes ser de mármol, pero hay terremotos que te sacuden, que hacen que te tambalees hasta tullirte, que te sacan de la peana a la que estabas sujeta y te tuercen el gesto pétreo.

Escribo pensamientos como este. Tonterías, tal vez. Aunque lo que me gustaría es acabar de escribir nuestra historia, Marta.

## UAB, 1994

Después de conseguir que reaccionaras con aquel «¡Ché! Pero tú, ¿cómo puedes ser tan altiva y distante, chica?», me recreé en un registro chulesco en el que ni yo misma me reconocía. Continué con un:

—No sé para qué estudias derecho.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir? —Empezabas a mostrar tu desconcierto.

—Lo mejor sería que te ascendieran directamente a juez dado que compruebo que su señoría es capaz de dictar sentencias aun disponiendo de muy pocas pistas

—Añadamos la inteligencia a la ficha de la nena —me concediste, girándote hacia tus adláteres y simulando escribir una orden en el aire. Orden que ellos acataron sin rechistar,

—¿Traes refuerzos?

—Aquí, unas amistades.

—¿La Condesa tiene servicio?

—Si te refieres a mí, lo que tengo ahora mismo son unas ganas de soltarte una hostia con la mano abierta y bajarte esos humos...

—Dijo la locomotora.

Estaba enseñando unos dientes que creía de leche. Sin embargo, los llevaba tan afilados que resultaría peligrosísimo morderme con ellos la lengua. Por algún lado tendría que brotarme lo que había visto en casa. Crecí en un mundo de hombres. Y esos hombres me tuvieron siempre entre algodones. Aquella mañana, en el bar de la universidad, no me hubiera reconocido ni la madre que la parió.

Soy la menor tras cinco varones. Llegué con la tardanza inesperada con la que vienen a este mundo las criaturas de padres añosos, después de que hubiera pasado ya una década desde el parto del hermano que me antecedía.

Mi madre pensó que aquella niña que fui yo no había superado el trance de ver la luz. Durante los nueve meses fui tan discreta, tan de perfil bajo, que no osé manifestarme ni con una leve patadita ni con unos gases, o con esos ardores que le habían quemado por dentro en todos los embarazos anteriores, desde el esófago a la garganta. «Eso es que esta va a ser niña», le había predicho a mi madre una gitana en el mercado de Tarragona, tras soplarle doscientas pelas por un ramito podrido de romero. Pues eso sería, porque niña nació.

—¿Está muerta, no, Angustias? —le preguntó a la matrona.

—¿Qué tonterías estás diciendo, Carmen?

—No hace falta que me mientas. Si ya lo sé... Ni llora. ¿No ves que ni llora?

Angustias me puso culo arriba y me sacudió dos palmadas secas en la espalda, estímulo que, a lo sumo, logró que de mi minúsculo órgano fonador saliera algo similar a un tímido ronroneo. Nada más.



## Madrid, 2019

A veces me quedo en blanco. Se me va la memoria. Aquellos días lo justificaba el exceso de tensión, pero no me quiero engañar. Además del tembleque, perdía el hilo y no sabía dónde lo había dejado. Me imponías aun estando inmóvil en la cama de la clínica universitaria.

Me di una vuelta por la habitación. Estaba a punto de abandonar cuando me vino a la mente con claridad qué te estaba contando. Me había quedado en mis andanzas durante la búsqueda del hombre del Tigan y el tatuaje.

Al repasar la lista de tus conquistas, me llamaron la atención especialmente un par de ellas:

Una, la que tuviste con un coleccionista de cómics que «olía fuerte», un ser siniestro que me dio muy mal rollo. No logré averiguar cómo se ganaba la vida. No había horas en el día para tragarse tantas series, para leer toda esa literatura de fantasía y terror, y para organizar las partidas de juegos de rol en red.

Al personaje lo acompañaba una sombra larga y tenebrosa. No sé ni cómo se hizo hueco para aparecer por la aplicación de citas. Era tan torpe para las relaciones sociales que yo a su lado me sentí la típica avasalladora que no para de hablar, que anula al contrario. El chaval me escuchaba babeante, boquiabierto, repasándome desde las sandalias al vestido ibicenco. Menos mal que una es precavida y echo siempre en el bolso una barrita de incienso y un pulverizador de colonia fresquita a los que recurría cada vez que se iba al servicio, cosa que hizo en varias ocasiones. Sufriría de incontinencia urinaria. Alguna de las veces que se ausentó, lo haría para aliviarse, y no la vejiga precisamente.

De tu lista también conocí al presentador de la tele con la autoestima por los suelos, a Roberto. Lo de su profesión iba siempre por delante. «Sabes quién soy, ¿verdad?» Ese fue su saludo virtual en el primer contacto. Más tarde me di cuenta de que era su tarjeta de presentación. La repartía a todo dios con una sonrisa forzada de piños de color blanco, de ese blanco que duele a los ojos, de ese blanco tan poco natural como la forma *cuadrada* de los implantes por los que le debieron soplar una pasta indecente. Hasta sangrarle. «Sabes quién soy, ¿verdad?», a la camarera, a la chica de la caja, a quien nos cruzáramos en la calle.

Con Roberto quedé tres o cuatro veces. Me picó la curiosidad. Aunque solo fuera por descubrir quién era. No lo había visto en la tele en mi vida. Sospecho que el resto de las personas que se encontraban en el compromiso de responder a su pregunta-ataque, hacían lo mismo que yo. Piensas, «a ver si voy a ser la única lela en el mundo que no se cosca de que está cenando con la súper estrella de la tele».

A Roberto quizás lo pude mirar a los ojos cuatro veces. ¡Cómo mucho! Sencillamente porque se pasaba todo el día con la suya clavada en el móvil.

Era capaz de llevarme al infierno cada vez que le oía decir: «perdona, cielo». Por lo de cielo, y porque después, indefectiblemente, le seguía un: «Estoy esperando una llamada importantísima. Si todo sale bien, me van a dar el programa de la década. ¡La hostia!». Y tecleaba

compulsivamente. Le escribía a su representante. Marcaba el número del buzón de voz por enésima vez. «Nada. ¡Qué raro! Seguro que al final se lo dan al mierdas ese de Joaquín Álvarez, ¡el maricón! En esa cadena o eres un chupapollas o no tienes nada que rascar. Pero yo no estoy dispuesto a pasar por ahí. ¿Tú has visto la pluma que tiene Joaquín Álvarez, no? Un redicho. Y no te quiero ni contar cómo es en persona. Lo peor de lo peor. No lo traga ni Dios. Ni su madre. Y, míralo, es el ojito derecho del consejero delegado. Y el ojete. Porque ese...» (¡Otro maricón!, seguro. Eso es lo que tendría que haberle soltado yo para enardecerlo más. Aunque no era estrictamente necesario. Se bastaba y se sobraba) «¡Panda de enchufados! Algún día se me reconocerá. Cuando cambien las tornas, cuando lo que cuente sea el talento y no otras mamandurrias. ¡Qué asco de país! Voy a tener que volver a Miami. Allí sí que me querían. ¡Qué tiempos!»

Para acabar esos arrebatos tenía dos versiones: una en la que suspiraba profundamente mirando al cielo, para después bajar la cabeza al móvil de nuevo y soltar bilis a través de una cuenta falsa de Twitter. Venga a despotricar contra todos, contra los que consideraba sus competidores más que sus compañeros. También podía sacar a pasear la alternativa llorona. Sí, hija, sí. Se ponía a llorar como un niño. Mocos de por medio inclusive. Un caballero muy maduro.

Así que, a Roberto, el de la tele, lo descarté como nuestro candidato. Antes de eso tuvo tiempo de llenarme los hombros de babas un par de veces más en las que me lloró por las injusticias que había cometido la vida con su guapura y su talentazo infinito.

Hace poco me encontré casualmente con un vídeo donde se le veía dando la combinación ganadora de una lotería chilena. Se había hecho viral porque allí se llama «La Polla». Como suena. Tal cual.

También te hizo gracia esta idiotez. Cuando te conté esto, estoy segura de que te reíste. Creo que me oías. Para comprobar si te había despertado, me incorporé y me acerqué a la ventana y levanté la persiana. Acababa de salir un sol espléndido. ¡Con el aguacero que me había caído cuando iba hacia allí! ¡Chuzos de punta! Siempre llueve por esas fechas. Aquella mañana llovía a cántaros, como un año antes, como cuando escuché tu nombre en la radio, a punto de llegar a casa. La noche que la tele me confirmó lo que más temía.

No me dijiste nunca nada, ni me consultaste si yo estaba dispuesta a asumir un marrón como aquel de decidir sobre tu vida. ¿Tan planeado lo tenías todo? ¿Lo viste venir? ¿Estabas alertada y ya sabías que tendrían que recurrir a mí para resolver tus últimas voluntades? Los médicos aseguraban que no tuviste tiempo de reacción. Lo tendrías planificado desde antes. Siempre tan precisa. Siempre tan metódica. ¡Menuda putada, Marta!

Y ahí me tenías, al borde de tu cama, llorando a moco tendido tu ausencia, estando tú presente.

Habían plantado en la puerta a dos bigardos para custodiar la habitación. Reforzaron el turno por motivos de seguridad, me dijeron. Como si no supiera de qué iba la vaina. Policías. Quizás hombres de «Benítez», el alter ego del subinspector con ínfulas de grandeza y el anhelo de pasar a la posteridad. Aunque las verdaderas leyendas se forjan por sí solas, sin biógrafos. Van creciendo, de boca en boca, de generación en generación. Cada una de las lenguas por las que pasan se creen en el derecho, cuando no en el deber, de incorporar una pizca más de salsa. Se hace de manera inocente, pensando que no se va a adular el sentido mismo de lo narrado. Al menos, no en su esencia. Lo que se añade es inevitable, nos sale de un lugar en el que lleva tiempo agazapado. Porque la imaginación vuela y no hay cazamariposas que pueda atraparla, y ni mucho menos que tenga capacidad como para devolverla al lugar donde duermen los cuentos mágicos. Y así llegan hasta nuestros días, sin faltarles el punto de conexión con la realidad de lo que fueron, pero engrandecidas por la lírica de los que han ido macerando la receta, añadiendo una pátina que la hiciera más atractiva. Es el caso de la pugna dialéctica que dio por inaugurada nuestra relación. Queda demostrado que el ser humano es incapaz de inhibirse cuando tiene una delicia como esa entre sus papilas gustativas. Para los que dicen haber asistido al evento, el combate se dio por nulo de pura brillantez que exhibieron ambas contendientes. Ninguna de nosotras cayó a la lona noqueada por la contrincante. Pactamos, sin escribirlo, que nadie se anotaría una victoria a los puntos.

Por cierto, que tampoco se ha hecho un balance estadístico serio sobre el aforo de quiénes y cuántos lo presenciaron; no saldrían las cuentas. Sería necesaria una gradería para acoger a tanto espectador como jura y perjura haber dispuesto aquel día y en ese instante de un asiento en tribuna.

No me escogiste al azar. Llevabas mucho tiempo obsesionada con sumar a tu equipo a quien tú calificabas como «una mente brillante». «Tenemos que fichar un coco, al mejor», habías ordenado a Astrid y a Javier. «Rastread. Preguntad. Buscadme al número uno, a la persona que esté en la primera posición en el radar de Microsoft, de IBM. A quien estén esperando a la salida del campus, la persona por la que se darían de hostias como si les fuera la vida en ello».

Todos los caminos os condujeron hacia esta muchacha de planta enclenque y enfermiza. A esa apariencia contribuía mi obsesión por aniquilar cualquier rastro del menudeo de islas de pecas que lucía, extendidas simétricamente a un lado y otro de aquella generosa nariz aguileña. Las bañaba con una pátina de palidez, con una capa gruesa de maquillaje. Cutis de payasa tocado con un pelo despuntado color panocha.

Había convertido una mesa individual del bar en mi despacho, la que quedaba medio

escondida tras una columna. Allí me había acostumbrado a recibir las propuestas más insospechadas. A casi todo decía que sí. Había aprendido que aceptar encargos que, en principio, requerían de una dedicación estajanovista más que de cierta habilidad talentosa para la informática, acababan reportándome unos réditos nada despreciables. Y con ellos, empecé a atesorar un poder inimaginable.

Los primeros servicios consistían en digitalizar apuntes. No se llamaba así. Nadie decía eso de digitalizar, sino «pasar al ordenador». Y no tenía más secreto que convertir lo manuscrito en clase en pequeños archivos de imagen; en fotos.

En cuanto os vi rondar por allí, supe que vuestras intenciones poco tenían que ver con el encargo de mis servicios.

Javier y Astrid purgaron los alrededores de mirones.

—Queremos que trabajemos juntos. Que colaboremos. —Me propusiste.

—No sé si eso me suena a que yo trabaje para vosotros. ¿Tengo que pagar impuestos a la *Cosa Nostra*?

—La verdad es que no decepcionas. Tal cual me habían contado.

—¿Te fías de Radio Macuto?

—No, y por eso estoy aquí. Por mucho que hablen y hablen, tengo que verlo con estos ojitos, cielo.

—Pues apunta bien: no entra en mis planes compartir el negocio con nadie.

—Es una lástima que te conformes con Mercería Puri pudiendo aspirar a hacerte con El Corte Inglés.

Me convenciste de que tenía en mis manos un material mucho más valioso.

Una vez reclutada, el negocio no se limitó a copiar o digitalizar apuntes. Comprobé la certeza de aquella máxima que defiende «que quien tiene la información, tiene el poder». Antes de que se populariza internet, y más tarde las webs donde se alojaban apuntes y trabajos, nos habíamos hecho con la mayor base documental y el tesoro máspreciado por generaciones de estudiantes de varias carreras.

Empecé a ser conocida como «la *copy*». Mi tenderete congregaba mucha más cola que los servicios de reprografía oficiales, en particular cuando se aproximaban las fechas de exámenes.

Tú me habías dado la idea:

—La idea como tal, te la regalo. —En el sentido literal.

—¿Y tú qué ganas a cambio? Algo querrás de mí.

—En realidad eres tú quien nos vas a necesitar. Por la carga de trabajo que tendrás partir de ahora. Y para que no se te desmadre ningún jeta que tenga la tentación de, viéndote así, tan poquita cosa, quiera abusar de la situación y no le salga de las narices pasar por caja. En tal caso, se las tendremos que partir. Te protegeremos. Haremos un buen equipo. Ya verás como hay negocio para todos.

La empresa creció. Abrimos nuevas sucursales. Gracias a tu olfato y a mi habilidad subimos un escalafón en muy poco tiempo, en cuanto detectamos el provecho que le sacaríamos a la información de la que dispondríamos haciéndole una sencilla encuesta a cada uno de los estudiantes que merodeaban por el despachito. Las opciones se multiplicaban exponencialmente, calculé. La amabilidad de quien se sometía al sondeo se premiaba descontando el cinco por ciento en la factura. Se les pedían datos básicos: Facultad, curso que estudiaban y, hasta dónde les alcanzara la memoria, las preguntas que salieron en tal o cual examen. En menos de un año completamos una base de datos sistematizada que yo misma puse en bonito.

Era estadística. Todo es estadística. Una ciencia que daba datos lo suficientemente fiables para deducir cómo sería, por ejemplo, el examen de Bagés cuando llegaba el cuarto parcial de Teoría de la Comunicación, o qué preguntas tenían más opción de salir en el examen de final de curso de Análisis Sociológico. Ahora lo llaman *big data*. Porque la estadística también era capaz de adelantarse, de pronosticar. La bruja pelirroja tenía la capacidad de leer el futuro en el poso de los algoritmos.

El objetivo era pronosticar cómo podían ser los exámenes. Eso no tenía precio.

—Sí lo tiene, pero será el que nosotras le pongamos, el que nos dé la gana.

—No podemos apostar sobre seguro. Es sólo una estimación. Al profe le puede dar un aire.

—Pues cobremos según el grado de acierto.

—Me parece bien.

—Nos parece bien. —acotaban Astrid y Javier como meros espectadores y actores secundarios.

Uno de ellos tuvo que cansarse de aquel papel en la sombra, de estar tan cerca del núcleo de poder y al mismo tiempo tan lejos de la toma de decisiones reales. No había mucho margen para sospechar. Éramos solo cuatro gatos. Y una vez descartadas tú y yo, el círculo no era tan amplio como para imaginar quién nos apuñaló.

Ocurrió cuando a la vuelta de navidad pasaban las semanas y no vendíamos ni una escoba. Nadie mostraba interés por conocer de antemano uno de los exámenes más hueso de todo el curso: el de Hacienda en el segundo curso de Económicas. Sin embargo, por primera vez en la historia desde que impartía la asignatura Martínez Alier, aprobó en torno al setenta por ciento de los matriculados, y con nota destacada. Tampoco nos pasó desapercibido el pequeño detalle de habían salido cinco preguntas, y las cinco estaban contempladas entre las seis que yo había propuesto vender.

Oficialmente no vimos ni un duro. A partir de ahí, el negocio languideció. Y con la crisis, como siempre demuestra la historia, se pierde influencia y poder; asoman las pulgas. Las malas especialmente.

A las maduras es sencillo estar. Pero a las duras, y con la sombra de la sospecha espesando el aire que respirábamos los cuatro en zonas comunes, nuestras relaciones parecían no tener más futuro que no fuera el de enturbiarse.

## Madrid, 2019

Cuando se me fue el santo al cielo y perdí el hilo, pretendía hablarte de Mario, de tu amiguito de Mirasierra. Él era fundamental en todo esto. Mi primera impresión me decía que también debía descartarlo. Ni tenía, ni había tenido jamás un Tiguan. Pero Mario respondía al arquetipo de quien te podría haber atraído. Un muchacho fornido, jovencito, el típico con el que, no solo tú, sino cualquier mujer de mi edad fantasea y que, solo por el hecho de ser entrenador personal, entiende que la va a poner en órbita y esas cosas. Bueno, cualquier mujer menos yo.

Para él fui una peluquera. Deduje que mi olfato no me había engañado cuando el motivo de la primera conversación con Mario fue mi peinado, mi melena de ondas marcadísimas con unos reflejos morados horribles que jamás me hubiera hecho por iniciativa propia. Le había pedido a la peluquera de Ciudad Lineal que replicara sobre mi cabeza lo que lucía ella en la suya con tanto orgullo. Hasta me atreví con un tinte azulado, de los que se van a la primera de cambio, con un lavar y listo. La manicura de pies y manos me la labraron en las chinas de enfrente.

Mario fue muy educado. Alabó mi «buen gusto» y dejó en evidencia a esta estiradilla llena de prejuicios. El de las mancuernas y los batidos energéticos había leído más que tú y yo juntas de aquí a Lima. Sí, *mainstream* todo, claro: Murakami, Reverte, Patria, Dolores Redondo, Javier Sierra. ¿Qué más quieres? Al final, la que anduvo un pelín acomplejada fui yo.

Lo que en un principio tomé por lo que tú y cualquiera diría que era aquello —un crío con ganas de darse un homenaje con una madurita con la que saciar su ego teniéndola a su merced—, dio un giro propio de esos culebrones de las sobremesas del sábado. El nene va y dice que está por mí, que se ha enamorado, que soy la mujer que ha estado buscando siempre. Así, de golpe y porrazo. Desde luego que el chico era un «novelitas», aunque no me imaginaba que le fueran las pastelosas de romance y corazón.

Todo esto me pilló recién desperezada, a la mañana siguiente, en su casa. Gravísimo error de cálculo. La falta de costumbre. Me había quedado frita en su apartamento después del tute, que fue de órdago, por cierto.

A la mañana siguiente tuvo lugar la declaración de amor. ¡Alucina! Yo, lo único que tenía en mente es que no podía ducharme allí, que tenía que salir por patas con cualquier excusa peregrina. Empecé a bloquearme. Me podía el pánico, y la misma ansiedad de sentirme atrapada en un lugar de donde tenía que haber huido unas horas antes. No pintaba nada allí.

Con la perspectiva del tiempo, entiendo que fue una reacción exagerada. Pero eso es fácil pensarlo ahora, a toro pasado. Nunca he sido tan fría como tú y no soy capaz de lidiar con el terror escénico. Si alguna vez lo he superado es porque hemos estado las dos ahí. Como aquella maldita noche en Niza.

Me hice sangre en el labio de lo que me lo mordí, contrariada, desayunando frente al galán de telenovela turca.

—Esta mañana sólo tengo tres clientes. Quédate aquí si no trabajas hoy. Sin problema, mujer. Descansa, te repones, y después comemos juntos. —Me guiñó. Así cerraba sus frases. En lugar de punto, guiñito.

La sensatez me decía que a esa hora ya tendría que haber vuelto a casa, que debía descartarlo, tacharlo de la lista, que no era él a quien buscaba. Pero, como la curiosidad mató al gato, maullé. Me dejé convencer. Agaché la cabeza de manera coqueta, como quien intenta verse las cejas de soslayo. No se puede ser más pánfila y ñoña, chiquilla, me decía mi voz sensata.

En ocasiones me da miedo la idea de que, con la tontería, haya estado censurando todos estos años a la cursi que llevo dentro y que esa sea la verdadera Alicia. En cualquier caso, era el papel que me tocaba jugar para no levantar ninguna sospecha.

Le di mil vueltas. Nunca podría haberme imaginado tener tan a huevo la posibilidad que me estaba brindando para quedarme allí en su casa y poder curiosear a placer. Ni hecho adrede. Vaya bicoca. ¡Pasen y vean!

Se «ausentó». Hablaba así el señor cumplidos.

Se fue a la ducha.

Cuando volvió con la toalla enrollada en torno a su cinturilla de nadador, le dije, con esa voz melosa que tú imitabas tan bien cuando te daba por cabrearme, que me parecía buena idea y que iba a aceptar su invitación.

—Solo una cosita: necesitaría un ordenador o una *tablet*. Tengo que confirmar un pedido de uno de los proveedores de la pelu.

Tampoco puso objeción a eso.

Cuanto más puertas se me abrían, más me aumentaba el mosqueo. Sin llegar a la paranoia, pero sabes que sospecho de todo. «Piensa mal y acertarás», decía mi abuelo. Y yo me parezco a él en todo.

O estaba ante un santo o había algo que no me cuadraba. ¿Tú dejas sola en tu casa a una persona que has conocido por Tinder la noche anterior y de la que las únicas referencias que tienes son las mentiras que le hubiera dado tiempo a contarte en las últimas doce horas? Porque yo, no. Y una cosa es dejarla, a riesgo de que te rebusque en los cajones, y otra muy diferente abrirla de par en par lo máspreciado que podemos tener hoy en día. En el ordenador está nuestra vida, los secretos, las finanzas, los amores, alguna perversión que otra.

—Ahí lo tienes. Puedes entrar como Invitada. Mi hermano abrió ese perfil un finde que vino a visitarme. —Me señaló el escritorio. Un Mac. No es de los más sencillos para mirar en sus tripas, pero la profesión va por dentro. A Alicia no hay maquineta que se le resista.

Me hice la torpe. Le sugerí que mucho mejor si me lo dejaba abierto. No era cuestión de que una chica con un móvil chino muy limitadito mostrara de repente una habilidad propia de una profesional de la informática frente a aquel pepino de la marca de la manzana. Todo muy vegano, como verás.

Mi mente ya iba a mil por hora, como el procesador que dejaba en mis manos. Nada más abrir la sesión, me di cuenta de que la cámara integrada del equipo se activaba por defecto. Me hice la *longuis*. De vez en cuando simulaba que me miraba, coqueta, en el reflejo de la pantalla, alisándome el pelo revuelto, o abriendo mucho los ojos, estirando las ojeras, a sabiendas de que estaba dándole un primerísimo plano a quien estuviera grabando o viendo mi careto en ese momento.

Para comprobar si estaba siendo observada, necesitaba recurrir a movimientos expertos. Pero no quería hacer nada que pudiera delatarme. Debía ser todo dulzura e ingenuidad. Rozar lo *naïf*.

Al menos, hasta que Mario saliera por la puerta.

Así fue. Desconecté el Mac de internet. Localicé el router y lo apagué.

Primera mentira. Sobre el perfil de «invitado» que decía haber abierto su hermano: o ese fin de semana se había alargado hasta el martes anterior, o no era exactamente como me había explicado. Era un tal Andreu Solís quien había estado moviéndose por la red, rellenando formularios y dejando rastro de todos sus pasos. Mario se apellidaba Tauste. Hasta aquel momento sabía eso y que era de Cuenca.

No pasó ni media hora cuando oí que trasteaban con las llaves en el bombín de la puerta. Pensé que Mario volvía antes de tiempo, que se habría olvidado algo o que le habían suspendido una de las clases.

No fui la única que se llevó una sorpresa. Ante mí se plantó un muchacho repeinado, al estilo de la gomina a espuertas que se daban en Wall Street en los ochenta, y con cara de haberse topado con una morsa en una piscina. Maqueado, con un traje ajustado hecho a medida de no menos de tres mil eurazos, y luciendo una piel tostada de esas que no se consiguen en pleno marzo dando tres paseítos por El Retiro.

Me preguntó que qué hacía allí. Se dirigió a mí sin alterarse, con temple, como si fuera lo más normal del mundo. Me pillaría con el *sospechómetro* alterado, pero no me pareció ni medio bien. Me pongo en su lugar y lo más lógico hubiera sido un «¿y tú ¿quién eres?», o un «¿qué coño haces aquí?», que era lo mismo que le tenía que haber soltado yo. No me vi autorizada.

De nuevo me salió la Alicia que se amilana y me identifiqué como una amiga de Mario a la que le hacía falta un ordenador. Me miró con cara de «si es así, ¿por qué carajo estás en bragas?». Bueno, eso fue lo que yo traduje sobre la marcha.

No dejaba de mirar el Mac, como si el aparato fuera mi rehén. Se movía con pies de plomo. Tanteando, para que no me sintiera amenazada; no fuera a ponerme a la defensiva y estallara de manera descontrolada. Esas cosas sabes que las calo enseguida. He tenido que asistir a mil negociaciones y aquel tipo observaba el ordenador de la misma manera que mis compañeros se fijan en la pistola empuñada por el atracador.

Aparte de los datos del historial, lo único que tuve tiempo de ver fue una carpeta con infinidad de archivos de mp3. ¡Una barbaridad! Casi todo el disco duro estaba ocupado por esos audios. ¡Me moría por pinchar en alguno y oír qué había allí! Con aquel tipo delante solo pude teclear tres tonterías mientras fingía que estaba cerrando la sesión.

No había acabado de bajar la tapa del portátil cuando, en una maniobra propia de un ave de rapiña, se abalanzó sobre el Mac. Me lo arrebató sin contemplaciones, sin paños calientes ni tonterías. Ya tenía el arma que buscaba. Con aquel trofeo en la mano, dejó de ser el hombre de éxito de negocios del barrio de Salamanca para convertirse en un sicario sin escrúpulos enviado por una banda de kosovares. ¡Qué formas! Hasta la voz era otra.

—No sé quién cojones eres, pero no quiero volverte a ver por aquí nunca en la vida. ¿Queda claro? —Me espetó.

¡Cómo para no quedar!

Más tarde me enteré de que había estado ante el mismísimo Andreu Solís, el novio de mi última conquista, la pareja oficial de Mario Tauste.

Salí huyendo de allí pensando que no iba a volver nunca más. Aunque Mario no se daba por vencido y los días siguientes fueron de presión machacona por su parte. Yo, sin saber qué versión tenía sobre la visita de su amigo, si es que tenía alguna, no sabía cómo actuar, ni me sentía legitimada para preguntarle por aquel episodio.



Tal vez transcurrió una semana cuando volví a ponerme al teléfono. Admitió que sabía que Andreu había estado allí:

—Ese tío no está en sus cabales, Alicia. No acabo de entender cómo ha podido hacerse con una copia de las llaves de mi casa. Tienes razón. No, no es mi hermano. Pero ¿qué ha podido haber entre nosotros? ¿Tres polvos esporádicos?

La cual cosa me dejaba a las claras que un poco de bisexualidad sí que había en aquella casa. Pero Mario juraba que se había quedado prendado de mí. Volvía a hablar de amor. Y cuanto más insistía, más me mosqueaba. No me cabía en la cabeza tanto flechazo repentino. No digo que no se den, aunque a mí no me han atravesado nunca. Lo veo fantasioso, de novela del diecinueve o de dramones empalagosos.

Por si todo esto fuera poco, en el trabajo, los mastuerzos de los agentes de calle abrieron una porra a través de un hilo de correos electrónicos sobre cuál era la compañera más follable en la Jefatura. ¿Se puede ser más imbécil? ¿No se le ocurrió a ninguno de ellos, tan espabilados como creen ser, que «la niña pelirroja de Sistemas» podía estar jipiando todo lo que se movía en la intranet? Ese es mi trabajo, al fin y al cabo. Especialmente, si los textos van plagados de algunos términos subditos de tono. Esas palabras están en la lista de las que hacen saltar las alarmas en el rastreo de los mails en Comisaría. Al día siguiente estuve tentada de acudir con una banda como las que les colocan a las mises donde se leyera algo alusivo. Me corté. Al final, siempre me corto. Descubrirían mi juego y no debía renunciar al privilegio de ir siempre por delante de ellos. No me convenía abrirles los ojos y decirles: «¡vamos, capullos, que estoy al cabo de la calle de todo!». Hubiera sido una bofetada épica, pero muy inoportuna. He aprendido con los años que la paciencia forma parte de la estrategia.

Una ha de saber cuándo dar el paso, marcar los tiempos. No era cuestión de cerrar el grifo.

## UAB, 1995

Al entrar, noté que la puerta arrastraba algo que se había enganchado en el bajo e impedía que corriera normalmente. La farola del exterior proyectaba una luz de posición de por sí débil, atenuada al haber quedado engullida por una frondosa copa de morera que se habían olvidado de podar del febrero anterior.

Empujé hasta que se venció, lo justo para poder alargar el brazo y encender la lamparita del recibidor. Lo que obstaculizaba la puerta era un jersey azul marino que reconocí a la primera. Esa era la primera prenda de otras tantas que estaban dispuestas como piedras del camino amarillo del Mago de Oz y que marcaban la senda hasta tu habitación.

Un jersey, unos vaqueros, el cinturón, los zapatos en la puerta. Deduje que Javier había traspasado el umbral en calzoncillos. Pegué la oreja. Ya no los llevaba.

Volví hacia atrás y cerré la puerta de la calle de un portazo sonoro y rabioso, de los que hacen temblar toda la cristalería que hubiera dentro de aquellos cuarenta metros cuadrados que no hacía mucho que compartíamos, antes de que los recelos hubieran irrumpido en el grupo, en el negocio, y en nuestra incipiente amistad.

Había vuelto del cine antes de hora. Al parecer, a todo el mundo le había dado por aquella películita de las narices y me quedé sin entradas. La vi años más tarde y se me antojó un auténtico pestiño, el mayor bodrio que se había permitido el cine francés.

Te había propuesto que me acompañaras. Con esa ilusión, me había estudiado el elenco, los créditos y, de manera particular, la banda sonora. Todo, con tal de sorprenderte. Simularía tararear despreocupadamente alguna de las canciones, o chapurrear alguna de las letras, como hacía siempre. Tú creías que me las sabía todas y yo, ingenuamente, pensaba que había logrado deslumbrarte. Pero, mi invitación te la cursé con la boca pequeña, temiendo llevarme un chasco y segura de que me saldrías con alguna disculpa recurrente. Me tenías acostumbrada a eso. Te excusaste amparándote en un terrible dolor de cabeza y el acecho del límite del plazo para entregar un par de trabajos de las asignaturas más coñazo. Fueron tus palabras textuales.

Los planes habían cambiado, pensé.

«¡Javier! ¿No había otro? ¡Menuda zorra! ¿O son los dos los que me están tomando el pelo? ¿Estos están compinchados?»

En lugar de gritarlo, lo dejé dicho con un segundo portazo que sirvió para poner a prueba los cimientos de toda la hilera de casas con orientación sur de la Avenida de Can Domènech en la Vila Universitaria.

## Madrid, 2018

De la misma manera que me había enterado de las aportaciones de crítica anatómica y estética que intercambiaban sobre mí los agentes, también me iba poniendo al corriente de cómo marchaban las investigaciones sobre tu accidente. Al principio el atestado se archivó con esa consideración, así a pesar de ser quien eras. Sin embargo, una parte del informe quedaba protegida como materia reservada. Inaccesible para mí. Temí que estuviera en manos de Asuntos Internos y que nos hubieran cazado. Estaba equivocada. Nunca hubieran sospechado nada si no hubieras legado tus puñeteras últimas voluntades, en el peor momento posible, porque había logrado desviar su atención. Me saqué de la manga un mail. Hice que apareciera de la nada.

Antes de jugar esa carta, llegué a valorar acabar de una vez con la historia; descubrirlo todo, decirles que era amiga íntima y cómplice de Marta Suárez Enjuanes. De nuevo la presión, notar su aliento en el cogote, en las noches de desvelo. Estuve a un tris que quebrarme.

No hablé con nadie durante ese año. O si lo hacía, era sobre asuntos totalmente banales. Excepto con Óscar, un nuevo compañero de trabajo. Óscar Lamarca apareció poco después de que tuvieras el accidente. No hubo nada entre nosotros. Ya sé que tú no crees en la posible amistad entre un hombre y una mujer, en la amistad pura.

A estas alturas no lo tengo tan claro como cuando lo conocí, pero juraría que Óscar es gay. Bueno, es amanerado, muy afeminado. Antes de la ola de corrección política, hubiéramos dicho que me parecía más maricón que un palomo cojo.

Muchas veces me hizo dudar. Sensible, atractivo, coqueto; se cuida mucho. Otra historia. Tanto, que quizás se pasaría más tiempo que yo ante el espejo. Eso ya es más que suficiente para que no se me hubiera ocurrido jamás que fuera un candidato a ser pareja de cama. Ni una leve tentación he tenido. Nunca.

Sin llegar a explicarle toda la verdad, lo cierto es que al final le confíé más cosas de mi vida que él a mí.

Siempre he sido la rarita de la Jefatura. Lo somos todos en la Tecnológica. Pero la experta en software, sistemas y hackeos, lo es algo más. Y si encima eres una tía, supongo que contribuye a que despierte entre el personal cierto morbo. En aquellos correos incluso llegaban a destacar como un hecho positivo y asombroso que tuviera «pinta de ducha diaria, aseadita y depilada». Siendo ese el nivel, no es de extrañar que hiciera buenas migas con el mariquita de Óscar. U Óscar conmigo. Migas, a mi manera, tampoco vayamos a perder el título honorífico de «ariscaza del año».

Óscar destacaba entre el paisanaje. Un tipo atento y de gustos refinados; exquisitos si nos dejamos guiar por la media de la testosterona a la que apesta en comisaría.

Óscar se ganó enseguida mi confianza en aquellos días en los que andaba aturdida después de lo que te había pasado. Fueron esos días en los que valoré quitarme de en medio, desaparecer, optar por la vía de la baja por depresión. Hubiera sido lo más inteligente. Lo descarté. De nuevo le di la espalda a la sensatez.

Cualquier cambio me delataría. Así que, me tragué la pena y el secreto. Cada mañana me presentaba en Canillas la más puntual de todas y predispuesta. Sin pasarme de vivaracha tampoco, no fuera a ser que diera pie a levantar sospechas. Es muy jodido vivir entre policías cuando tienes muertos en el armario y quieres pasar inadvertida. Es como sentirte constantemente bajo la mirada inquisitorial. Aunque no seas bruja, sospechas que algo te sacarán de los frascos de la cocina o bajo los geranios del jardín. Sabes que te quemarán si ellos se lo proponen.

La única persona próxima, sin complejos, y que, si pecaba de algo, era de pasarse de frenada con las confianzas, era aquel chico nuevo, Óscar.

Pero, no te creas. Aprendí contigo a no fiarme ni de mi sombra. Me preguntaba una y otra vez por qué era tan encantador conmigo. No me costó mucho averiguar que Óscar Lamarca era el hombre de la Brigada de Información que me habían colocado para vigilar todos mis movimientos. Así que, no podía cometer ningún desliz. Si alguien tenía que irse de la lengua, tendría que ser él. De mí no iba a salir ni una palabra que nos delatara.

Al poco de incorporarse, un día me pareció verlo en el andén de la estación cuando iba a montarme en el Cercanías. Un sábado de los que me dio por ir a una exposición sobre los impresionistas. Ya sabes que se encuentran entre mis favoritos, y no solo porque hayamos hecho buenos negocios con algunas de sus réplicas, que también. Creo que era en la Fundación, en Recoletos. Un museo. El lugar ideal. Es donde más se liga, donde más triunfamos señoritas como nosotras. Una mujer sola en un sitio como ese envía la señal de que carece de pareja o compromiso. Un hombre solo en el mismo lugar donde exponen obras de Cézanne, Manet, o Gauguin viene con el sello de «tío medianamente cultivado y con unos estándares apañaditos en cuanto a sensibilidad».

O gay. Lo sé. Tú siempre has sido de un homófobo...

Fue un flash. Subiéndome al vagón, miré por encima de mi hombro hacia la izquierda. ¿Por qué? La obsesión de sentirme vigilada, supongo.

Al girar el cuello, creí distinguir a Óscar entre los pasajeros que subían en el coche inmediatamente anterior. Él miraba al frente. No parecía que me estuviera buscando entre los pasajeros. Sin embargo, no podía deberse a una simple casualidad. No era fortuito, seguro. Me escamó. Si me estaba siguiendo, no era la primera vez que hacía algo así; era un profesional. Vendría de la brigada de Información y tendría también un pasado en los servicios secretos.

Una vez dentro del tren, me quedé de pie con la intención de comprobar si se acercaba. Me puse el móvil en modo cámara y simulé estar retocándome el maquillaje.

No tardé mucho en verlo venir. Llevaba el rostro tenso. Se movía dando pasos torpes, esas zancadas laterales con las que puedes ir manteniendo el equilibrio luchando contra el serpenteo del tren. Las mismas que empecé a dar yo. Tampoco había tanto margen por delante para huir, no me quedarían más de dos o, a lo sumo, tres vagones para llegar a la cabecera.

No estaba abarrotado como para escabullirme y confundirme entre la muchedumbre. Procuraba evitar una situación incómoda. O dos: aquella, y la del lunes en el trabajo. Avanzaba sin dejar de mirar de soslayo la cámara del móvil, buscando si se reflejaba en alguna de las ventanillas laterales. Al mismo tiempo, calculaba y ya no podía faltar mucho para llegar a Valdela Fuentes. Es un trayecto que no se hace en más de dos minutos.

Hasta donde me era posible, medía mis pasos de rana con cojera alternativa —ahora derecha, ahora izquierda—, por ver si la parada me coincidía llegando a la altura de alguna de las puertas y en una maniobra hecha con esa destreza de la que carezco pero que la adrenalina te da en ciertas circunstancias, era capaz de dar un salto y me bajaba.

No hizo falta. De repente, un frenazo brusco hizo que todos los que andábamos de pie diéramos con nuestros huesos en el suelo. A Óscar lo tenía ya en mis talones y acabó sentando su cabeza sobre mi mullidísimo trasero. Mi culo le salvó un par de dientes. Otros viajeros que estaban más distraídos y no tuvieron la fortuna de hundir su nariz en unas posaderas tan carnosas como las de servidora, corrieron peor suerte. Yo me gané lucir un moretón en las rodillas y una luxación en la muñeca; para más fastidio, en la derecha.

Por un instante creí que había sido él quien, como último recurso para alcanzarme, había activado el sistema de la palanca del freno de emergencia. No hizo falta. Tuvo unos cómplices involuntarios. Resultó ser una gamberrada muy muy graciosa, especialmente para los que salieron con el brazo en cabestrillo o con la piñata partida. Una trastada obra de un grupo de adolescentes con la poquita actividad neuronal que les queda cuando la hora del vermut del sábado les pilló con la torrija de la prolongación de la juerga del viernes.

En fin, que así fue como se inició relación de cierta complicidad: con la vacuna de la prevención puesta por mi parte. Si no puedes con tu enemigo, alíate a él. Y en previsión de que Óscar lo fuera, eso hice.

Me pidió silencio, que confiara en él. Cogimos un taxi y me llevó a su casa.

No pasó nada. Un apartamento muy gay también. Estaba en la zona de Justicia. O sea, en la parte noble de Chueca, cerca de la SGAE. Lo tenía decorado con gusto y se notaba que había metido pasta. Se percató de que el detalle no pasaba desapercibido para estos ojos de decoradora que llevo puestos. Al notar mi asombro, adujo que era un chollo de pisito que le había alquilado a una hermana de un compañero a quien Europol acababa de trasladar a Holanda.

Me estuvo poniendo al día de las cosas que sabía y de otras que sospechaba. Seguían cada uno de mis movimientos, pero no por lo que te puedas imaginar. Yo también me acojoné viva. No era por lo que supieran de ti y de mí, sino por el tal Mario, el entrenador personal y sus relaciones peligrosas. ¡Peligrosísimas!

Estaba metiéndome en la boca del lobo sin darme cuenta. En otra.

## UAB, 1995

Me tocaste el hombro. Me di la vuelta y me incorporé hasta apoyar la espalda en el cabecero. No te había oído entrar en la habitación. Me había quedado traspuesta, rendida por la rabia y el llanto. La almohada estaba empapada y tiznada de rímel.

—Se acaba de ir. —respondiste ante la pregunta no hecha.

Volví a sonarme y me restregué los ojos con fuerza. Suspiré. Carraspeaba. No me salía la voz.

—¿Quieres que te traiga un vaso de agua? —Te ofreciste.

Negué con la cabeza. Cogí de nuevo aire.

—¿Desde cuándo? — Mis palabras brotaban roncadas, espesas.

—¿Desde cuándo estamos liados Javi y yo? ¿Eso crees?

Sentí cómo me pesaban las piernas. Toneladas. Tenía los pies embotados. Habría ido a parar allí el alma. No sabía dónde podría encontrar las fuerzas, o siquiera un poquito de ánimo para explicarte por qué me sentía traicionada, doblemente herida. ¿Qué coño pasaba contigo, Marta? No podía ser que no te dieras cuenta de nada, que no me entendieras.

Allí estabas, mirándome desde el borde de mi cama, diríase que hasta divertida, con esa pose tan tuya de sobrada y mujer vivida, con la mueca de un labio que era la sorna misma; con el aire de esa superioridad que vestías incluso estando desnuda.

Seguro que, si hubiera dispuesto de aquella máquina de leer los pensamientos con la que había fantaseado siendo niña, el artulugio me habría confirmado que tú considerabas aquella actitud como la típica rabieta de una muchacha que no ha superado del todo bien la adolescencia, que se ha quedado en las chiquilladas de esos amores vividos con la pulsión romántica propia de los catorce años, cuando tenemos la impresión de que su dolor nos robará la respiración. Ante esos puñales punzantes, pocas salidas quedan más que la de la idea romántica de quitarnos la vida por ellos.

Empujándome con la cadera, te arrellanaste haciéndote hueco para tumbarte junto a mí. Me retiraste el flequillo de la cara y me secaste las últimas lágrimas que formaban dos lagunas minúsculas bajo mis ojos.

Las dos mirábamos al frente.

De manera calmada, hipnótica, empezaste a hablar. Y cuando hablabas, se detenía el mundo y todo en mi interior parecía colocarse en su sitio y empezar a sanar. Necesitaba un cuento para dormir. Tú siempre lo tenías a mano.

—¿Cuál era la primera norma en la hermandad? —Empezaste— Exacto. Nada de relaciones entre nosotros. Ni amor ni sexo. Ni medio conato. Fue una ley que propuse yo misma porque sabía que saltárnosla solo nos podía traer problemas. Así fue con Astrid. ¿Por qué crees que se fue a Oxford? Bueno, evidentemente porque tenía una oferta de una beca. Pero esas becas no caen del cielo. O eres una lince o tienes contactos. Astrid era voluntariosa y muy obediente, pero no tanto tanto como para ser considerada como un cerebritito a quien patrocinar en Oxford. Nanai de la

China. Pero contactos, aquí a la menda no le faltan. ¿Recuerdas cuando me empeñé en que buscaras la manera de demostrar que el Banco Argentos tenía alguna vulnerabilidad en el sistema? Y bien que lo demostraste. No nos aprovechamos de la circunstancia, aparentemente. Pero le sacamos un rédito: una beca para que Astrid no se interpusiera entre nosotros, entre Javi, tú y yo. La nenita se había enamorado mí. Así me lo confesó. Que si era su vida; que si había empezado a sentirse atraída; que yo sabía que podía hacer con ella lo que quisiera y que aquello tenía una única razón... «Pero, Astrid, aquí hay unas normas», le dije, por no soltarle que no me viniera con rollos bollos que a mí no me iban ni una pizca. — El comentario provocó en mí una sonrisa amarga en la que es imposible que no depararas.—. Hice un pacto con ella. No os teníais que enterar. Le conseguí la beca que tan generosamente me soltaron a tocateja en el Argentos y la facturé con dirección a Inglaterra. La convencí de que, si era amor verdadero, no se marcharía por el camino. Hace ya cuatro meses de aquello. Me escribió dos cartas encendidas de pasión. ¿Sabes qué me decía en la tercera? Que lo sentía, que había conocido a una sudafricana por la que había perdido la chota.

Tragué saliva, todavía desconcertada.

—¿Y entonces, Javier? ¿Qué tiene que ver todo esto con Javier y contigo?

—Se ha caído con todo el equipo. Acaba de hacer su último servicio a la causa.

—¡No fastidies! ¡Por fin! ¿Cómo lo has averiguado? ¿Ha confesado? —Junto a la excitación, se me acumulaban las preguntas—Fue él, ¿verdad?

—No, él no ha confesado. No ha soltado prenda. Probablemente no lo hará nunca, y menos desde hoy. Pero tuvo que ser él, ¿quién si no?

Diste un brinco desde la cama y fuiste a buscar tu bolso. Volviste hacia mí rebuscando en su interior.

—Mientras tú estabas en el cine, no he perdido el tiempo. —Después de dejar sobre la cama un par de paquetes de tabaco, una funda de un conjunto de maquillaje y tres pinzas para el pelo, sacaste por fin una cámara digital de fotos. Me la ofreciste como si fuera un preciado botín de caza—. No, no le he tendido ninguna trampa. ¡Qué feo es eso! Ha caído él mismo a cuatro patas. Mira las tres últimas.

Javier aparecía en poses comprometidas, tocado tan solo por un corsé rosa y ofreciéndole al objetivo sus posaderas.

Madrid, marzo de 2019

Aunque lo hubieran adscrito a la Científica, Óscar vino con un encargo de la Unidad de Inteligencia. Me lo explicaba mientras intentaba ganarse mi confianza para encalomarme un plan. Primero quería saber qué me llevó hasta Mario Tauste y qué narices hacía hurgando en su ordenador personal.

Óscar lo sabía. ¿Cómo? Se me ocurren varias opciones. ¿Recuerdas aquella cámara web del mismo portátil que se activaba al iniciar la sesión? Esa es una. Aunque, yo me decanto por la explicación más tradicional. Andreu Solís, el engominado que me sorprendió trasteando, quien decía ser novio de Mario, era otro de los nuestros. De los de ellos, quiero decir; de los de Inteligencia. Eso no quita para que estuviera también traicionándonos, jugando en varios equipos. El mismo Mario era otro de los sospechosos de estar envuelto en asuntos turbios de la órbita del comisario del que después habló todo el mundo, el de las grabaciones a políticos y a todo Dios, el excomisario Bermejo.

Óscar podría mentirme sobre los motivos que justificaran que se pegara a mí como una lapa, pero no sobre su identidad. No fue necesario escarbar mucho para obtener su ficha y filiación. Lo hice en dos golpes de clic. Aunque viniera de Información, no estaba censurada la ficha de Óscar Lamarca Garcés, 42 años, riojano. La vocación por servir al cuerpo le venía de casta. Del abuelo y del padre. Ingresó en la Policía joven. Y aunque tenía su camino marcado desde la cuna, algo ocurrió después de los cinco primeros años de entrar en el Cuerpo. Ahí había un vacío. Había estado con nosotros justo el tiempo necesario para poder acogerse a una excedencia por interés particular que, a efectos prácticos, significa que puedes dar un paso a un lado, dedicarte a lo que te dé la gana sin que te limite ninguna incompatibilidad, y volver cuando quieras al puesto que te has ganado de por vida en la carrera pública.

Pues bien, Óscar estuvo *missing* cerca de siete años. Imposible seguirle la pista durante ese tiempo. Nada. Esto es de manual; suele suceder en dos casos: cuando te vas al sector de la seguridad privada a ganar una pasta impensable para los baremos en los que se mueve un sueldecito decente de funcionario, por muy adobado que esté gracias a los pluses de peligrosidad de una escolta con riesgo; o la segunda vía: la de los que han sido reclamados por los servicios de Inteligencia (y no tienen por qué ser los nuestros del CNI), y tu actividad tiene que ser totalmente opaca a ojos de todo el mundo, hasta de tu familia. Encajaban las dos. Los que suelen dedicarse a estas cosas engañan mucho. Por su aspecto, quiero decir. Forma parte del plan. No van de *Chuck Norris* por la vida. Se les vería venir a la legua.

¿Quién me iba a decir a mí, la cómplice de una maquiavélica y peligrosa fuera de la ley, toda la vida infiltrada entre la pasma, que iba a acabar investigando con todas las bendiciones y la legitimidad? Y menos en aquel momento, en el más inoportuno y el más arriesgado dadas las consecuencias que me traería que descubrieran toda la verdad sobre mí.



—Si no me cuentas qué relación tienes con el monitor de gimnasia, no puedo protegerte, Alicia. —Me advirtió Óscar.

No podía decirle la verdad, toda la verdad, y nada más y nada menos que la verdad. Así que me embalé con la argumentación más visceral que se me ocurrió.

—¡Yo follo y me lío con quien me apetezca, con quien me dé la real gana, sin tener que andar dándole explicaciones absolutamente a nadie! Conocí a Mario por una app de contactos. Ha sido solo un rollo de una noche.

—¿Una sola noche y te quedas casi en bolas en su apartamento toqueteando entre sus cosas? ¡Vamos, no me jodas!

No descartes de todas formas que el ingenuo de Mario Tauste no fuera más que una «mula» que por tres pesetas, además de por el sospechoso honor de codearse con quien estaba alternando, se deslumbrara hasta cegarse y lo usaran como transportista de audios y archivos comprometedores. A veces las ínfulas de aparentar pesan más que las de la riqueza. También son más peligrosas.

Vuelvo a sentir el escalofrío que noté cuando Óscar me dijo que, cuidadito, que me andara con mucho tiento:

—Ya ha habido víctimas. Víctimas colaterales, quizá. Trabajamos con esa hipótesis. Una chica está en coma. Ella había quedado un par de veces con Mario. Es una chica más o menos de tu edad.

Me cagué viva al escuchar aquello. Hablaba de ti. No había ninguna duda. Aquel «más o menos de tu edad» que remarcó con pausa, sonó a desafío, como si me estuviera poniendo a prueba. ¿Sabía algo más sobre lo nuestro? ¿Habían conseguido hallar alguna conexión, algún cabo que nos hubiéramos dejado suelto durante todos estos años? Había un hilo del que tirar. Nos relacionarían fácilmente. Compartimos clase en la universidad. Pensé que por ahí tendríamos la fuga.

Han tenido que pasar veinticinco años para que haya entendido tu apuesta. Aquello que pasó por ser una excentricidad absurda de una niña malcriada y caprichosa, el deseo de salir en la orla como Dolly Antón.

Lo he comprobado en los registros de Educación y en los de la Universidad. No queda ningún registro de que estudiara Derecho ninguna Marta Suárez Enjuanes. No sé a quién sobornaste, a quién coaccionaste. ¿Cómo cojones lo hiciste? Recuerdo perfectamente el momento en el que, ufana, alardeaste de que ya estaba hecho y que ganarías la apuesta de calle. No se limitó a una broma en connivencia con quien fuera. No quedó en un truco de reprografía.

Yo fui siempre la más inteligente, pero tú la más lista. Con diferencia. Aunque a veces me hago la tonta, que es la manera más sabia para sobrevivir.

La confesión de Óscar me sonó a otro desafío velado. ¿Quería mandarme un mensaje? A lo mejor era un camelo todo eso de que pretendieran protegerme de la mafia del excomisario Bermejo. Tal vez habían puesto el objetivo en mí los de Asuntos Internos y buscaban que te delatara, o pillarme en un renuncio.

Acepté el reto: Trabajar para ellos. Acercarme a Mario. Y este me acogió con los brazos abiertos. No opuso mucha resistencia. A decir verdad, ninguna. Lo único que tuve que hacer fue mostrarle de manera zalamera mis disculpas.

Le fui con el cuento de la pobre doncella a la que el arrebató turbador del enamoramiento la deja desvalida e indefensa, temerosa de no poder vencer, ni luchar siquiera, contra ese sentimiento

repentino y traidor, a la que deja sin armas ni recursos, más que los de no querer aceptar que ha de caer prisionera a los pies de su príncipe al que su pobre condición no le permitirá acceder jamás. Y que, antes de morir en esas brasas, pretendió en vano huir de ellas. Pero los sentimientos acaban imponiéndose y no hubo ya más remedio que aceptarlos y claudicar, y arriesgar el sosiego de su vida ante el fuego que la estaba consumiendo.

No mujer, con esas palabras, no ¡no me jodas! Pero, ya me entiendes. Se lo vendí en plan: que si salí por piernas de allí fue porque me dio miedo lo que había llegado a sentir al oírle que se había quedado todo loco conmigo; que sí, que era cierto que yo también había sentido algo que no andaba buscando y que hacía mucho, muchísimo tiempo que no vivía, y tal y cual, y Pascual. Y que, por todo eso, aunque no tuviera perdón de Dios, había hecho mutis por el foro aquella mañana y me había escaqueado con una despedida a la francesa muy poco educada y nada elegante. Pero, que si hacía el favor de perdonarme y darme otra oportunidad.

No tuve tiempo de acabar la perorata cuando ya estábamos liados, follando como perretes en celo. No fue solo sexo. Era verdad que el muchacho se había enamorado.

Como la tarea que me encomendaron fue la de escuchar y copiar todos los archivos de audio del ordenador de Mario, no es que me fuera a vivir a su casa, pero llegó un momento en que sería muy difícil explicar técnicamente la diferencia que habría entre decir que me había mudado allí y mi presencia tan frecuente en su apartamento, noches incluidas.

Quedé liberada de todos los servicios en la Jefatura. Mis apariciones por su apartamento de Mirasierra se ajustaban a las que habría tenido alguien con sus sábados ocupados y sus lunes de libranza.

Tenía el encargo de la Policía, pero no me olvidaba de la causa original que me llevó la primera vez hasta allí. De hecho, a mí me la sudaban aquellos audios sobre los que parecía que giraba el mundo y con los que daba la sensación de que se le cortaba la respiración a mis compañeros y a medio país, aquellas grabaciones que infestaban el Mac de Mario donde se escuchaban conversaciones, por ejemplo, de la Ministra de Justicia con un exjuez estrella con el que estuvo liada. Ponían a parir a otro compañero de la carrera judicial, a la sazón, compañero suyo en el Consejo de Ministros.

No me servían ni siquiera para saciar mi espíritu chafardero. Porque, por más vueltas que le daba al asunto, por más miradas que le ponía, no había forma de que me saliera ninguna hipótesis que te pudiera conceder a ti algún papel en ese juego. También es cierto que siempre has sido un dechado de sorpresas. Nada se puede descartar, de entrada, si Doña Marta o su sombra andan revoloteando por ahí.

A lo mejor resultaba que buscando las Indias descubría América. Fuera como fuere, también corría el riesgo de que me mataran los indios.

Yo buscaba al tipo del tatuaje, ese del que me hablaste de nuevo en la última llamada. Y Mario, tatuajes sí que tenía. De todos los colores, tamaños y tipos. Eso hoy en día es poca cosa. Nunca pasaría por prueba concluyente. Pero, por mi trabajo he seguido algunas investigaciones en las que se partía casi de la nada, con un bagaje infinitamente más pobre que aquel y de repente aparecía un hilo del que tirar y ese hilo acababa llevando hasta una fábrica de telares.

Si realmente había un Mario oscuro, miembro del hampa, capaz de hacer cualquier cosa por el afán arribista y por cuatro duros, e incluso un Mario dispuesto a matar, ese no mostraba la patita por ningún agujero. O era capaz de contenerse como nadie hizo jamás.

Era tierno hasta límites melindrosos. Activo. Muy activo sexualmente. Pero atento y cariñoso.

No es incompatible, por supuesto. A mí me parecía hasta excesivo. Me cargaba. Una ya no está para muchos arrumacos, cucharitas y caricias post coito. Siempre me pilla con sueño. Es mi lado masculino.

Él quiso noviazgo y no un rollo. Desde el primer día. Muy infantil me pareció. Pero ¡si nada más reencontrarnos quería llevarme a Cuenca a conocer a sus padres! Y aquí, a la niña, que le dicen desde las alturas que, mira, que cuantos más datos del objetivo sacase, mejor.

Sabiendo hasta dónde podía estirar la pose, no le di un sí inmediato cuando me propuso la excursión para meterme en la familia. Las cosas había que hacerlas con un mínimo de rigor y que no cantaran. No sabíamos con quién nos la estábamos jugando. Los sicarios más desalmados también interpretan su papel de dócil corderito para merendarse al lobo.

Me tenía que hacer de rogar un pelín para darle credibilidad. Y mira tú por dónde, que ahí fue donde empecé a ver a un Mario distinto al chico sanote, al Mario noble y de mirada limpia.

—Ay, chico, no sé si es demasiado pronto para presentarme a los Tauste. ¿Tú no lo ves muy precipitado? ¿No es forzar las cosas?

Se lo dije con la sonrisa más primaveral y tontalaba de la que fui capaz, hasta hacerme daño en los hoyuelos. Pues, sólo por esas pegas, salió de las tinieblas un tipo que se transmutó, al que se le notaba desbordado, balbuceante, que pasaba del pálido lívido al rojo congestionado con sudores a gota gruesa cayéndole por la frente y empapándole la camisa en rodales. Peleaba contra un ogro que había decidido salir de la cueva, el que me bramaba:

—¿Qué ves de malo en conocer a mi familia? ¡Ya estoy harto de que me quieran sólo como objeto, como un pedazo de carne! Tengo sentimientos y me duele mucho que me rechaces de esta forma, con este desprecio y con esta crueldad.

A cada frase se mordía la lengua y se daba un golpecito en el centro del pecho, como aquietando al monstruo que en sus ojos se intuía que le estaba pidiendo paso para emplearse con toda la fiereza.

Justo después de aquel numerito que auguraba lo peor, recibí la orden de aceptar su invitación: Íbamos a ir a Cuenca. Saldríamos el sábado, en cuanto él hubiera despachado a un par de clientes.

Me empezó a mosquear que aquella mañana no me friera a guasaps, cosa muy habitual en él. Era puntual. Siempre lo había sido. Ni a la una. Ni a la una y media. Mario no aparecía. Iba a decir que no daba señales de vida. Y era así. Textual.

Lo habían asesinado.

Llevaba muerto desde primera hora de la mañana, con un disparo en el pecho, en aquel pecho por el que le salió el ogro. Lo encontraron desnudo, despatarrado en un sillón del salón de su propio apartamento.

Aproximadamente un mes después del asesinato de Mario Tauste, apareció en la pantalla el primer resultado con su nombre. Fue en el rastreo interno que hacía cada mañana en el sistema. Lo había convertido en una rutina, en un acto mecánico del que no esperaba nada, no albergaba ninguna esperanza de que pudiera obtener ningún fruto. Como intuía que estaba monitorizada con micros, cámaras y seguimiento por GPS hasta en los empastes de los molares, me cuidaba mucho de que no se me relacionara con ninguna búsqueda. Tenía mis recursos. Pero había que hacerlo rápidamente y desde una máquina de un compañero.

Y, hete aquí que, ¡eureka!, cuando me disponía a cerrar: «Mario Tauste, 6 coincidencias en documento docx ‘Las Grabaciones del Comisario’ en directorio tal y cual en la raíz de C...en el Escritorio, Documentos de Usuario xxxxxxxx».

¿Te acuerdas de cuando mencionaba del falso subinspector Benítez? Llegó el momento de que abordemos el asunto. Encontré el archivo. En la Policía no hay ningún agente, ni inspector, ni subinspector que se llame así. Tampoco nadie responde a la identidad de la jefa del relato, Isabel Velasco. Sin embargo, por los datos que da en la narración, muy fieles a la investigación real del caso, y sabiendo el ordenador donde lo vi, me hago una idea de quiénes pueden ser; probablemente, los mismos con los que más adelante tuve mis más y mis menos.

Este es el texto.

### *Las Grabaciones del Comisario, de Ricardo Benítez*

Para mis cincuenta-y-largos, no poder lucir los pectorales de Mario Tauste, de piel tersa y exentos de un solo miligramo de grasa, no era solo una cuestión achacable a mi falta de rigor y constancia con las pesas, ni de lo sencillo que me resultara encontrar mil vías para escapar de la tiranía de la dieta; la puñetera genética también jugaba de manera ventajosa. Aun así, no le cambiaba a Tauste la mano de cartas que le había repartido el destino aquella noche porque tener en ese momento un pecho idéntico al suyo conllevaba presentar un orificio de bala del calibre 22 por donde el acero se había colado de manera certera hasta reventarle el corazón. Certera, si lo que perseguía quien reservara previamente el proyectil en la recámara de la Walther era que el joven preparador físico dejara de torturar a los incautos vigoréticos que solían contratar sus servicios. Su cuerpo inerte daba fe de que no volvería a facturar ni un euro por ese concepto.

—Ha sido alguien a quien conocía la víctima, Benítez. La puerta no estaba forzada —fue la primera consideración que hizo mi superiora, la inspectora jefe, Isabel

Velasco, tras achicharrar varios pólits con decenas de apuntes.

El cuerpo de Tauste daba la impresión de que descansara en el sillón orejero del salón, tras una relajante ducha. Estaba desnudo, despatarrado, como si hubiera preferido que le practicaran una felación y no recibir un disparo letal. Caprichos que tiene uno. Esa fue una de las observaciones más claras que circularon al unísono, tanto por mi mente como por los papelitos de Velasco, aunque ninguno de los dos la verbalizáramos. El rigor del miembro llamaba la atención. Dejó testimonio gráfico el compañero de la Forense encargado de inmortalizarlo, valga la paradoja.

Coronábamos así otro día histórico para olvidar; una jornada pegajosa y tensa en la comisaría, en un septiembre ya tardío en el que el calor se empeñaba en no dimitir.

Dimisión. Esa era la letanía que sonaba a todas horas y en todas partes. También en el fragor del debate a voz de perro que los tertulianos se habían ladrado aquella mañana en la tele y se escupían en la radio sintonizada en el coche. La escuchamos en el trayecto que nos condujo hasta el exclusivo barrio de Mirasierra.

Cada día aparecían nuevas grabaciones a través de la web LasCosasDeMoncloa.com. Una página que, presentándose como un medio de comunicación ‘alternativo’, llevaba un par de semanas con un goteo continuo, colgando conversaciones privadas cuyo contenido ponía en un serio brete a sus protagonistas y su integridad.

El serial señalaba en aquellas fechas a la Ministra de Justicia, Socorro del Grado, que tras haberse transmutado en San Pedro y haber negado hasta en tres ocasiones que en ningún momento de su vida se hubiera reunido, hablado, o visto siquiera al excomisario José Luis Bermejo, estaba quedando en evidencia que había faltado a la pureza de la verdad. Se le escuchaba, entre tintineos de cubiertos y copichuelas, alternar con el susodicho y con un exjuez estrella. Ex en la doble condición. Añadiríamos tal vez una tercera si incluyéramos la posible relación con la ahora ministra, pero no he sido nunca amante de chascarrillos chafarderos y vulgares, por muy de la casta que sean los implicados.

Y si Del Grado se había despachado con mayor o menor fortuna —y elegancia— sobre la condición sexual de quien ahora era su compañero de gabinete, —y otrora lo fue de la carrera judicial—, o sobre la minoría de edad de las jóvenes doncellas que, previo pago, los remilgos morales de ciertos magistrados de renombre no les habían impedido ‘cepillarse’ o, incluso, si le hubiera dado por bromear en torno al tamaño de la maza de cierto presidente del máximo tribunal, a nosotros no nos hubiera concernido lo más mínimo, más allá de lo que en términos de comidilla de mentidero le estaba suponiendo al populacho.

En comisaría la cosa adquiriría otro cariz. Quien más, quien menos, había tratado o conocía de las maldades del puchero que llevaba tiempo cocinando el excomisario Bermejo. Ahora, desde la cárcel. Antes de llegar allí, había emergido desde lo más profundo de las cloacas del Estado, le había dado su mano pringosa de mierda a diestro y siniestro, había cerrado negocios turbios con muchos de ellos, y ahora se sabía que en los mismos actos donde le habían impuesto las más obsequiosas de las condecoraciones, él había dejado constancia de ello en horas y horas de grabaciones — un terabyte, se comentaba— con las que, era evidente, que estaba dispuesto a chantajear a dios bendito si fuera menester.

Desde la planta noble del ministerio, el rechinar de rodillas nerviosas, temerosas, se escuchaba con tal vigor que diríase que estaban a punto de hacer tambalear los cimientos. No eras nadie en este puñetero país si no notabas el aliento de la amenaza en el cogote a resultas de las grabaciones que, a modo de aspersion de porquería, lo estaban tiznando todo. Y nuestro jefe, el comisario Castro, era uno de los que compadreó con frecuencia, e imaginábamos que en las más diversas y jugosas de las circunstancias en las que se pudieran compartir confidencias sin filtros ni autocensura.

A la mañana siguiente tardamos más de la cuenta en entrar en la reunión de grupo para abordar las primeras pesquisas en torno al aparente asesinato de Mario Tauste. Castro había sido convocado de urgencia para evaluar la cantidad de aguas residuales que podrían emerger desde el alcantarillado del que solo tenía llave el indeseable Bermejo. Eso retuvo una hora más a la inspectora jefe Velasco, a la que citaron para informar sobre la doctrina de lo que se cocía por las esferas donde se tomaban las decisiones.

Tras tres intentos frustrados de empezar la puesta en común, un guasap de la jefa me dio la orden de que fuéramos tirando sin ella.

Terminamos y me quedé de guardia, ordenando los datos aportados por los de Criminalística y los de la Tecnológica. La tele estaba puesta a todo trapo en la sala contigua. Un reportero, desde el arcén de la A4 según indicaba el rótulo, se esforzaba para que su voz no fuera atropellada y sepultada entre las ráfagas de los vehículos que circulaban rozándolo.

«Fue precisamente en este punto, a la altura de la localidad de Tembleque, y en dirección a Toledo, donde un transeúnte alertó de su hallazgo a la Guardia Civil. Dinero. Mucho dinero. Billetes que sumaban una cantidad próxima a los 250.000 euros. En realidad, ahora es cuando ha trascendido. Ocurrió hace dos días, y se vincula a un control rutinario establecido por Tráfico un kilómetro más adelante. El portador, advertido de alguna manera, se habría deshecho del botín antes de llegar a ese punto.»

Cuando por fin dejaron bajar a galeras a Velasco, la concentración de testosterona ya se había disuelto. Sin embargo, a juzgar por cómo arrugó la nariz, la saturación de masculinidad propia de gimnasio de instituto andaba todavía flotando en el ambiente.

Velasco no soltó prenda. Aunque, basándome en las horas de vuelo que llevamos juntos, y los tiros que nos quisieron dar, no arriesgo mucho si digo que entró en la sala con expresión agria. Adivino que ese mohín se lo marcó escuchar las consignas que la rumorología estaba esparciendo por todos los corrillos, las llamadas a ‘prietas las filas’ y las invocaciones a las fidelidades inquebrantables. ‘Aquí, si zarandean a un hijo de la gran puta, no olvidemos que es nuestro hijo de la gran puta’. Arqueó las cejas por encima de unas gafas inexistentes. Confirmé que estaba escuchando lo que no oía: mis pensamientos.

—Nosotros, a lo nuestro, a resolver el caso del asesinato del preparador físico. — Esa fue su única referencia a que el chaparrón no nos distrajera—. A parte de la profesión, ¿qué más sabemos de Mario Tauste?

—Varón...

—No es necesaria tanta exactitud científica, Benítez.

—Perdón, inspectora —me percaté de que, inconscientemente, mi brazo derecho había ascendido en ángulo de 45 grados con el puño prieto—, imagino que recuerda que su miembro seguía en estricto rigor a pesar de su ‘mortis’.

—Hay circunstancias de la escena del crimen que no se olvidan nunca, amigo.

—El forense confirma que estaba en pleno acto sexual. No le dio tiempo ni a perder la erección cuando le descerrajaron el tiro mortal, desde abajo, y casi a quemar piel.

—¿Felación? Habrá saliva. Festival de restos de ADN

—Los hay. Pero no en nuestros registros. Ninguna coincidencia.

—¿Qué más?

—27 años, de Cuenca. Llegó a Madrid hace 7, para estudiar Ciencia del Deporte, el INEF de nuestra época, y se quedó.

—No nos metas a todos en tu generación.

Hice como que no escuché aquel comentario que era más irónico que real. Velasco también había llegado al medio siglo, aunque se esforzara en aparentar no más de 40. Y el empeño daba sus frutos.

—Lo que más nos ha llamado la atención es que en absoluto casa su ritmo de vida con los ingresos de un entrenador personal. Lo declarado a Hacienda el último año no le da ni para pagar los altavoces de la tele esa de marca danesa.

Al leer el informe solicitado a Delitos Informáticos observé otra contradicción:

que alguien con perfiles activos en todas las redes sociales, no tuviera ordenador. Ni tablet. No se hallaron.

—Da la impresión de que alguien se encargó de limpiar el apartamento. —el «limpiar» quedó entrecomillado en un balanceo de cuello de la inspectora jefe.

—Y se tomó muchas molestias.

—Quien lo hiciera, lo tenía todo controlado y no dejó nada en manos de la improvisación, ¿no? —argumentaba retóricamente Velasco— En un homicidio, en una reyerta sobrevenida, nadie tiene la sangre fría para hacer una parada técnica y llevarse solo lo que le interese antes de huir.

—Añada a todo eso que no se suele contratar fibra óptica, una banda así de ancha —y esta alusión también la subrayé simulando coger en el aire un balón invisible—, para conectar solo la tele.

—¿Qué dice el historial de su Netflix?

—*Suites y The Good Wife*. Se daba atracones de esas dos series de abogados.

Quizás la explicación estaba en la profesión de quien descubrimos que intercambiaba más llamadas y mensajes con nuestro hombre. El registro que nos facilitó la operadora móvil de Tauste, previo requerimiento judicial, nos llevó hasta Andreu Solís, pasante en el prestigioso bufete FH's&Co. El teléfono que utilizaba era el que le había puesto a su disposición la firma en la que llevaba intentando medrar desde febrero, un mes antes de que iniciara «una relación estrecha», según sus palabras, con Mario Tauste.

Así nos lo trasmitió cuando le hicimos una visita en las oficinas del despacho de abogados, pegado al hotel Wellington, en pleno barrio de Salamanca.

—No quisiéramos incomodarle, podemos ir a otro sitio más discreto para usted —le propuso Velasco.

—Aquí estaremos bien, no se apure. —y con un gesto nos invitó a que tomáramos asiento, igual que él había tomado prestada para la ocasión una sala de reuniones de maderas nobles y pinturas de inversor.

Estuvo inquieto, casi bailarín, levantando constantemente la mirada por entre las persianas de largos faldones verticales que hacían de aquella pecera algo más reservado.

—La tarde que murió... que mataron a Mario, estuve en la embajada de Brasil. Estoy tramitando mi traslado. Me han ofrecido un puesto de cierta responsabilidad en la delegación de Sao Paolo. Cuando llegué a casa, recibí la llamada de Asunción, la secretaria del Presidente. Ella sabía que Mario y yo éramos muy amigos.

—¿Tan amigos como para pensar en irse a vivir juntos a Brasil? —me permití



preguntarle.

—No, —se ruborizó—, tanto como eso, no.

Seguíamos intentando recomponer la vida de Tauste. Había indicios para deducir que el alto nivel económico que se permitía tenía su origen en el ofrecimiento de sus servicios físicos, aunque en un ámbito que requería de igual fragor e intensidad que el Kick Boxing, pero de mayor contacto de piel con piel. O sea, que Mario Tauste se prostituyera no lo pudo negar «su-amiguito-del-Alma».

—Al menos, nos queda claro que no había amor, pero que el pasante no era un cliente más. —concluyó Velasco, de vuelta a comisaría

En la radio, de nuevo informaciones sobre el paso que había decidido dar la fiscalía para investigar los vínculos que pudiera haber entre la web que escupía audios de las grabaciones que estaban poniendo en jaque a media España y las actividades económico-delictivas por las que el excomisario Bermejo estaba en prisión.

—¿Cree que Castro puede salir escaldado de esto? —intenté que soltara prenda sobre cómo habían aleccionado a los altos mandos cuando fueron llamados a capítulo.

—Eran íntimos, Benítez. Y ya sabes que si a ti, o a mí, nos pudieran sacar grabaciones de charlas entre colegas, en el mejor de los casos nos iban a humanizar en exceso, dejémoslo ahí.

En ocasiones pienso que hay micrófonos por todos los rincones, y que no solo los pone Bermejo. ¿De quién estábamos hablando? Pues el mismo rey de Roma, al aparato:

—Castro quiere vernos.

—¿Ver...NOS? ¿A ambos? ¿A los dos? ¿A usted y a quién más? ¿A mí? —todas esas preguntas las iba encadenando mientras veía la espalda de mi jefa, siguiéndole el paso ligero y firme, camino del matadero, del cortijo del comisario.

Que qué cojones nos habíamos pensado; que si pensábamos que podíamos meter los hocicos en asuntos que eran de Estado, ¡de Estado, joder!, lo repetía gritando, con la vena del cuello en un lila muy vivo, a punto de estallarle en muerte.

—¡Andreu Solís es nuestro hombre! ¿Qué mierdas tenéis que ir a tocarle los huevos y ponerle en evidencia? Estáis poniendo en riesgo su vida ¡su vida! Lo tenemos infiltrado en ese despacho de abogados. Es un servicio reservado, protegido. ¿Cuándo vais a aprender que aquí los pasos se dan poquito a poco? ¡E informando previamente a la autoridad competente, hostia puta!

Le salieron tres truenos y siete perdigones más por la boca y se ocultó tras el enorme respaldo de su sillón, que empezaba a curtirse en cuero político.

Había pasado una semana, cuando apareció una captura de una cámara del CCTV

de seguridad de un edificio contiguo al de Tauste. Era un fotograma del único vehículo que circuló en ese sentido, doce minutos antes de que un objeto contundente en manos de un encapuchado reventara la lente que un día después no pudo identificar al visitante que acabó con la vida del preparador físico. Se trataba de un VW Tiguan, negro, pero la matrícula estaba incompleta. Acababa en 5 y las letras podrían ser JLT, LTT o similar.

—Le pusieron laca para que no saliera reflejada en la imagen. Pero se la pusieron mal. ¡Una puta chapuza! —así nos lo había dicho el chaval de prácticas en el grupo.

Volvimos sobre nuestros pasos. De nuevo en Mirasierra para echarle un enésimo vistazo al pisito de Tauste. También interrogamos al portero de la finca. A ver, no un interrogatorio como tal, que es que hasta a mí me pueden los formalismos. Digamos que, tuvimos una charla distendida. Y conforme se iba soltando, nos iba «narrando», como decía él, la intensidad de vida casquivana y disoluta que llevaba el desafortunado inquilino. No llegamos a saber cuáles eran los baremos aplicados a su amplio catálogo de servicios, pero no se podía negar que todo lo que se agenciaba en negro, se lo ganaba a pulso.

—Y, Miguel, solo una cosita más y no le entretenemos. —Lejos de aliviarle, aquella promesa decepcionó al portero, pues comprobaba que su estrellato lindaba ya con el ocaso—. ¿Las únicas cámaras de seguridad están en la entrada del garaje desde el que se accedía directamente por el ascensor al piso, con una llave por planta?

—Tal cual, señora.

—¿No se habían estropeado nunca?

—Nunca, hasta un día antes del asesinato.

Nos despedimos. Yo, creo que hasta con un abrazo. Tengo esos prontos incontrolables que, con una mirada a veces escéptica y en ocasiones irónica, me intenta corregir Velasco.

Estábamos en un momento de la investigación donde empiezan a caer en cascada datos y datos que ni el más avisado de los ordenadores cuánticos podría manejar con racionalidad.

—¿Un crimen de qué origen, jefa? ¿Una venganza? ¿Pasional? ¿Celos? ¿Un ajuste de cuentas?

—No tengo ni la más remota idea.

Ernesto De la Calle nos trajo noticias de la Tecnológica:

—Se ha podido recomponer un clon virtual del ordenador desaparecido de su casa. Lo hemos hecho con los datos de la ip de la fibra óptica. Una semana antes la línea estuvo trabajando a destajo para subir un terabyte de datos a la nube. El espacio lo contrató en 2plus2. Datos que, lamentablemente, se rescataron y se borraron de la

nube media hora después de su muerte.

En un terabyte cabe mucha información. Un terabyte es una unidad de medida. Pero nunca lo había oído tantas veces como en las semanas que llevábamos hablando de que Bermejo tenía un contenedor de ese peso y que así, a granel, a millón de euros el terabyte, lo quería colocar en los medios de comunicación que quisieran comprarle su mierda. Vamos, que se prestaran a jugar el papel de camellos y colocarla haciendo negocio entre la población necesitada de droga dura.

No renunciamos a saber quién se cargó a Mario Tauste. Quizás algún día Castro sea el excomisario Castro y también esté de mierda hasta el cuello; y tal vez hasta lo que ocurrió en aquel despacho cuando nos llamó a capítulo esté grabado en otro terabyte que se ofrezca a los medios en un futuro no muy lejano.

Sí que sé que hemos repasado las cámaras de la A4 en los momentos previos a que alguien quisiera quitarse de encima el marrón de que en un control de la Guardia Civil le hicieran alguna pregunta incómoda sobre el origen de 250.000 euros en metálico. Pasa un Tiguan, con matrícula JTL, acabado en 5.

Estoy viendo en Informe Semanal la crónica de estos días. Me fijo en Marta Sarasola, abogada de FH&Co, bufete que ahora resulta que se encarga de defender los intereses de Bermejo y sus socios. Habla a la salida de los juzgados:

«Hemos pedido el levantamiento de las medidas cautelares para José Luís Bermejo, ya que no hay nada que en estos momentos justifique que deba permanecer en prisión. Pedimos medidas de garantías procesales y hemos hecho efectiva la fianza de 300.000 euros que solicita la fiscalía para que mi cliente pueda abandonar esta situación abusiva a la que se le está sometiendo. Creemos que será posible antes del lunes».

Paro la imagen. Reconozco al joven de peinado engominado y gestos inquietos a quien le cede una carpeta que porta en la mano, y con la otra le pellizca cariñosa y maternalmente un moflete. Es Solís, que a esta hora debe estar a 11.000 metros de altura sobre el Atlántico, con destino a Brasil.

## Madrid, marzo de 2019

Necesitaba descubrir si estabas metida o no en toda la mierda esa de la corrupción policial, si estabas pringada hasta el tuétano. Me habría explicado muchas cosas. Porque, a lo mejor es que no podías más y querías empezar una nueva vida, cayera quien cayera.

Por otra parte, si así fuera, ¿no me lo ibas a haber confesado sabiendo lo que yo me jugaba cada día acudiendo a la boca del lobo, yendo a trabajar a la Jefatura? ¿A lo mejor lo hiciste por protegerme?

Si hubieras tenido contactos con la cúpula corrupta, sería una forma de entender cómo, habiendo hecho todo lo que hiciste, dando todos los golpes que diste (que dimos), habíamos salido de rositas hasta ese momento.

¿Era eso, Marta? Hasta que no despiertes, no podré saberlo, si es que sigo teniendo paciencia para esperar.

Debía ser producto del cansancio. O la sugestión. Pero en ocasiones te veía asentir, te notaba suspirar; hacer amago de una de esas muecas tuyas de payasa. O creía ver que movías las cejas, hacia arriba, como advirtiéndome: «Alicia, que te graban. Que se te calienta la boca y estás largando demasiado».

No tenías por qué apurarte. Lo sabían todo. A esas alturas, cuando me llevaron a verte a la habitación, no buscaba salvarme. No quería ocultar nada más. Por eso estaba allí.

Miré por la ventana. Comprobé que estaba cerrada. Sellada herméticamente. Era de doble cristal y blindado. Pero, en aquel momento no me faltaban ganas. Dios sabe que no me faltaban las ganas.

\*\*\*

Creo que me ayudó a superar el impacto del asesinato de Mario Tauste el hecho de que, tras pasar esa página, tuviera la sensación de haber recuperado mi libertad y volver a la rutina. Así podría dedicarme a lo que realmente me obsesionaba, a buscar al hombre del tatuaje y hacerlo sin vigilancias ni tutelas.

Si quería volver a ser por las noches la peluquera, la bancaria, o Antoñita la Fantástica, corría por mi cuenta y riesgo. No tenía que estar a expensas de dispositivos propios de una súper producción, no tenía que vivir con la tensión permanente de estar con el alma en vilo, desdoblándome a tres bandas. Sería de nuevo yo con mis Alicias. Yo, al cuidado de que no me delataran mis incoherencias. Yo, con mis mierdas.

En el informe sobre la investigación de tu caso sólo se hacía mención a una testigo: la dueña de un bar de carretera. Quedaba al otro lado, en la orilla del sentido contrario al que circulabas, a la

altura del mismo kilómetro donde ocurrió la tragedia.

Antiguamente era de paso obligado en la autovía de La Coruña. Ahora había quedado en terreno de nadie, relegado a un meandro entre el nuevo *Scalextric*. Si quisieras ir a tomarte una Coca Cola con unas aceitunas, tendrías que ponerle mucho empeño y pelearte tres veces con la narradora del GPS.

Me equivoqué de la salida un par de veces. La dejé atrás. Cogí la vía de servicio, y tampoco atiné con el lateral que me permitía el acceso. Llegó un momento en el que me lo tomé como si fuera una *scape room*.

Media hora más tarde de lo que calculé, accedí finalmente a la explanada del aparcamiento. Solo había un coche bajo un chamizo de brezo despoblado. Un Nissan Micra azul con la pintura remendada a parches.

El Contraste, se lee en el rótulo. Desde el exterior está a un tris de confundirse con un puticlub. Yo lo había tomado por eso todas las veces que había pasado por allí.

Al entrar, pensé que el nombre se podría deber perfectamente a cómo era capaz de oler al mismo tiempo a leche hirviendo y a torreznos. El aroma no solo flotaba en el aire. La grasa parecía darle una pátina al mobiliario. Más tarde comprobé que también había dejado secuelas en la ropa de la dueña. Se llama Celeste.

Celeste me atendió después de que llevara un buen rato pegada a una de aquellas sillas vividitas, de rancio abolengo, con más de lo primero que de lo segundo.

Mientras ojeaba la carta que ya casi me la sabía de pe a pa, ella no dejaba de secar vasos y cubiertos poniendo tanto empeño como parsimonia. No me ignoraba completamente. Me fijaba cómo calculaba que yo estuviera metida de lleno en el listado de frituras y otros adobos para echar un ojo muy de soslayo, lo suficiente para comprobar que no me había movido de mi asiento.

Salió de su trinchera cuando creyó que había pasado un tiempo más que prudencial. A mí me había parecido el equivalente a haber echado a perder más de media tarde.

Dejó caer sobre el mostrador un paño que debió ser blanco en su día. Conservaba un ribete con dos franjas paralelas de un verde y un rojo casi irreconocibles.

Vino hacia mí con andar de son cubano, adelantando sus generosas caderas antes de echar cada paso.

—¿Vamos a tomar algo o usted también es de las que viene a hacer preguntas? —me inquirió —. Es que huele a periodista «que echa *patrás*».

Jódete y baila, pensé. Estaba aquel patio como para andarse con juegucitos de palabras con olores y aromas fuertes. Pero, replegué velas.

—¿Tanto se me nota?

—¡Uff, a la legua!

No estaba tan mal. Recuerda: no hay que dejar nada al amparo de la dirección arbitraria de los vientos. La mejor improvisación es la que está estudiada al detalle.

Celeste había mordido el anzuelo. Había descartado pasarme por allí en plan policía. Me puse en el papel de reportera. Ese era mi farol para aquella jugada. Lo llevaba en la cabeza, en la actitud. Iba a presentarme como Alicia Torreblanca. ¡No me digas que no suena a periodista de sucesos! «Alicia Torreblanca, buenas noches, cuéntenos...».

Vaqueros, deportivas de marca, una camiseta con una leyenda de em-po-de-ra-mien-to. Me toca la mismísima la palabreja. Pero oye, había que hacer inmersión en el personaje y si había que llamarlo empoderamiento, como si había que llamarlo a gritos.

«Érase una vez una princesa que se salvó sola. Fin del cuento». En letras grandes se leía, a la

altura del pecho. Morada y blanca.

En definitiva, escogí un *look* muy cómodo sin perder el estilo. Informal, con piezas muy bien elegidas. Y caras, para hacerlo más verosímil, para dar la impresión de que se trataba de una reportera de la tele y no una currita cualquiera de un diario digital que busca más limosnas que noticias. La tele siempre llama la atención. Te abre la puerta del minuto de gloria. A eso se resisten muy poquitas personas.

Celeste me examinaba de arriba abajo, descodificando el mensaje. Le había llegado exactamente el que quería enviarle. A pesar de su pose, entre chulesca y cínica, Celeste acabó siendo un cielo.

La mesonera empezó estando a la defensiva. Imagina la murga que le habrían dado siendo la única testigo del accidente que casi acabó con la vida de ese personaje «tan enigmático y a la par seductor», de «la gran dama de la estafa». Si, hija. Son titulares que he llegado a leer sobre ti. Casi mejor que no hayas tenido que sufrirlos. los oídos.

Aunque la pillara toreada, me gané su confianza. Me confirmó que lo vio todo, que la tarde del accidente había salido a echarse un pitillo a la terraza; que por allí, por El Contraste, ya no iba ni la mitad de la mitad de gente que en los buenos tiempos, y que los días se le hacían eternos, que se los pasaba de forma contemplativa, y eso le daba para leer mucho y fumar más.

—Recuerdo algunos detalles como si fuera hoy, maja —empieza el relato—, porque a aquella hora, ese día, extrañamente, no había mucho tráfico por algo de un partido de fútbol o no sé qué gaitas. Así que, desde esta terraza —es una terraza, pero queda elevada como un balcón a cubierto—, vi pasar un coche a gran velocidad. Venía de allá, levantando muchísima agua. El asfalto era un río. A su altura se puso otro coche, como si fuera una persecución. Es ese coche negro del que hablan ¿Un Tiguan? Pues eso. Dio un volantazo muy brusco. El coche le bailó, así, dando como un culetazo —imita el derrape con la cadera—. Estuvo a punto de volcar. Creo que perdió el control. Iban a chocar. Se iban a pegar la gran leche. Para evitarlo, el coche de esa tipa, la timadora, hizo un movimiento para esquivarlo, pero fue ella la que acabó dando vueltas de campana. Una, dos. Vi hasta cuatro. La primera en el arcén, hasta parar de voltear en seco, en mitad del páramo. Allí, justo allí enfrente.

» Es como si estuviera viendo todavía la columna de humo que salía del motor y de los bajos del vehículo. Recuerdo después el silencio. No sonaba ni la lluvia. No dejo de pensar cada tarde cómo me oía mi respiración. Alterada. Aterrada.

—¿Usted diría que la maniobra del coche negro fue hecha a propósito, que buscaba sacarlo de la carretera?

Celeste, todavía en shock, y mirándome como si mi pregunta la hubiera hecho volver a la realidad, se estremece en un escalofrío y balbucea que sí, que por supuesto, que no sabía si era lo que perseguía aquel coche, pero que cualquiera que lo hubiera visto sabría que la del Tiguan iba a por ti.

¡La!

¿Cómo que la?

Con eso no contaba. Me dejó totalmente descolocada. Esa era la novedad. Algo que no había trascendido en ninguna de las informaciones de la prensa. En el informe policial tampoco. Lo sabría. ¡Por supuesto que lo sabría si hubiera sido así! ¿Cómo era posible que no estuviera reflejado que era una mujer quien conducía el coche sospechoso de provocar el accidente, el que decía Celeste que salió huyendo a la misma velocidad después de arremeter contra ti?

—¿Lo ha contado siempre así? —quise saber.

—¿Así? ¿Cómo?

—Con estos detalles, diciendo que el Tiguan no lo conducía un hombre.

—Juraría que sí. No entiendo por qué habría de ocultarlo.

Lo único que lo podría explicar es que, hasta ese momento, tanto al hablar con la policía como al dar su testimonio a los periodistas, se hubiera referido siempre «al coche», como solemos hacer, como si tuviera vida propia (el coche gira, el coche avanza...) o que hubiera hablado de «quien lo llevaba» de manera genérica.

—Nunca he tenido dudas. —Hacía memoria—. No podría poner la mano en el fuego sobre si iba sola. Fue todo en un suspiro, pero en mi cabeza lo veo pasar, foto a foto, a cámara lenta. Por ejemplo, me fijé en otro detalle, en los cristales traseros: eran tintados. Y yo diría que iba sola. Al menos, no iba nadie a su lado.

Mientras la escuchaba me salían a borbotones todas las preguntas que tendría que hacerle para comprobar si caía en alguna contradicción o si le generaban alguna duda sus recuerdos. En mi cabeza volvían a sonar tus palabras de la llamada. La conversación daba pie a implicar a un conductor, masculino. La policía no se había planteado otra cosa. ¿O sí?

‘Creo que llevo a un gilipollas... ¡de esos que te comen el culo! ¡Me está poniendo de los nervios!

—Ya veo, ya.

—¡La hostia! Creo que es ...

[Hay una especie de interferencia]

— ...de Tinder. Creo que sí.

—¿Perdona? Se ha perdido la cobertura y no te he entendido.

—Mira, tía, creo que aquel tipo, el que te dije que conocí ...

—¿El del tatoo?

—Te llamo más tarde. ¡Es impresionante! Ya me tiene mosqueada la situación.

La ametrallé a preguntas buscando la solidez de su testimonio. La interrogué sobre si creía que podría haberle engañado un reflejo; si no sería que ahora lo recordaba así y de tanto repetírselo una vez tras otra ya había dado aquella versión como la real aunque en principio tuviera sus dudas; si no habría visto a un hombre con el cabello largo; si no mezclaría en sus recuerdos tu imagen al volante con la de su perseguidor; si a ti te distinguió solo después de haberte visto en los informativos.

Pero Celeste, erre que erre. Estaba segurísima de que era una mujer.

—Oye, monina, estos ojos no me engañan. A lo mejor iba vestida como un tío. A lo mejor tenía el pelo corto, muy corto. Pero vi que agarraba el volante con unas manos de mujer, finas, con unas uñas largas y rojas. Así, como las tuyas.

Miré hacia la carretera. Me parecía imposible que desde allí se pudiera distinguir un detalle tan preciso como ese en un coche que circula a 120km/h. Esperé que pasara uno. Venían varios en paralelo. Entre ellos se cubrían, me tapaban la visibilidad y mis ojos no sabían dónde posarse. Los ojos, o mi mente. Según he leído es la que completa lo que no ha podido precisar la vista. En realidad, por nuestra retina pasa un *flash* muy distorsionado. Son experiencias anteriores

aprendidas las que nos ayudan a enviarle al cerebro la información suficiente para que él rellene la fotografía. Será eso.

Contacté de nuevo con Celeste por Facebook. Pasé un par de veces más por el mesón con la excusa de saludarla y ver si le deslizaba de nuevo el tema, por comprobar si me cambiaba la versión. Era una manera de ponerla a prueba y de sonsacarle si valoraba ir con esa novedad a la Policía después de haber visto mi reacción. No parece que tuviera el más mínimo interés en hacerlo.

Nunca la pillé en un renuncio. Entre nosotras surgió «una buena vibra», como dice ella. Deseché en aquel momento que la Policía la estuviera utilizando para comprobar qué sabía yo sobre el asunto, o sobre ti. De todos aquellos cafés con Celeste saqué en claro le tenía tirria a la pasma. No pude averiguar por qué, pero aquello hacía que la tuviera de mi lado.



A Óscar no pude evitarlo más. Bastante lo había toreado. Me estaba esperando en la esquina de la calle Fortuny, junto al «pisito secreto» del Ministerio que tú debes conocer bien. Estaba plantado en la puerta de la Fiscalía. Me vio salir del chiringuito que tiene montado allí nuestro amigo. Una sala de sadomaso en dependencias públicas. ¿Para qué disimular?

¡Así se hacen las cosas! ¡Para no llamar la atención, sí señora! Habías estado tirándote a Samaniego, al mismísimo ministro, en potros de torturas y bondage sufragados a escote por el contribuyente. No sé cómo habrá justificado ese gasto. Los fondos reservados dan para mucho; para eso y toda la intendencia necesaria para el show: máscaras, bolas, látigos.

El ministro Samaniego. El mismo con quien habíamos ido a la universidad. Esto también había dejado de ser un secreto para Óscar. Eso que llaman olfato policial muchas veces no es más que la suerte llamando a nuestra puerta. Ni él mismo debe saber cómo, pero el caso es que, hurgando, hurgando, vio la foto de la orla.

¿Dónde?

Pues, donde está todo. En internet. En Google. Con poner «Ignacio Samaniego imágenes», vas bajando bajando bajando en los resultados de la búsqueda, y ¡zas!, la puta foto de la orla. Facultad de Derecho. Autónoma de Barcelona. Y como sabemos que Óscar es quisquilloso y curiosón —o sea, que es el típico cotilla a quien le deben gustar los realities—, quizás se quedara colgado mirando los peinados que se intuían bajo los birretes, aquellos pelos alborotados, bufados de coliflor en expansión, esos looks tan de los ochenta que seguíamos luciendo en plenos noventa... Y ¡tachán! se topó con tu carita.

¡Coño! ¿Cómo que Dolly Antón? ¡Pero, si es clavadita a la ínclita Marta Suárez!

Después, atar el tercer cabo suelto, el mío, sería coser y cantar.

1994. Una tal Alicia Valtierra era estudiante de Informática en la misma Universidad. ¿Casualidad?

A Óscar ya no había quien lo sacara de la idea de que estábamos conchabados los tres: el ministro, tú y yo. Es lógico. Yo también me he hecho mis líos sobre qué más te unía a Samaniego.

No sé cómo serían vuestras citas. A mí me fue a recoger un coche que no mostró mucho empeño en disimular que era el parque de vehículos oficiales. Quedamos por Argüelles. Me recogió un chófer y me informó de que el señor Deny (el apodo en la app bajo el que se escondía nuestro amigo en el gobierno) me esperaba en su apartamento. Me he montado en coches con asientos de cuero que transpiran ostentación, pero llevo mucho tiempo en la Policía como para no percatarme de que aquel Audi apestaba a propiedad pública.

Me preparé para lo peor. Cuando me di cuenta de que entrábamos en el garaje del edificio anexo a la Fiscalía, empezó a olerme a chamusquina. Ya no te hablo de cómo me quedé cuando subimos. Me condujeron hasta la salita de las alfombras psicodélicas y allí me invitaron a esperar. Llegué hasta allí como había llegado a todas las demás camas, siguiendo tu rastro. Pero esa vez, en cuanto descubrí que detrás de Deny estaba Samaniego, pensé: «*Game Over*. Te han cazado. Te has caído con todo el equipo».

Me quedé descolocada cuando me di cuenta de que no me reconocía. Se desmoronaba la

hipótesis de que fuera una trampa de Samaniego, de los de Inteligencia, o de su puta madre.

Logré escabullirme con facilidad de aquel laberinto perverso de fustas, látigos y antifaces; un rollo que, por cierto, a mí no me ha ido nunca nada de nada. Una llamada de Celeste fue providencial. Simulé que una urgencia familiar y deshice el camino echando pestes para mis adentros.

En la calle, al revolver de la esquina, que si quieres arroz; ahí estaba plantada mi sombra: Óscar. Por mucho que desplegara todas mis dotes interpretativas, me temo que aquello no coló. No se tragó tantos embustes. No era posible explicar de una manera mínimamente razonable que fuera simplemente una casualidad que pasara por tantas camas como tipos te habías pasado tú por la piedra. No se creyó la milonga que improvisé cuando me vi en un callejón sin salida. Pretendí convencerlo de que, desde que tu historia se había hecho pública y habías llenado minutos de telediarios, me había sentido fascinada por tu figura. Me acusé, en todo caso, de haberme saltado los códigos básicos de la ética, porque al menos tuve que reconocer que me había aprovechado de mi puesto y había rastreado en tu ordenador.

— Sé que eso no está bien. —Le explicaba buscando su indulgencia—. Quería investigar, hurgar en su vida. Pretendo escribirla. Se me puede acusar de haber traspasado la línea de la legalidad, del honor. Sí, ya sé que, aunque técnicamente no haya hackeado nada, he estado utilizando en mi propio beneficio algo muy delicado que pertenece al ámbito de una investigación judicial y a la intimidad de esa persona.

Y bla, bla y bla. Óscar me escuchaba con una expresión de sorna. «¿No tienes ya bastante? ¿No te vas a aburrir de encadenar mentiras?»

Aproveché lo que sabía de ti para demostrarle que me había documentado. Me cuidé mucho de no pasarme de lista. Debía dosificarme. Manejaba demasiada información y no era creíble que supiera según qué.

En mi relato, recorrí capítulo a capítulo una historia de la que yo misma había formado parte, pero sin desvelar este pequeño y fundamental detalle. Le podía hablar de cómo me fascinaba la figura de quien estaba considerada la pionera de muchas estafas y camelos, de quien se tenía igualmente por la gran innovadora de golpes clásicos, pero sin atribuirme ningún mérito en esos logros.

Obviamente conocía todos tus pasos: cómo empezamos haciéndonos pasar por guiris recién llegadas a Barcelona que querían inmortalizar su visita. El lugar idóneo era el que concentrara un considerable trasiego turístico, pero donde a la vez hubiera terreno libre y despejado, por si se torcía el paripé y nos veíamos obligadas a escaquearnos sin levantar un excesivo revuelo. La explanada del mirador situado frente a la puerta del Castillo de Montjuic cumplía con esas características y se convirtió en nuestro teatro de operaciones favorito. Simulábamos mirar por los catalejos de pago y maravillarnos de aquellas vistas, con la ciudad a nuestros pies. En realidad, de lo único que nos ocupábamos era de jipiar al personal que merodeara por allí y *clichar* a los que intuyéramos que pudieran cumplir con su papel de víctimas propiciatorias. Una vez elegidos los primos, a la señal convenida, yo posaba sobre el poyete de mampostería, mientras tú, cámara en mano, apelabas a la amabilidad del murciano, extremeño o aragonés de turno para que nos sacara unas «*photos, please*». Enfatizabas el ruego con el lenguaje internacional de la mímica, en una maniobra que ensayamos hasta que nos dolieron las muñecas, porque en ese truco de trilerero era donde reposaba el secreto para que la engañifa prosperara y acabara con éxito. Todo tenía que ocurrir en unos segundos ante el caballero escogido. No cabía ninguna duda de que el *primarrón* tenía que responder a ese criterio básico: ser un hombre de

aspecto rudo, muy español, que se sintiera tan babosamente atraído por coquetear con una pareja de europeas, de mentes y fronteras abiertas, como para diera la sensación (también a él mismo), de que se le caía de las manos una estupenda cámara fotográfica y que se hacía añicos en el pavés. Se malograba así, ante nuestro gritito de horror y nuestros lamentos, un artilugio que supuestamente estaba a la altura de sus poseedoras, y que debía tener un precio en el mercado como para quitar el hipo. Lo cierto es que no era más que un chasis resquebrajado que portábamos de serie para que colara el juego de ilusionismo. Si el *Manuel* de turno iba acompañado de señorona de atarse los machos, capaz de avergonzarlo ante el respetable, soltándole unos gritos y una colleja si era menester, mejor que mejor. Eso amilanaba de tal manera los cataplínes del interfecto, que soltaba la mosca a tocateja; allí delante, o después ya más tranquilo, tras haber amansado a la fiera, o haberla devuelto a toriles.

Así nos iniciamos, sin ser muy conscientes de cuándo empezamos a traspasar la frontera que separa la gamberrada del timo profesional; encontrando en el hallazgo feliz de una treta pícara, no sólo la satisfacción de la chanza, sino nuestro propio modo de vida y el sustento de nuestros meses. ¡Cuántas veces comimos gratis recreando el dispositivo de la cohorte que preparaba la visita del príncipe de un sultanato inventando, o presentándonos como la guardia pretoriana de un presidente de una república inexistente de la antigua URSS!

Diría que formaba parte de la primera categoría, y por lo tanto lindaba más con la broma que con la profesionalidad del timo, aquella que bautizamos como «la falsa compradora». La coloco en el límite de una y otra porque, aunque fuera simple, no era sencilla. No es una boutade. Requería de cierta perseverancia en la anotación y seguimiento de la víctima y sus circunstancias. Había que escoger un anuncio por palabras donde se pusiera a la venta un coche de segunda mano. El primer tanteo se hacía a través de una llamada telefónica en la que, sin que cantara la tostada, se trataba de aparentar que una estaba ciertamente interesada en el vehículo. Eso justificaba una cierta ansiedad por someter al interlocutor a un tercer grado y preguntarle por una serie de aspectos sobre su vida, movimientos y rutinas sin que él se coscara. Aparentemente versaban sobre la utilidad que le había dado al objeto de la transacción: que si por dónde vive; que si lo usaba para ir a trabajar cada día, a cuántos kilómetros; si en la ruta caía de paso el colegio de los hijos; si lo había utilizado con frecuencia su pareja; o si habían viajado para aquí o para allá. Con eso nos hacíamos el mapa de la trama. En él colocábamos el punto donde íbamos a quedar y la oficina bancaria, notario o gestoría en la que firmaríamos el contrato de compra venta. Debería recogernos —porque nosotras no disponíamos de coche, y de ahí nuestro interés por la gana—, y llevarnos por un camino donde indefectiblemente habría un mercado, cercano a una zona donde aparcar fuera poco menos que misión imposible. Solo íbamos una. Casi siempre me tocaba a mí, que bordaba el acento gallego.

Día de la cita: un viernes. Cuando pasábamos por la zona convenida, por ejemplo en la parte alta del Passeig de Maragall, antes de llegar a Virrei Amat, ya había llevado la conversación hasta el punto en el que le confiaba al conductor lo mucho y bien que íbamos a celebrar en familia el haber tenido la enorme fortuna de dar con aquel vehículo, porque respondía a todas las expectativas que llevaba tiempo buscando, y entre ellas, y por encima de todas, que pudiera tener un espacio tan amplio como cómodo en el lugar del copiloto:

—Verá, es que me acabo de traer a mi pobre padre a vivir conmigo. Quedose solo después de llevar toda la vida dependiendo de mi madre. Murió ella. De repente. Y claro, a mi padre lo tengo que llevar al médico, y no se vale por él solo. Le cuesta mucho. ¡Ay, qué bien haber podido conocerlo y comprarle este coche! ¡Lo vamos a celebrar, sí! Vendrán mis hermanos y sus mujeres

a casa, mañana... Pero... ¡Será posible dónde tengo la cabeza! ¡Ay, Dios santo! ¡Qué lo íbamos a celebrar con un pulpo! ¡Un pulpo que no he comprado!

Dependiendo de que el tráfico nos hubiera dejado avanzar más o menos, dramatizaba, estirando o acelerando la narrativa. Era preciso que, antes de entrar a la calle donde estuviera situada la plaza de abastos, ya le hubiera enternecido el corazón más de lo que la receta del pulpo proponía hacer con su patas, cosa que como cocinera experimentada, a base de esmero y de sustos, me salía de premio, y que a esas alturas de la película me hubiera ganado su confianza, lo suficiente como para no viera ninguna pega en dejarme un billete de mil duros, billete que prometía devolverle en cuanto nos encontráramos con mi marido en el lugar acordado para rubricar la operación.

Evidentemente, ni había marido, ni padre, ni pulpo, ni celebración, ni nada de nada de aquel quilombo. Lo único real era una frescales que salía del coche para no volver por allí nunca más; una pícara que rezaba para que el mundo no fuera un pañuelo tan pequeño que tuviera en sus planes gastar la broma de ponerle al incauto de nuevo en su camino. Mientras, el ingenuo conductor esperaba en doble fila. Pacientemente primero, más tarde consultando el reloj, inquieto, para acabar maldiciendo en arameo y dándose tantos golpes en la frente como los que sacudía, enrabiado, contra el volante del coche que iba a seguir manteniendo en propiedad. Tenemos fotos que atestiguan esas reacciones. No nos bastaba con dar el sablazo. Tú te quedabas en la cabina telefónica más próxima para inmortalizar el momento. A veces, con una buena cámara pagada con los beneficios conseguido con la falsa, con la que disparábamos en Montjuic.

Debía ser cauta para no desvelar nada de estas cosas menores que figuraban en nuestro palmarés, pero de las que no había constancia en tu expediente. Ni siquiera se te atribuía (menos a mí), el paso dado a la profesionalización. Lo dimos al arriesgar el pellejo exponiéndonos en los chiringuitos de las falsas agencias de publicidad buscadoras de talento entre actrices y modelos. A ella les cobrábamos entre diez y veinticinco mil pesetas por un *book* imprescindible si querían labrarse el duro camino hacia el estrellato. Para montar aquel tinglado requeríamos de una infraestructura armada con nombres de empresas falsas y con administradores de identidad más de pega aún.

—¿Tú no tienes un hermano abogado? —Me dejaste caer.

—Uno no, los cinco.

—Me refiero a uno que se encargaba de cosas de derecho mercantil, de sociedades y mandangas de esas. No se me daba del todo mal en la Facultad, pero sin título no puedo ejercer y me veo muy limitada.

Fue la primera vez que recurrí a Fermín, al menor de los varones. Era abogado, aunque, hasta donde yo sabía, no había pisado un juzgado jamás. Había dedicado su carrera a repasar letra por letra los contratos de una empresa de importación y exportación de Andorra, para comprobar que se ajustaran a la ley y que no hubiera gateras por las que se colaran posibles pretensiones embaucadoras de los chinos.

Fermín ha sido siempre muy discreto. No hizo preguntas incómodas. Entendió que no le iba a suponer un esfuerzo mayor añadirle un nivel a la pirámide de sociedades interpuestas y situar ahí a un alter ego, un testafarro con el que, a la sazón, se iba a llevar su parte. limpia de polvo y paja. Es de la escuela de ver, oír y cobrar.

Ante Óscar debía andarme con tiento para que no se me deslizara la tendencia que tengo a figurar, según tú. Así me lo afeaste, Marta. Pero, si reinventaste el tocomoho, lo habías hecho

gracias a mis cuentas, a las variables y logaritmos que me habían quitado tantísimas horas de sueño estudiándome al detalle la fotografía sociológica de Burgos, por ejemplo, y cruzándola con el mapa de comercios, y este, a su vez, con el cuadrante de los horarios de los establecimientos frecuentados por quienes respondieran al perfil ideal de nuestras víctimas. La fórmula minimizaba riesgos. La efectividad era notable. Estaba todo diseñado para que la última escena de cada uno de los teatritllos se representara cerca de las salidas de la ciudad, lejos de la capacidad de reacción del primo (habitualmente era una prima). Había que allanarle la huida al plantel de actores y que se quitaran de en medio sin persecuciones policiales ni gaitas.

Consistía en estafar a ancianitas cerca de las iglesias apelando a su carácter generoso y compasivo. Se las ponía en la encrucijada del siguiente debate moral: dejar tirada a una pobre aldeana poseedora del premio Gordo, aunque desorientada y afligida, o interesarse por su drama y poner de su parte para echarle una mano de forma altruista. Claro que, para auxiliarla, era preciso soltar un pastizal a cuenta de una participación futura en los beneficios de aquel décimo tocado por la fortuna. Era un retablo cuidado hasta el más mínimo detalle donde cada uno de los actores tenían marcadas sus frases, sus pasos, sus entradas en escena, sus guiños cómplices, sus mutis por el foro, sus risas, sus llantos, sus abrazos solidarios de agradecimiento, sus discursos antisistema indignados con los cajeros cenizos de los bancos que se mostraran escamados y renuentes. Todo tenía que estar escrito. Nada podía estar dejado de la mano de Dios, «a merced de los vientos». ¿Cuál es la mejor improvisación? Ha quedado dicho antes.

Le aseguré a Óscar que, tras empaparme con todas tus biografías (las apócrifas y las que se podían colegir de los ficheros policiales curioseados), tenía lo suficiente para escribir tus memorias. Un *best seller*. Tenía todos los ingredientes.

—¿Y el amor? —me preguntó. Es muy cierto que no se conoce obra literaria que haya sido celebrada y que no aborde ese sentimiento que mueve todos los hilos.

—Ya llegaremos a eso. Paciencia. —le prometí.

Antes de abordar la parte sentimental, también le ilustré sobre cómo, una vez que ya habías atesorado un interesante patrimonio con el tocomucho 2.0, cancelaste ese espectáculo que te llevó por escenarios naturales de no menos de cuarenta provincias, y cambiaste el paso. Te quitaste del peligro que supone la exposición en la calle. Fue cuando pusiste (pusimos) en marcha el entramado de los *Call Center*.

¿Cómo empezaban aquellos teléfonos? Por 907 ó 908, ¿no? Aparentemente, todo legal. La televisión estaba llena de concursos que incitaban a la participación advirtiendo de que aquello no dejaba de ser una rifa en la que, si se quería optar al premio, había que invertir comprando las papeletas.

«¿Quiere ganarse este fenomenal reloj? Llámenos al 907 tal tal tal tal y díganos de dónde es el torero Jesulín de Ubrique». Preguntas en formato de qué color es el caballo blanco de Santiago.

Por dios, algo tan sencillo, tan al alcance de mis posibilidades, ¿cómo voy a ser tan tonto de dejarlo pasar?, decía el espectador de turno mientras buscaba las gafas para leer la letra minúscula que informaba de la tarificación de agárrate y no te menees. No mucho, en principio. Parecía calderilla si te daban el precio en pesetas por segundo. Pero, para que salieran las cuentas de un negocio digno de figurar en el ranking de los más rentables, la tele de turno activaba un contestador automático con el que, entre pitos, flautas, señal de bienvenida, explicación de en qué consistía el concurso paso por paso, otra melodía de ascensor, una nueva verificación de la identidad del llamante (claro, necesario para asegurarse que sea usted quien reciba tan preciada

joya), y otros pitos, y otro tanto de flautas traveseras, se alargaba la llamada hasta el albor del nuevo amanecer si era posible.

Brotaron como espigas en un trigal la cantidad de empresas que aprovecharon la ola de los 907 para sus negocios de dudosa catadura moral y de pésimo gusto. Pero nosotras fuimos las pioneras en todos los géneros y ramos.

Eras la leche, Martita. Llegabas un día con la idea de los chats a varias bandas; otro proponías líneas calientes; y si teníamos sexo, ¿por qué no vamos a tener otra línea con humor?; ¡Venga!, una de chistes también. Nos copiaban. Pero todos iban a rebufo. Tú siempre, un paso por delante. Cuando llegaban, nosotras salíamos. En cuanto había *overbooking* en un sector, lo leíamos como síntoma de que el terreno ya no iba a dar para mucho, que la era estaba trillada, quemada. Tirábamos, entoces por donde nadie había explorado. «¿Sabes cuándo llega el momento para deshacerse de lo que tengas invertido en Bolsa, Alicia? Cuando compre la primera acción el vecino del quinto, el que hasta ayer no tenía ni idea de lo que era ese mercado», me instruías.

Hasta que llegamos a las teles locales. Otra de tus ideas brillantes. ¡Se ve tan fácil ahora! Pero había que tener esa mente clara que tuviste siempre tú. Si los 907 eran el gran un chollo a repartirse entre las televisiones y las empresas de esos servicios, la ecuación era así de simple: «Seamos tele y empresa».

Y te pusiste manos a la obra como si no hubiera un mañana. Comenzamos a sondear en manos de quién estaban las teles de barrio, de los pueblos, tuvieran licencia o no. De nuevo la inestimable colaboración de mi hermano Fermín resultó vital. Primero para escudriñar dónde acababa la maraña y así negociar con quién tuviera la máxima responsabilidad de aquella red. Fermín mantenía que no había nada ilícito en los movimientos, ni en las cuentas o los pagos al fisco. La razón de que la cabeza no fuera fácilmente visible era la de eludir una ofensiva de Telecomunicaciones para cerrarles todos los chiringuitos; operaban en la más siniestra ilegalidad.

—¿Y si las compramos y las cierran dos minutos después? —Mostraba mi temor.

—¿Quién ha dicho que las vamos a comprar? —Respondías con una pregunta llena de suficiencia y que dejabas botando para que Fermín respondiera.

—No vamos a comprar nada. Se trata de firmar un contrato de explotación comercial en exclusiva.

Al hacer memoria, se hace también inventario de los enemigos que dejaste por el camino. La lista es infinita. Pero hay que poner una baliza en este capítulo. El pacto que firmó el constructor cántabro sembraba de minas antipersonales el campo de negocio de sus televisiones. Si ganábamos mucho, los beneficios eran para nosotras. Si perdíamos o, si aun ganando, sentíamos en el cogote el aliento del cierre, solo había un responsable obligado a dar explicaciones ante la picajosa justicia, y ese era exclusivamente el constructor. La vanidad del empresario llevaba solo regular el hecho de que no trascendiera su poder mediático, aunque aquel era un impuesto dispuesto a pagar siempre que el lío le engordara la cartera. Sin embargo, entró en cólera cuando se vio engañado y con una mano delante y otra detrás. Él fue uno de los que juró que de aquello no saldrías de rositas.

Fermín fue otro damnificado. No pienso en él como ese vengador misterioso que pudiera estar detrás de tu acoso. Aunque no tuvieras mejor idea que la de premiarlo con el goce carnal con el que adivinaste que Fermín se iba a dar por más que pagado. Una vez más, tus armas de arpía seductora no midieron sus fuerzas. Mi hermano, enamoradizo (al parecer llevamos ese gen) dejó a mi cuñada por culpa de un espejismo. No me habla desde entonces. Le costó años remontar del pozo de antipsicóticos y depresión al que le abocó aquel episodio. A día de hoy, todavía no me

habla.

Y te reías. Te reías del mundo. Te carcajeabas en la cara de todos los incautos que llamaban y se tiraban horas y horas, aguardando su turno para triunfar como si el programa se estuviera emitiendo en directo. Aquel espacio donde una modelo de Campo de Criptana, estimulada por la fama que iba a adquirir con aquel trabajo y correspondida con tres duros escasos en nómina, simulaba desesperarse ante las llamadas grabadas y más falsas que el oro rosa, y se llevaba las manos a la cabeza, escandalizada de que nadie fuera capaz de dar con una palabra de cinco letras que empezaba por S y acababa en A y de la que sabíamos que era un objeto que servía para sentarse. ¡Para caerte de culo! Porque, ¿tú recuerdas lo que facturábamos con semejante gilipollez?

Más tarde, cuando menguó este negocio por desgaste, llegó lo de los falsos envíos, o la reclamación de deudas inexistentes mediante la extorsión telefónica. A veces por miedo, y otras por terminar de una vez con la tensión intimidatoria de las llamadas, acababan soltando la mosca. No era cuestión de ir a por grandes cantidades. «Poquito, pero muchas veces. Eso es lo más rentable en un negocio. No dependas nunca de un único pagador gigante». Seguía aprendiendo.

Tú has sido la precursora, la inventora de todos esos timos, y de cien más. Te tendrían que pagar derechos de autor. Deberías haber vendido la patente como hacen los magos con sus trucos.

Óscar no se tragó nada de eso. No puso en tela de juicio la veracidad de tu hoja de servicios y tus logros. Lo que no se creyó fue que yo supiera todo esto sólo por mis fuentes documentales a pesar de que fue, de lejos, mi mejor trabajo actoral. Mucho mejor que cuando me empeñaba en que me dejaras hacer de gallega. «¡Va, solo por un día! ¡Por favor!». Al final, a regañadientes, porque no te hacía ni puñetera gracia, me concedías lo que se te antojaba un riesgo innecesario. Era algo muy serio. Nos jugábamos el pellejo y «los dineros». Nuestro futuro. El que soñábamos juntas. ¿Dónde quedó todo aquello, Marta? ¿Me protegías porque me amabas? Me gustaba pensar que era así. Sin embargo, algo en mí me advertía de que no me engañara, que no te gustaba exponerme porque te daba auténtico pánico quedarte sin escudera y fiel servidora.

Puedes estar tranquila. Ante Óscar y el resto de polis, seguí interpretando mil veces. Y mucho mejor que la modelo de Campo de Criptana, la zafia aquella que no sabía hacer ni la o con un canuto pero daba el pego.

No me costó mucho. No tengo que fingir la devoción que he sentido por ti desde siempre. En fin. A ti no he de convencerte de esto.

Me seguía a todas partes. A veces era el propio Óscar. Otras, mandaba a alguien de su grupo, por ver si no me percataba y bajaba la guardia. Y, ¿qué hay que hacer con las adversidades? Pues, sacar provecho. Hasta el momento no había podido hacerlo partícipe de mi búsqueda. Pensé que podría tener en él a un aliado.

Provoqué que, milagrosamente, apareciera el borrador de un mail entre los archivos borrados y recuperados de tu ordenador. Un mail que se suponía que tenías redactado desde un par de días antes del accidente pero que por alguna razón no te habías decidido a enviar.

He escrito tantas veces en tu nombre que tomar prestada tu voz fue sencillo. Era un correo en el que le contabas a una misteriosa amiga lo de tus líos en la red. A ella le confiabas tu preocupación; empezabas a sospechar de un tío que te acosaba, uno al que se le había ido la chaveta.

Si tienes la informática de tu parte, tienes el relato, y si tienes el relato, tienes el poder. Lástima que yo no contara con tu plan. Tú pensabas a lo grande. Yo siempre me he limitado a ocuparme de que encajaran los pequeños detalles. Por eso es normal que no haya sido capaz de anticiparme y sacarme de la manga otro documento que pudiera neutralizar al que cambió absolutamente los planes, el de tu testamento vital:

En caso de que por accidente o enfermedad quedara impedida y mi vida dependiera de asistencia mecánica exógena, esta situación no se mantendría durante más de un año. Llegada esa fecha, queda en consigna de este notario la plica correspondiente, con número ...xxxxx... donde se guarda la identidad de la persona a la que habrá que consultársele la decisión que haya de tomarse.

Y mira por donde, que pasó el año y se abrió el sobrecito de marras, y ¿quién aparece?

Servidora, eso es.

Le he estado dando vueltas una y otra vez, intentando meterme en tu mente. Pero no hay manera, Marta. ¿Era una venganza todo esto, Marta? ¿Cuentas con alguien más y no me he enterado? ¿Ha sido él, el tipo del tatuaje? Desde donde quiera que esté tu mente maquiavélica, ¿sigues moviendo los hilos? No había nada que se escapara a tu control, pero ¿cómo carajo pudiste poner la cláusula de los cojones en tu testamento? ¿Cómo pudiste preverlo? Si había sido alguien que había suplantado tu identidad. ¿Con qué intención?

Iba a volverme loca. Quizás a estas alturas ya lo esté.

Una vez descubierto nuestro pastel con el testamento de los cojones, ya no me quedaban más cartas en la manga. Llegué a argumentar que, qué sé yo, que quizás te encariñaste de mí en la universidad, y me mantenía firme en que por supuesto que no tenía contigo ningún otro vínculo. Pero cada vez más estaba en la cuerda floja.



Me di cuenta de que mi situación era mucho más delicada de lo que estaba queriendo admitir cuando Óscar, sin andarse por las ramas, me instó a que le diera la grabación y el teléfono. No pude rebatirle que podía revelarse como una prueba fundamental desde el momento en el que se había sabido que se me señalabas como la persona que iba a decidir sobre tu vida. «Compréndelo, Alicia. Eres parte interesada».

Aquel día inicié todos los preparativos.

Afortunadamente, fui previsor. A la semana, la Policía, a través de Óscar, me ofreció un pacto. Me propusieron que fuera a verte a la Clínica Universitaria, que te hablara, que estuviera contigo un par de días, que te pusiera la grabación. Me invitaron a hacerlo como señal de mi buena voluntad por colaborar, con la promesa de que se iba a interpretar ese gesto como algo muy positivo en mi actitud y que se tendría en cuenta a la hora de elevar las peticiones que hubiera que elevar en el caso, si fuera necesario hacerlo.

Quedaban un par de días para que se cumpliera el año y tuviera que decidir si te desconectaba. Me convencieron con el argumento de que, aunque los especialistas no las tuvieran todas consigo, no veían inconveniente en intentar que te pudiera hacer reaccionar algún estímulo. Los neurólogos admitían que había muy pocas posibilidades.

No soy tonta. Hace muchos años que me logré quitar la coraza de nena ingenua traga con todo. Quizás fuera el día que te conocí. La oferta me la hacían con la intención de que, al verte, me derrumbara, que hablara, que nos delatara. A ti y a mí. Supondrían que me iba a remover tanto, que iba a acabar vomitando todo lo nuestro.

Desde que entré en la habitación 227 supe que se me grababa hasta la respiración.

Me facilitaron un pequeño reproductor digital que solo contenía el audio de la llamada. No podía entrar con el teléfono. Esa fue una de las condiciones más estrictas. Cuando salí de la primera visita, tenía mono de móvil. Estaba deseando ponerlo en marcha. Ver lo que había. Ni siquiera en los días de Tinder sentía esa ansiedad. Nunca me han enganchado las redes sociales. No las tengo presentes. Ni me acuerdo de ellas. Bobadas con las que se pierde el tiempo. Pasará el furor. Pero aquel síndrome de abstinencia me recordó los tiempos en los que fumaba y, de un día para otro, de poder hacerlo libremente en los aviones, en clase, en los bares... se empezó a ver con buenos ojos que se marcaran restricciones. El vicio se doma. No queda otra. Se convive con el síndrome, con esa carencia. Pero, estás deseando aterrizar o que acabe Teoría de la Estadística, para echarte un pitillo. ¿Hay descanso en la obra de teatro? Menos mal. Saldré a fumar. Dos mejor que uno. Por el rato de sequía que está por venir. Con la misma ansiedad con la que se sale del cine y se siente la satisfacción de la primera calada, fugaz aunque muy intensa, recuperé el móvil después de haber estado hablándote a solas en la habitación del hospital, sin saber si me oías, si me explicaba, si era capaz de llegar a la parte de la Marta que vivía. Con el teléfono recuperaba la conexión con el mundo que durante unas largas y durísimas horas había dejado a su albur y que girara a su antojo, sin mí. Necesitaba comprobar que las cosas seguían en su sitio, en el lugar donde las había dejado antes de perderme en la media luz de aquel cuarto, antes de dialogar con mis pecados y nuestros demonios, sentada al borde de tu cama. Después de estar a solas contigo y con mis fantasmas. Después tanto llanto sordo.

¿A quién le estuve hablando? ¿A ti? ¿A mí? ¿A aquellos micrófonos que hubiera puesto la Policía?

Tener de nuevo el teléfono en mis manos era recuperar el pulso de una vida que tenía hasta una semana antes y que ahora veía muy lejana, la vida que añoraba, la de antes de aquel infierno.

El ser humano se acostumbra a las situaciones más traumáticas, las incorpora a su normalidad.

Dicen que somos capaces de desarrollar la resiliencia, que es la manera de sacar lecciones provechosas de esos embates de la vida. Todo esto me ha sonado siempre a cuento chino, a ideario inventado por un coach de 'todo a un euro' con tal de vendernos sus libros y resignación cristiana; aquí chitón y buen temple.

Al salir de la Clínica Universitaria, conecté ansiosa el móvil y me apareció el puñetero mensaje que me ponía las cosas más difíciles, si cabe.

«¡Hija de la grandísima puta!»

## Parte II

Lo tengo todo dispuesto. Me he pasado la noche en blanco después de mi segunda visita a la clínica. Vuelvo a incorporarme a mi puesto de trabajo.

Ha sido una noche larga. Larguísima. Al menos me ha servido para saber qué es lo que tengo que hacer. Contigo. Con nosotras.

Veo a una pareja de policías que aguardan a que me identifique. No disimulan mucho. Vienen hacia mí. Interpreto sus caras. La mujer muestra su placa y me presenta al compañero. Inspectora y agente. No recuerdo sus nombres. Elegante y altiva ella. Chaparrito y muy español él; de la estirpe de los Alfredo Landa. Me piden que se lo ponga fácil, que no se me pase por la cabeza hacer ninguna tontería; que los acompañe. Pregunto si estoy detenida. No me responden. Yo imagino que sí y ni me inmuta. Me encojo de hombros.

Ella habla rápido, de carrerilla, cumpliendo con el protocolo No sé lo que dice. Estoy mareada. Sus palabras son un rumor para mí. Supongo que me va a leer mis derechos. A lo mejor lo está haciendo. Y también los cargos que se van a presentar. Asesinato frustrado, tentativa de homicidio, estafa... Yo qué sé. Una locura.

Mira que hablamos veces de esto. Tú, como persona formada en leyes, defendías que una no es delincuente según sus actos, sino que eso depende de que le hayan cazado cometiéndolos. Y yo: vamos a ver Marta, que tiras una piedra y rompes un cristal, y lo has roto, te pille o no te pille la poli. Y tú: «Ten en cuenta, Alicia, que hasta que no se demuestra lo contrario, tú eres inocente. Inno-cen-te. Por lo tanto, no has delinquido cuando has pegado un sablazo por ahí, cuando te ha salido bien el camelo, sino si alguien puede demostrar que lo has hecho».

Marta, Martita de mi vida, siempre queriéndome hacer comulgar con ruedas de molino. Toda la puta vida igual. Que sí, que es una forma de verlo, y es la que se ajusta a la ley. Pero, ¿y la moral? ¿Dónde queda lo moralmente reprochable?

En fin, ahora que no me puedes dar la réplica, me desahogo.

Les ofrezco las muñecas. Ellos se miran. Sigo aturdida. Tan bloqueada, que no entiendo lo que dicen exactamente. Podría ser un «no hace falta, es compañera. Nos ha dicho que nos lo va a poner fácil». Para mí es otro idioma. No proceso bien.

Me vuelvo a poner la gabardina que llevaba echada sobre el brazo. Me dicen que no es necesario, porque es allí mismo. Los acompaño hasta una planta donde no he estado jamás. Canillas es un universo y tiene muchos agujeros. Si no son negros, son muy oscuros.

En prisiones de Afganistán se han visto celdas más acogedoras que la sala de interrogatorios en la que me dejan. «Será un momento». Estoy rendida. Doy cabezadas de las que pretendo escabullirme restregándome la cara, secándome el sudor de la frente con la palma de la mano, mesándome el cabello después; luchando por no perder de vista un punto infinito del techo ennegrecido por la humedad. Después, prendándome de un hilo rizado que se había mostrado en rebeldía en la moqueta raída. Lo piso, lo chafó en un intento baldío de que vuelva a su lugar de origen.

Otra caída de párpados, un codo que se desliza y pierdo el apoyo en el filo de la mesa; una nueva cabeza.

Deduzco que la dilación no responde a ninguna táctica. No me están dejando que me consuma en mi desesperación. No pretenden que se me acaben de quebrar los nervios. Todo responde a una razón más mundana y miserable. Miserable de miseria: la búsqueda a la desesperada de un puñetero monitor.

—Le queremos poner un video a la detenida. (...) Lo antes posible, joder. ¡Ah! ¡Y que tenga sonido! (...) ¡Sí! ¡Claro! (...) ¡Que se oiga, cojones! (..) Vamos, nene. (...) Búscalo donde sea, antes de que se nos duerma la muñeca. —Escucho decir al agente.

Su jefa le reprende en plan paternalista, por lo de muñeca. Él alega que no quiere ser faltón, que es que le recuerdo a una de esas muñecas pelirrojas de porcelana. Habla sin cortapisas. Como si yo no estuviera presente.

Dudan. Debaten sobre si no sería más sensato dejarlo para esa tarde. «O quizás mañana». La jefa está convencida de que no he dormido nada. Dice que ya se conoce el percal. Teme que vaya a estar balbuceante y poco concreta. También irascible. «No vamos a sacar nada en claro», añade. Y que, total, que no me iba a escapar, ya me tenían allí, el riesgo lo habían estado corriendo hasta ahora, pero ya me han detenido. Todo eso dicen

—A no ser que venga su abogado y nos toque los cojones.

—Ha renunciado. Dice que no tiene nada que ocultar. No quiere abogado.

Desde el fondo del pasillo escucho la voz de otro chico.

—¡En diez minutos podemos empezar! ¡Ya traen el monitor a la sala de...! —Se corta al verme. No me extrañaría que fuera a decir sala de torturas. Era esa en la que seguía esperando, aquella antigua mazmorra lóbrega.

Cuando parece que vamos a empezar, los policías se sientan frente a mí. Logro reponerme retando a que la dignidad no me deje vendida en ese momento. Me enjugo las lágrimas y me incorporo para darles la mano. Los miro a los ojos.

—¿Sabes lo que vamos a ver? —Me pregunta *Alfredo Landa*.

Me encojo de hombros. Frunzo los labios en un piñón, como si estuviera colgada. El sueño es el culpable.

En el monitor está congelada una imagen plana de color gris, cruzada de arriba abajo por dos franjas negras paralelas cerca del lateral derecho. El policía levanta la cabeza y señalando hacia el panel de vidrio de visión unilateral, hace el gesto de quien le pide la cuenta al camarero. Desaparecen las franjas, el gris se convierte en niebla moteada y la imagen se estabiliza hasta mostrar en blanco y negro una toma cenital captada desde una esquina de un bar de carretera que reconozco perfectamente. Identifico la barra de El Contraste y me estremece un escalofrío que no puedo disimular.

A un lado se ve a Celeste. Tras la barra. Al otro, Óscar está sentado en una banqueta alta, acodado sobre el mármol. Una sombra se aproxima a la puerta acristalada. Al abrirse, tras un fulgor deslumbrante, se me distingue a mí. Voy hacia ellos. No hay nadie más en el local. Nunca hay nadie más en El Contraste.

Óscar apoya su pierna derecha en el suelo y se da un pequeño impulso. Se incorpora para recibirme. Se adivina que dudamos si darnos un beso. Lo descartamos. Nos saludamos fríamente. Cruzo la mirada con Celeste; una mirada fugaz. Una milésima eléctrica. Casi imperceptible

Sonido del video:

—¿Quieres beber algo? —me pregunta Óscar

—¿Tú qué tomas?

—Una tónica.

—Ponme otra a mí. —pido, dirigiéndome a la camarera.

—A ver, Alicia. —Óscar le da un trago largo a su vaso, remueve los hielos, y vuelve a apurar lo que queda. Coge aire y argumenta—: Resulta que es muy difícil investigar cuando se tiene información sesgada. Llevamos buscando a un hombre, de unos... ¿Qué años calculábamos que podría tener?

—Unos 40.

—Correcto. Que condujera un Tiguan, de color...

—Negro. —sigo completando las frases.

—Efectivamente, negro. Y con tatuajes. Con uno, al menos. No es mucho, pero...

—¿Pero?

—¡Pero eso es mucho menos que una mierda si es una jodida mentira! ¡Mentira, joder!

Óscar es otro. Está poseído. A mí (a la Alicia del video) no parece sorprenderme. Tampoco aparento sentirme incómoda porque mi compañero esté hablando a voz en grito delante de Celeste y lo esté haciendo sobre ese asunto tan delicado que debe formar parte del secreto de la investigación.

La otra Alicia, yo, (la que ve el video) tiembla.

—Aquí, tu amiga, —continúa Óscar señalando a la dueña del local—nos ha confesado algo que ya te contó a ti: ¡que quien conducía era una mujer! —sigue gritando— ¡Hostias! ¡Una mujer! ¿Qué esperabas para decírmelo? Una mentira tras otra. ¡Una tras otra! ¿Para dónde chutas, Alicia? ¿Quién coño eres? ¿Qué ocultas?

—No quería implicarte, hasta...

—¿Pero qué implicación ni qué niño muerto? Quien decide cómo se lleva la investigación, soy yo. ¿Quién coño te has creído que eres?

—¿Qué iba a saber yo, Óscar? ¿Qué narices iba a saber?

—¡Por dios, Alicia! Lo que sabes de sobra es que descartamos a una sospechosa precisamente ¡porque era una mujer! Me habías convencido de que nuestro objetivo era un hombre, solo un hombre, el que acosaba a Marta, el que la sacó de la carretera.

—Tú también has oído la grabación.

La inspectora se levanta.

—Espera un momento, por favor. ¿Cómo se para esto? —Señala la banda de botones del monitor. Las marcas están desgastadas y no se distinguen las funciones de cada uno.

El agente opta por la vía expeditiva. Pulsa todos. No ocurre nada. En la pantalla, Óscar sigue haciendo aspavientos, muy alterado. Un último manotazo de *Landa* logra congelar la imagen.

—Ya está. —se sacude las manos, ufano—. ¡Nunca falla!

—No recuerdo nada de una mujer. —Masculla ella, que repasa notas en un cuaderno de anillas y de tapa escocesa—. Tampoco entiendo su letra. No sé lo que ha escrito aquí Óscar. Quizás me lo podrías aclarar tú —me propone.

—¿Podrían traerme agua? —solicito con tono dulce—. Seguro que se refiere a El Gato Pardo. Era el apodo con el que se presentaba en Tínder alguien que aparecía en el listado de Marta. Creo que nunca llegaron a quedar. Intercambiaron mensajes. No pude conseguir el hilo de las conversaciones que mantuvieron. Y fueron una cuantas. El problema fue que El Gato Pardo había

limpiado de su caché los chats con mi amiga. Las conversaciones estaban incompletas. Solo contaba con las reacciones de Marta. Aun así, era fácil deducir de qué palo iban. Uno y otro. — Me detengo porque alguien ha golpeado la puerta. Es de metal. Está medio desvencijada y cualquier contacto hace que baile de una manera muy poco discreta, desde las bisagras hasta el pestillo.

Traen el vaso de agua. Me lo bebo sin tregua.

—Muchas gracias. ¿Continúo?

—Sí, por favor. —me invita *Rottenmaier*, que en ese instante parece más cansada que yo. Siento que me observa con admiración, como si se maravillara de mi entereza y aguante. «Pero veremos hasta cuándo», debe pensar. Sobre todo, sabiendo lo que está por llegar. Ella tiene el guion. Y pretende que se siga línea por línea.

—No conseguí las conversaciones entre ellas. Ahora ya sé que era una mujer. —Continúo—. ¿Están al corriente de todas las citas que tuvo Marta, de todas las que yo he seguido? —Asienten—. Imaginaba que eran unos buenos profesionales. Me alegra saberlo. Espero que no solo sean buenos, sino los mejores. Así me ayudarían a encontrar a quien le hizo lo que le hizo a Marta.

—Preferiría que dejara el cinismo aparte, señora Valtierra. —*Doña Estricta* lanza la advertencia desde un tono grave que todavía no le conocía.

—No sé por qué se lo tiene que tomar así, inspectora.

—¿Cómo llegó hasta esa mujer? ¿Por qué la descartó? —interviene él.

—La descartamos. Y les recuerdo que Óscar también estaba metido en esto.

—¿Estaba? ¿Por qué habla en pasado?

—Quizás por mi extraña situación. Soy una víctima y resulta que estoy detenida. Hasta hace un rato creía que colaboraba con la Policía. De hecho, toda mi vida he trabajado para el cuerpo. Hasta hace muy poquito, de la mano de Óscar. Sé que me han utilizado como anzuelo para pescar en el mar revuelto ese de mierda, de escuchas y corruptelas que os tiene liado el tal Bermejo.

» Ahora me veo aquí. Detenida. Me habéis leído de carrerilla una ristra de cargos inverosímiles que se me imputan, pero nadie ha tenido el detalle de darme una explicación. No tengo ni puñetera idea de por qué, en qué se basan. Estoy esperando un argumento, no una peliculita de algo que ya me sé. Es obvio que me la conozco muy bien porque lo he vivido hace unas horas. No sé si se ha dado cuenta de que la prota ahí soy yo. —Estoy desatada. Me voy creciendo. Soy la Alicia de los duelos de espadachines, a la que le brotan las palabras y los ingenios desde ese lugar al que nunca puedo recurrir de manera premeditada porque no sé dónde lo escondo. Siempre tiene que haber un resorte que lo active. Es un misterio. ¿Quién tendrá la espita para abrirlo? Tal vez sea el mismo miedo, el pánico.

—¿Puede seguir, por favor? —*Rottenmaier* opta por no entrar en el cuerpo a cuerpo. «Ahora no».

Me recompongo. Me había ido resbalando en aquella silla baja que me evoca una época escolar. Estiro la columna y la apoyo en el respaldo, totalmente rígida. Regia. He ganado la posición. He crecido un metro. Defiendo con desgana que no hay que darle más importancia a aquella mujer, a la Gato Pardo. No llegaron a buen puerto las pesquisas que nos condujeron hasta ella. Aunque el historial de las conversaciones entre Marta y Gato Pardo estuviera incompleto, era sencillo deducir y autocompletar lo que le faltaba. Se apreciaba claramente que el tono subía conforme avanzaban los contactos. Empezó con un roneo coqueto y seductor. Sin embargo, en los últimos mensajes, Marta se limitaba a escabullirse de la manera más elegante posible del acoso intimidatorio del personaje.

—Yo diría que el tal Gato Pardo se presentó como si fuera un hombre. —Razono—. Marta le daba largas. Se mostraba reacia a tener una cita. Imagino que había algo que le daba mala espina. Por ejemplo, que utilizara una foto falsa. Eso canta mucho. Por ejemplo, si se hace con un recorte de catálogo de gimnasio y sin enseñar la jeta, como era el caso. No me consta que llegaran a quedar nunca. Y eso contribuía a que fuera aumentando la ira del personaje.

—¿Supisteis quién era?

—No fue complicado. Óscar tuvo que haberlo dejado escrito ahí, en ese cuaderno.

—Estoy seguro —interviene el policía—. Pero, es una putada que él no nos lo pueda aclarar. Miro hacia el cristal. Me veo reflejada, tocándome la nariz, inquieta.

—¿Quieres contarnos algo? —Se interesa la inspectora.

—Lo ... —dudo—. Ya lo estoy contando todo.

—Me refiero a si tienes algo que decirnos sobre Óscar.

Miro de nuevo hacia el falso espejo. Quiero adivinar qué pasa allí atrás. Ahora me veo frotarme la cara. La barbilla.

—No sé qué podría contar yo.

—Bueno —*Españolito* suspira profundamente—, pues sigamos con la mujer que se escondía bajo el nombre artístico de El Gato Pardo.

—Había borrado el registro de los mensajes que cruzó con Marta y cambió de apodo, pero había dejado en el sistema un rastro del que pude tirar: la ip desde la que se conectaba. Resultó ser la misma que la de Julián, mi primera cita. El comercial. Imagino que aparece en los informes de Óscar. Se lo expliqué con pelos y señales. —Lucho por reprimirme la risa. Es una risa nerviosa—. Perdón, lo siento... Me ha venido a la cabeza una broma. Un chiste cómplice que le conté estos días a Marta. —Me dejo llevar. Me desato. Las risas son ahora carcajadas.

Me intento frenar tapándome la boca, pataleando contra la fuerza desbocada de unas risotadas que me han poseído. Me pido a mí misma mesura. Todavía tengo fuerzas para levantar la palma de la mano en señal de clemencia. Si dispusiera de un pañuelo blanco también lo mostraría. «Haya paz. Haya paz». Pero, todo dentro de mí es una guerra por recuperar la cordura.

A duras penas se me debe entender explicar que El Gato Pardo era el alias de la mujer de aquel comercial de Getafe, de la esposa corneada que le tenía cogido el número, ¡y bien cogido! También le tenía pillada la contraseña con la que operaba el oso infiel en Tinder. Ya que no podía pararle los pies a su señor esposo, se dedicaba a hostigar y amenazar a sus conquistas. Le espantaba las moscas.

Dejan que me explaye.

Me encojo de nuevo. Tengo la respiración agitada. He acabado un maratón. Eso pienso.

Voy calmándome. Volviendo en mí. Me disculpo de nuevo. Argumento que llevo unos días sobrepasada por tanta tensión.

Lllaman de nuevo a la puerta. Traen una jarra con agua y hielo. Agradezco el gesto bebiéndome de nuevo un vaso de un tirón.

—Tenía todos los números. La Gato Pardo respondía al perfil. Pulsión violenta. Irascible. Vengativa. Pero nunca se le descartó por ser mujer, como decía ahí —señalo el monitor donde Óscar. congelado con el brazo en alto, parece aguardar una señal—. No la descartamos porque no tuviera un Tiguan. Eso, al fin y al cabo, se puede conseguir: se alquila, te lo dejan... No tenía coche, pero es que ni tan siquiera sabía conducir. No tenía carné.

La jefa, que durante la crisis nerviosa que acabo de sufrir sospecho que ha valorado hacer una



pausa y reanudar el interrogatorio por la tarde, opta por continuar. Pulsa la tecla. Ahora ya sabe cuál es la del play.

El vídeo parpadea, tarda unos segundos en estabilizarse la imagen. Otros tantos para que se acompañe con el sonido. Cuando lo hace, Óscar continúa enfurecido:

—Sí, pero ella —señala a Celeste— te había hablado de una mujer. ¡Una mujer! ¡Y no me dijiste ni pío! No me digas que no te pareció un cambio relevante como para no compartirlo conmigo. ¿Qué cojones ocultas, Alicia? ¿Qué más?

Óscar gesticula, pero no le salen las palabras. Abre la boca. Le falta el aire. Parece que se tambalea. Está a punto de perder el equilibrio. Quiere apoyar un pie en la cruceta de madera que une las patas del taburete. No atina. Se vence hacia atrás, como si una extraña fuerza tirara de su brazo. Cualquiera que entrara en ese momento, dudaría de que solo una tónica le hubiera dejado esas secuelas. Está luchando contra una inercia alocada que, tan pronto parece separarlo de la barra, como de repente decide atraerlo violentamente hacia ella. Finalmente se estampa contra la barra. Choca dando con el pecho contra el borde y sale rebotado hacia atrás. Cae a plomo, tumbado en el suelo. La cabeza le ha quedado ladeada. La boca se le abre y se le cierra de forma mecánica y emite gritos sordos. Un pie le baila.

Después, carente de un último halo de energía, yace inmóvil.

Yo (la Alicia del video), impasible, como si la dramática escena que acabo de presenciar no fuera conmigo, me dirijo hacia donde está la lente que enfoca. Parece que he descubierto que hay una cámara grabando. He de sortear el cuerpo de Óscar. No agacho la cabeza. No le dedico ni un segundo. Me acerco a cámara. Llevo la botella de tónica en la mano. Antes de que la imagen se vaya a negro, el último gesto que queda congelado en el *frame* inmediatamente anterior enseña una cara mía desconocida, mutada en rabia, con los ojos velados de ira y enseñando los dientes, prietos.

—Como no podemos seguir viendo la película, ¿prefieres ser tú quien nos cuente qué ocurre después, Alicia? —la invitación es del agente *Landa*.

## Celeste

Es la primera vez en mucho tiempo que no se despierta con las notas del *Smoke on the Water* de Deep Purple.

Mi Sol La / Mi Sol Sib La.

¿Mucho tiempo? ¿Una semana, dos meses?

No, mucho tiempo son quince años. Desde el día que su sobrina Marián estrenó el casiotone.

Mi Sol La / Sol Mi

Fue una forma de celebrar el regalo más deseado de ese día de Reyes.

Son notas que Celeste no oye esta mañana, pero rememora. Las tiene en su mente y las recuerda con la precisión métrica de las pausas que hay entre ellas, porque están tocadas de forma torpe, tímida. Con ese estilo de robot sincopado propio de los primeros pasos, cautelosos. Con el respeto que se le debe un teclado con el que no todavía no se ha establecido una relación de confianza.

Marián tocó esa y Dulce Navidad.

Celeste conserva las originales. Cada vez que ha tenido que organizar una mudanza de datos, de mensajes, de contactos o de fotos de móvil a móvil, lo único que ha cuidado con celo es que no se perdiera ninguna de esas melodías. Y por lo menos lleva ya cinco trasvases desde aquel Nokia hasta llegar al moderno smartphone.

Del primero fue del único que le costó desprenderse. Quizás por ese vínculo emocional. Aun hoy lo echa de menos. Era aquel móvil rudo con tecnología que escasamente le daba para procesar el juego de la serpiente o para reproducir politonos. Con él se podía despreocupar de tener que ir con el cargador a todos lados. Aquel tocho era un fuerte inexpugnable. Nadie podría haberlo manipulado para violar su intimidad. Nadie. Ni yo misma, por muy informática que fuera, debe estar cavilando Celeste. Es la única manera que se le ocurre de que «la niña pija de los cojones» se haya podido enterar de que, al final, traicionando sus principios, decidió llamar a Óscar para advertirle de cómo estaba el patio.

Le costaría horrores dar ese paso. Algo le alertaría de que aquella historia no podía acabar bien. En realidad, el palpito lo tuvo mucho antes. Intuyó que las cosas se podían torcer desde el mismo día que me vio entrar en el bar. Me reconoció a la primera. Más tarde me confesaría que, en la distancia corta, ganaba mucho, que poseía un magnetismo del que no pudo defenderse. Muy halagador.

«Esas cosas no se escogen. No están en tu mano».

Qué ingenua era. Pensaba que había sido capaz de mantener sus emociones a raya, igual que había conseguido hacer con sus vicios, cuando es evidente que las primeras son indomables; solo quedan aquietadas cuando no son lo suficientemente fuertes o nobles. Las consecuencias sí son similares. Una se siente un despojo humano tras apostar de nuevo todas las ganancias del mes en una mano de póquer que has querido ver clara.

Celeste se siente una auténtica mierda cuando abre los ojos a las siete de la mañana, deslumbrada por el sol rasero que entra por el único ventanuco del semisótano donde la acabo de mudar. La chica de la que se ha quedado colgada —yo— ha sido capaz de convencerla de que va a pasarse allí escondida una buena temporada; que se va a sacrificar «por la causa», porque solo así podríamos conseguir ser nosotras dos, solas, felices, libres.

«¿He elegido yo esto?»

Un acto reflejo la lleva a palparse el bolsillo. Busca el móvil que le he requisado. «Por tu bien, para que no rastreen la señal». Ella le iba a poner un pero: «¿Y si necesito ponerme en contacto contigo?». O este otro: «¿Qué ocurre si tengo una urgencia?».

Esto también lo tenía previsto. Abrí el bolso. Extraje un Alcatel que debía datar incluso de antes de la era Nokia. Lo llevaba envuelto en una bolsa de plástico, junto a un sobre precintado con una tarjeta SIM nueva.

«Solo para una urgencia. No la actives si no es estrictamente necesario. Si lo haces, nos veremos obligadas a cambiar de emplazamiento».

No, lo suyo no era sumisión, se decía Celeste. Ella acataba todo absolutamente convencida. Seducida por mí y por el plan.

«Tienes alimentos y todo lo necesario para unos sesenta días», le informé.

Comida, todo precocinado, y lo básico en productos para el aseo y la limpieza. Como el algodón y el alcohol con el que se está limpiando la sangre reseca de la nariz y la que se quedó en la comisura de los labios. Se mira al espejo.

«No hay más remedio», le advertí antes de soltarle un mandoble más fuerte de lo que yo había calculado y de lo que ella esperaba. A Celeste no le pilló preparada para encajar un golpe tan contundente. Perdió el mundo de vista durante unos segundos. Al volver en sí, lo primero que escuchó fue mi voz:

«No me seas llorona. Había que hacerlo verosímil. Nunca se sabe quién puede estar mirando. O dónde hay una cámara».

Con desgana se ha tomado un café y ha mordisqueado unas galletas que a saber desde cuándo están allí. Nada más.

«¿Para qué utilizará aquel zulo Alicia?»

Es mío. Hay prendas que reconoce.

Se tumba en el camastro del que no hace ni media hora que se ha incorporado. Un plegatín con un colchón de espuma que le ha dado una primera noche de perros. No ha tenido un sueño reparador, ni mucho menos. Está baldada. Tiene moretones en la cadera y las costillas doloridas.

Intenta poner en orden las últimas 24 horas. No tiene que ser tan difícil. Los acontecimientos se han sucedido de forma frenética, pero ella no pretende manejar ese material como lo haría un director de cine en la sala de montaje, de manera diabólica. Al revés, le gustaría ponerle algo de pausa. Para verlo más claro quizás debería escribirlo. Le da pereza. Hoy le puede la desidia, pero acabará haciéndolo.

Cierra los ojos. ¿En qué momento se le ocurriría saltarse la promesa de colaborar con los maderos?

Vuelve a reproducir mis palabras.

«Créeme, Celes. Óscar representa lo más ruin de esa policía que odias. Tiene una doble cara. No sé qué busca. Ya me tiene loca. Me sigue a todas partes. Como me pille en algún renuncio y acabe saliendo todo lo mío con Marta, voy al trullo. De cabeza. Llevo toda la vida trabajando en el cuerpo y me conozco el paño. Óscar lo único que quiere es hacer méritos, colgarse una medalla

y tomar un atajo que le sirva para ascender, para medrar sea como sea. Aunque para ello tenga que llevarme por delante. Y, si es así, ¿qué será de lo nuestro? ¿sabes la de años que me pueden caer? ¿Vas a estar dispuesta a vivir nuestra relación viniendo a verme a la cárcel una vez al mes? Dos, a lo sumo, dependiendo de dónde me lleven. ¿Cómo vamos a vivir lo nuestro, manteniendo un vis a vis de tarde en tarde? Celeste, hija, tenemos una edad. Cuando salga estaremos para poco más que sopitas y buen caldo, querida».

Entonces, le invité a que llamara a Óscar y lo citara en El Contraste. Que le dijera que estaba dispuesta a contárselo todo, que le insinuara que le iba a entregar mi cabeza en bandeja. Yo estaría allí.

«Nos vemos esta noche. Iré en cuanto salga de la clínica, amor mío. No te olvides de la dosis», y recibió el beso más dulce jamás sentido junto al encargo más amargo: la trampa encerrada en aquel frasco. «Es pentotal disuelto. Exactamente pentotal sódico con cloruro de potasio y bromuro de pancuronio», le dije. ¿Por qué no me iba a creer?

Lo miró al trasluz. Parecía agua.

«Óscar siempre bebe tónica. Eso juega a nuestro favor. Es de puta madre. Queda disimulado entre las burbujas y la sombra de una rodaja de limón. El sabor también. Tiene un leve recuerdo a ajo. Marida estupendamente con el amargor de esa bebida. ¿Que cómo sé todo esto? Monina, llevo casi veinte años leyendo y analizando informes forenses.

» Es exactamente lo mismo que le inyectarán a Marta en cuanto me decida a firmar los papeles. Pero antes de eso, tenemos que encontrar el dinero, el que nos hará libres, Celeste. Y para eso es preciso que nadie se interponga en nuestro camino. No sufrirá nada. Te lo prometo. Así acaban con los reos condenados a muerte en Estados Unidos. Esto, lo que ves en este frasquito, es lo mismo que le inyectan a quienes le aplican la eutanasia, en Holanda. Completamente legal. Una muerte dulce. En diez minutos. No más. Una autopista hacia el coma. Una anestesia. El fallo cardiorrespiratorio llega después, cuando ni se siente ni se padece».

También tenía claro cómo deshacernos del cuerpo. Lo había estudiado todo premeditadamente. Siguiendo tu máxima, y como alumna aventajada, no dejaba nada al albur de la improvisación. «De eso tampoco debes preocuparte. Unos amigos que me deben un favor. Lo harán ellos y lo harán bien. Por a cuenta que les trae».

Celeste se quedó a solas. Y reflexionó.

Joder, Celeste. Tú no creías que esto iba a tener que llegar tan lejos. Debe existir una alternativa. Ni te atreves a plantárselo a Alicia. ¿Por qué? Es por amor. No, por amor no te tiemblan las piernas de esa manera. Es por miedo. Estás aterrada, Celeste. Por amor puedes perder el punto de anclaje con la realidad de este mundo, pero ¿por amor matas?

No mataría. Haría justicia.

Te engañas, Celeste.

Por amor se te encoge el estómago.

Pero no se te agría el desayuno, ni el futuro te provoca náuseas.

¿Voy a traicionar aquella promesa que hice hace quince años? ¿Voy a colaborar con la Policía? Coge el teléfono. Advérteles. Óscar te dijo que confiaras en él. Sería por algo. Tienes su tarjeta. ¿Recuerdas?

Sí, voy a llamarlo.

«Hola, Óscar. Buenos días, soy yo, Celeste».

\*\*\*

No sabe si se ha quedado traspuesta.

Tiene la nariz más despejada. El olfato se le satura de una mezcla de alcanfor y humedad. A eso huele el altillo. Se ha subido a una banqueta buscando un cojín u otra almohada. Ha conseguido una manta más. Fina y con borlas. Desgastada. Le vendrá bien. Ahora mismo siente escalofríos.

Echa otro vistazo a aquel espacio que le es ajeno.

Libros. También le he dejado lectura para el confinamiento. Es una colección de clásicos de la narrativa española e iberoamericana con los lomos negros. Le resultan muy familiares. Son como los que tenía su hermana Iratxe en la casa de Hondarribia. Así que, por lo menos, tienen quince años. Los mismos que lleva sin ir. Los mismos que hace que escuchaba todas las mañanas sin falta el politono de Deep Purple. Los mismos que se cumplieron la última navidad, desde que el coche de Policía desbocado, en plena persecución por las calles de Irún, las arrollara. A Gemma y a su hija, a Marián.

## El interrogatorio

*Rottenmaier* retransmite su vida. Hace una crónica con los pormenores de lo que le pasa o le ha dejado de pasar. Advierto que es una práctica muy común entre sus colegas. Cada policía es un telediario andante. Le ha retenido un monumental atasco en la M40. Por eso ha llegado tarde. A mí me ha dado tiempo para darme una cabezada reparadora. Me he quedado frita. Estaba exhausta. Ahora renazco con brío.

Me consultan de nuevo sobre el abogado. Renuncio. No quiero contar mil veces lo mismo con matices para uno y con ribetes para otro. Únicamente me dejaría defender por ti. Que no hayas acabado la carrera nunca ha sido un impedimento para que te pongas la toga y ejerzas la profesión apelando a la postulación procesal, al derecho a defenderse uno mismo. En este caso no tendrías que auto inculparte para que se abriera esa posibilidad. Creo que tú y yo estamos en la misma causa.

Valoro si recurrir a alguno de mis hermanos. Salvo a Fermín, por razones obvias. Descarto la idea. Demasiadas explicaciones. Tendría que partir de cero para ponerlos al día de toda esa otra vida que no conoce nadie en mi familia y que nos llevaría un tiempo del que en este momento no dispongo.

En la sesión de tarde me reciben con un documento que muestran como si fuera el santo grial. *Moño prieto* pone sobre su falda una cartera portafolios que descansaba a sus pies. Rebusca en los compartimentos hasta que da con una carpeta de plástico. La deja sobre la mesa. De allí saca un par de papeles grapados. Lo hace todo a cámara lenta. Con mimo, sin dejar de mirarme. Los posa sobre la mesa. Plancha el documento con el dorso de la mano y le echa una última mirada, con cierto cariño. ¿Le apena desprenderse de él? Suspira y le da media vuelta para ponérmelo en suerte, en el sentido de mi lectura.

—Ahí está. Creo que tienes un problema.

Me vuelven a picar los ojos. Cojo el papel. Me lo separo. Lo alejo y lo acerco un par de veces. La letra es demasiado pequeña. No enfoco bien.

—Me gustaría poder leerlo. Pero, no me han dejado entrar con las gafas. —Se lo devuelvo a la inspectora—. ¿Me haría el favor?

—Sí, claro. Le hago un resumen. No me hace falta leerlo textualmente. Me lo sé de memoria. Es una orden del juez. Hemos pedido que te incapaciten dadas las circunstancias.

—No entiendo. —Baluceo. Noto que mi rostro entra en combustión espontánea. Me colapso. Me imagino roja y con el pelo en llamas de color panizo.

—A ver, mira: es sencillito... —El agente entra en el fango. Se arremanga—. Con los cargos que se te imputan y todo los demás que sospecho que va a ir cayendo según vayamos avanzando en la película, si colaboraras sería más fácil para todos. Pero, Alicia, ahora mismo, tal y como está el panorama, veo la jugada de la siguiente manera: su señoría no cree que sea muy oportuno que desconectar o no a Marta sea una decisión que puedas tomar tú. Me parece que el señor juez, esta

vez, ha obrado de manera muy muy sensata. Creo, eh, bajo mi humilde opinión.

—Estoy con mi compañero. Y con el juez, por supuesto —se suma *la tirana*—. Si colaboraras, la cosa cambiaría totalmente.

—Pues... —Dudo. Encojo la nariz un par de veces. Me acuerdo de Embrujada—. No sé exactamente qué podría hacer.

—¿Me permites una sugerencia?

—Dígame usted, ins-pec-to-ra. —me encargo de remarcarlo con tono chulesco.

«Todavía no se ha amilanado», dice el cruce de miradas entre ellos.

—¿Y si vamos por orden? —propone *españolazo*— Lo habíamos dejado en el vídeo, ¿recuerdas? Una mujer que se parecía mucho a ti e incluso que hablaba como tú, no conforme con haber envenenado a un policía...

—Espera, espera. ¿De dónde coño sacáis esa idea? —Llega mi hora. Lo sé.

—Quizás de aquí. —De la misma cartera que sigue sobre el regazo de la jefa, extrae un pequeño bote transparente. Lo agita para que se pueda comprobar a simple vista que contiene un líquido aparentemente incoloro. Como mucho se diría que presenta una leve turbiedad— ¿Te suena esto?

Respondo, pero me tomo mi tiempo. Lo hago tras dejar el tiempo suspendido durante un leve instante.

—No tengo ni la más remota idea. — Ahora hablo con la sangre gélida que ha devuelto la palidez y el hieratismo a mi rostro.

—¿Estás segura? Míralo bien. No te precipites. —Él lo coge de las manos de su jefa y se levanta para ponérmelo delante de los ojos. «¡Cegata!»—¿No se lo encargaste a Celeste? ¿No le dijiste que se lo sirviera bien fresquito a Óscar?

Lejos de arredrarme, pido la venia. «¿Puedo cogerlo?». Me la conceden. Lo levanto hacia el fluorescente. Pretendidamente examino la probeta al trasluz. En una fracción de segundo, lo desenrosco y, antes de que los policías tengan capacidad para reaccionar, me lo bebo. Hasta la última gota.

## El zulo

Celeste se ha releído las primeras páginas de todos los títulos de Torrente Ballester. También de los de Delibes. Lo ha hecho por ver hasta dónde le seguían resultando familiares. Le han seducido tanto como el primer día, pero le cuesta mucho concentrarse. Ahora tiene entre sus manos *La tía Tula y el escritor*, de Vargas Llosa. Lo deja para dentro de un rato.

Hace cuentas todo el día. ¿Para cuántas duchas da una bombona de butano? Hay un microondas de primera generación. Para hacerse la comida no tendrá que consumir gas a no ser que se vaya la luz.

La única bombilla que pende del techo de aquellos... ¿doce metros cuadrados? (eso también lo calcula), ha titilado dos veces y cuando lo ha hecho le ha dado la sensación de que se balanceaba en un leve movimiento pendular, como movida por alguna vibración de una fuente de energía cercana. ¿Será el Metro? Ha llegado a poner la oreja sobre el suelo, como los indios Cherokees, o los otros. No ha percibido ni oído nada.

No sabe que hay un desguace cerca.

La bombona alimenta un hornillo que se ve limpio. Sin embargo, no da muy buena impresión el esmalte color hueso desconchado. Le ha salido un ribete de óxido debajo de cada uno de los tres quemadores. Los mandos también han recibido el impacto del calor y están deformados. Aquella cocina tuvo que ser una fiesta el día que llegó a su primera casa. Eso también lo data Celeste: en torno a la mitad del siglo pasado.

Al lado, una pila de piedra con una pastilla de jabón Lagarto. Completa el rincón de cocina lavadero una fila bajera de un armario sin puertas. Es la despensa de los alimentos no perecederos. Los protege de la luz una cortina; una estera ensartada por un junco.

Ha metido una cucharilla en el bote de café soluble. Echa cuentas. A ojo de buen cubero, aquello le debe dar para unas cincuenta dosis. No se conforma con la previsión estimada. Coge el vaso. El único con el que se tendrá que apañar. Como tiene tiempo, empieza a volcar el granulado, cucharilla a cucharilla. Se detiene al fijarse en sus manos, en la manicura que le hice.

«Nunca me he arreglado las uñas. Hazme una como las tuyas».

Eran unas uñas de cincelado artístico. Una media luna roja con motas blancas y estrellas rojas sobre esmalte crudo, alternativamente. Un dedo así, otro asao. Como las que llevaba el primer día.



## El Interrogatorio

*Estirada y don Pimpón* son dos cancerberos petrificados. Se hacen una idea de la alarma que ha generado entre los suyos el paso que acabo de dar. Aunque esté insonorizado el tabique que nos separa de lo que queda más allá de cristal, los tres hemos sentido el rugir de la grada puesta en pie, en la tensión de lo inevitable, ante el gol que, salvo milagro, va a ejecutar el delantero contrario y que va a echar por tierra todas sus esperanzas. Estamos en el último segundo de descuento de la prórroga.

Pero yo sigo ahí. En pie. Impertérrita. Desafiante.

He dejado el frasco vacío en la mesa. De un golpe, como me lo ha bebido. Seco. Un chupito. Chasco la lengua.

—Estupendo bouquet. Pero no es más que agua. Agua de grifo.

Los buches de los policías tragan saliva. Junto a un sapo.

—Podrían haber hecho su trabajo, almas de dios. Entiendo que la pobre Celeste no se iba a poner a analizar el elemento. No tenía medios. Pero, aquí, en la Policía...Les tenía por unos profesionales implacables. Hay tanta leyenda sobre la pareja de moda...Los tales Velasco y Benítez. Creía que me habían tocado en suerte. Los pasillos de la casa van llenos de rumorología. Toda buena. Toda buena. Pero, menudo borrón para el expediente. ¡Vaya por Dios! Porque, antes de organizar la que han organizado, ¿qué tal si le hubieran dado el frasco a los de la Científica? El laboratorio seguro que le hubiera hecho un huequecito por muy ocupado que hubiera estado. En diez minutos. Sólo en diez minutos hubieran salido de dudas. Lo digo pensando en que la acusación de, ¿cómo era? Si, esa de tentativa de asesinato y bla, bla, bla... Para que hubieran tenido una base sólida en la que apoyarse. Porque, vista así la cosa, no parece que su señoría, ese que me ha incapacitado, vaya a tener ahora muchos argumentos para encausarme. ‘¿Con que quería cargarse al agente Óscar Lamarca?’, ‘Con unos mililitros de agua de nada’, ‘¿De agua potable?’, ‘Sí, sí, cristalina’.

» ¡Vaya numerito! ¡Joder! No, no me atribuyan un mérito que no tengo. No soy como Marta, que averigua el futuro y me deja el embolado este de tener que decidir sobre su vida, ¡a mí, precisamente! No, mi intuición no roza las dotes adivinatorias. No iba contra ustedes. Contra vosotros. Ya nos podemos tutear, ¿no? Estas cosas unen mucho.

» Lo único que pretendía era poner a prueba a Celeste. Poner a prueba su lealtad. Y los resultados, a la vista están. Decepcionantes. Muy decepcionantes. ¡Como para guardarme un secreto!

## Celeste

Ha terminado *La ciudad de los prodigios*. Aunque la novela de Eduardo Mendoza la tenía muy reciente, la ha devorado como si acabara de descubrirla. Celeste la devuelve a su lugar, a la balda viciada que hay sobre el cabecero. Se fija en sus manos. Se las acerca y se da cuenta de que alrededor de las uñas ha empezado a escamársele la piel. Vuelve a percibir aquel olor. Un par de días han sido suficientes para que se le hayan vuelto a impregnar de lejía y lavavajillas barato. Es su piel de antes. Antes de que mudara igual que mudó todo en su vida. Fue con mi llegada —«con la entrada de Alicia en mi bar y en mi vida», ha escrito en el cuaderno de bitácora de los días de confinamiento— cuando empezó a preocuparse de que su ropa desprendiera el mismo aroma del suavizante fresco que usaba yo. O su cabello. Ahora se coge un mechón y se lo lleva a la nariz. También lo muerde. Sabe a pieles de melocotón de agua.

El día que me conoció, el destino la pilló restregando la grasa de las bandejas donde se habían echado a perder varias porciones rancias y reseca de alitas de pollo, de patatas a lo pobre y de unos torreznos que tampoco quiso nadie. Porque nadie entró por allí. Solo un camionero que pagó con prisas por un cortado en el que ni mojó los labios. El café murió de frío en la barra mientras el transportista aliviaba una urgencia de aguas mayores.

Celeste fregaba ese vaso y secaba el vaho de otros.

Entré en El Contraste. No le falló la intuición. Más tarde de lo que Celeste había previsto, pero «por fin llegó la chica que esperaba conocer algún día».

Celeste observaba desde la barra. Y, por primera vez en mucho tiempo, se oyó reprocharse que tenía que haberse puesto algo más decente, se lamentó de no estar más presentable y mona. Le sobrecogió el tono seductor de aquella otra Celeste que le hablaba desde un lugar que también había perdido en el abandono. Ni recordaba cuándo había borrado de sus prioridades el cuidado personal. Estaba sucia, hecha un harapo, se decía, muy poca cosa al lado de aquella sonrisa que lo podía todo. Hay personas bellas a las que la risa las embellece, les ilumina el rostro. Otras, como pensaba Celeste que era su caso, que no saben dónde colocar la sonrisa y, mientras la intentan acomodar, son capaces de tensar el peor de los rictus de un psicópata; les brota el sudor en la frente, les brillan los pómulos y se le atirantan los labios.

Pero ¿y la pelirroja? ¿Como quién era? ¿Qué le habría dicho a su hermana Iratxe para describírsela? ¿Como la novia de Spiderman? ¿Era una Ana de las Tejas Verdes? Iratxe era una loca de los parecidos razonables. Quince años no son suficientes para que Celeste haya dejado de sentir el impulso de coger el teléfono para llamarla. «Iratxe Hermana» seguía apareciendo en la agenda, en favoritos.

Lo que en aquel momento no era capaz de adivinar es que quien estaba allí sentada poseía el don de interpretar con la misma solvencia la caída del candor angelical de una primera mirada, ingenua, o el pisar pecaminoso del taconeo de mujer fatal con el que acabaría dándole la espalda. Por eso se maldice ahora. Escribe que se fustiga por haberse dejado llevar por mi imán, por ese

embrujo envolvente, por los cantos de sirena que la separaron del plan inicial. Porque nada salió como ella tenía previsto.

Ya puede uno empeñarse en hacer planes, que la vida impone su agenda. Tan pronto tu padre es camionero y va y viene a Madrid con la frecuencia suficiente como para enamorarse de una mesonera (ese término le evocaba la ternura jocosa con la que su padre se refería a mamá), como, tan pronto, la mesonera se queda sola en el mundo y los dos deciden echar raíces en el restaurante heredado, que luego heredas tú, y primero por inercia, o más adelante porque le coges apego a lo que significó ese castillo en la vida de tu familia, te haces fuerte en él y va pasando la vida con una carretera delante de tus ojos.

O, de repente, estás celebrando la navidad con la niña más tierna del mundo, la sobrina a la que acoges como la hija que nunca vas a tener y que ha sacado los ojos que más echas de menos, los de *amatxu*, como, de repente, suena el teléfono y es un número largo, aciago, que parpadea amenazante en la pantalla, y al otro lado una voz grave que pregunta que si está hablando con Celeste Zúñiga Hermoso, y que si sí, que si es hermana de Iratxe, que ha ocurrido algo... ¿Qué dijo? ¿Algo? ¿Un hecho lamentable? ¿Desgraciado? ¿Qué mierda dijo?

Nunca le había hablado de esa historia a nadie. Bueno, a Jon, sí. La excepción. Es su cuñado. Nunca hubo una gran sintonía entre ellos. Un tipo raro. Seco. Muy introvertido. ¿Qué vería Iratxe en él? Un pan sin sal muy grande, sentenciaría *amatxu*.

Jon no será de la ETA, ¿no?, le llegó a preguntar medio en broma a su hermana. Rieron. Jon es raro de cojones, pero nada más, le soltó entre carcajadas. Si ella lo quería y él las amaba como las amaba, tampoco necesitaba saber más.

Hasta que no pasó lo que pasó, nunca hubo entre ellos más que un qué tal, cuánto tiempo, cómo estás, adiós, que vaya bien. Pero les unió la tragedia y de vez en cuando se escriben y a veces hasta se lloran por teléfono. Tras el funeral no lo ha vuelto a ver. Y no va a ser él quien dé la voz de alarma por su desaparición. Si le llama un par de veces y no le coge el teléfono, volverá a intentarlo en una semana. O el mes que viene. O dentro de dos. Y si pasa ese tiempo, Celeste ya estará haciendo su nueva vida conmigo. La vida de la que habíamos hablado tantas veces. Nunca por escrito. Hasta ahora. «Borra eso», le ordenaba yo si deslizábamos algún comentario en el chat de Facebook.

Así le había entrado, por esa red social. Fui yo quien la busqué. Celeste me había escrito su nombre y apellidos con toda la intención del mundo en el reverso de la tarjeta falsa, con la profesión falsa, y el apellido falso que le había dado «la encantadora de serpientes».

«Yo no tengo tarjetas, pero mi teléfono es este de aquí. Es fijo. No tengo móvil», me dejó anotado, mintiéndome. Mintiéndole a la embustera. La mano que ahora vuelve a apestar a lejía le temblaba. Le salió una caligrafía de segundo de parvulitos, aunque «la reportera de pacotilla» se fue creyendo que aún le estremecía revivir el accidente del que había sido testigo, como le ocurría a ella.

En dos días le estaba pidiendo amistad. La aceptó dos más tarde. No porque quisiera mostrarse distante, sino porque fue el tiempo que tardó en dejar el muro pulidito, limpio de polvos y pajas de las que pudiera sentirse pudorosamente avergonzada.

Cerraba los ojos e incluso veía cómo estaban alineados los renglones de nuestro primer chat.

ALICIA: Hola! Te acuerdas de mí? Sabes quién soy?

CELES: Sí, claro

ALICIA: Estás segura?

CELES: Eres la de la tele. La peridostia.

ALICIA: Peri DOSTIA?? JAJAJAJA

CELES: Ya me entiendes. El teclado este

ALICIA: Sí. A mí también me ocurre. El corrector hace lo que le sale de...

CELES: De ahí mismo.

ALICIA: Gracias por aceptarme. Como no tienes móvil, así es más fácil contactar contigo.

CELES: Mejor, sí.

ALICIA: ...

CELES: Bueno, la verdad es que sí tengo móvil, pero no sabía si dártelo. ¿Sabes?

ALICIA: Imaginaba.

CELES: Lo siento, pero llevo una temporadita, que tela.

ALICIA: Acosadores?

CELES: Qué va! Periodistas, como tú

ALICIA: Disculpa si te incordio.

CELES: No, mujer. Tú no.

ALICIA: Es que después de pasar por allí el otro día, y después de hablar contigo, me han quedado algunas dudas. ¿Te importaría que nos viéramos de nuevo?

¿Que si le importaría? Pero, si no estaba deseando otra cosa. Al día siguiente. A las seis de la tarde.

Celeste no abrió hasta después de comer. Dedicó toda la mañana a la puesta a punto del local y sobre todo a ella. Peluquería y ropa de domingo. Le sudaban las manos como cuando en el instituto quedaba con chicos. Con catorce o quince años se estuvo convenciendo de que quería un marido, un hombre, como su padre. Cuando la besaban tenía que hacerse a la idea de que estaba rodando una película. Le había dicho *amatxu* que los del cine ni se querían ni se gustaban, pero que era su trabajo y tenían que llorar o reír, aun cuando no se lo pidiera el corazón. Hubo una vez que sí, que el corazón le dio un vuelco, y otro más; se le iba a salir. Las piernas parecían querer saltar para ir a buscarlo. También sintió un cosquilleo. Las manos se le helaron. Decía el profesor de Ciencias que eso ocurre cuando la sangre se ha acumulado en otro lugar. Celeste la sentía en el pecho; le iba a explotar. La respiración tomó vida propia y la voz se quedó en un hilo que dijo ay, aunque nunca supo si había sido ella o un hada cursi que suspiró en su interior. Amparo, a quien todo el mundo temía en clase, especialmente el profesorado, le mandó quedarse quietecita en la banqueta del vestuario. Cuando Amparo salió desnuda de la ducha, la llamó chistando y le señaló una toalla. Acércamela. Se lo exigió. Fue ahí y fue después. Tras acatar servilmente. Celeste no rechistó.

Se duerme.

## El Interrogatorio

Haciendo alarde de mi máster en insolencia, les acabo de explicar que si tuve alguna duda sobre si Óscar era o no trigo limpio, el hecho de que se hubiera intentado camelar a Celeste a mis espaldas, acabó de desequilibrar la balanza en su contra. Sospeché que estaba envuelto en la trama criminal de las corruptelas de Bermejo.

—¿Quién me dice que no me estéis apretando las tuercas por exigencias de vuestro jefe? ¿De quién dependéis? ¿De Castro? Me han dicho que era muy amiguito del amo de las cloacas, ¿no? — Tienen puesto el piloto automático: «ahora te vamos a dejar hablar». Han sustituido la furia española que lleva escrita en la cara *Poli Rincón* por un supuesto temple flemático. Se rompe enseñada. Salta por los aires en cuanto argumento que la agresión a Óscar fue en defensa propia.

—¡Joder, en defensa propia! —exclama *barrilete cósmico*.

No me inmuto. Lo miro con desdén. Sigo como si tal cosa y detallo que, tras presenciar el numerito de Óscar interpretando que estaba siendo víctima de un envenenamiento (por cierto, como solo sería capaz de hacer el peor actor del mundo), me agarró por el tobillo desde el suelo con la intención de vencerme. Mi reacción, por puro instinto de supervivencia, fue la de soltar la pierna como me habían enseñado a hacer en los cursos básicos de defensa personal, cursos que impartieron entre todos los miembros del Cuerpo, por cierto. Según la doctrina, un golpe seco en la sien sería suficiente para noquearlo. Al parecer, no lancé la patada con la fuerza necesaria para lograr el objetivo. Pero, por lo visto, es que no había fijado un concepto elemental: a veces, se logra con unos segundos de retardo, especialmente si quien encaja el golpe es un tipo fuerte y curtido como Óscar. Así que, con las mismas, aprovechando la inercia del retroceso del primer chute, le arreé otra patada gemela contra su mandíbula. La doble dosis resultó certera.

—¿Puede ser cierto eso? —le susurra *María Cristina me quiere gobernar* a su compañero.

—No se puede comprobar, jefa —le devuelve el chiste—. El video no graba nada en ese instante. Acababa de zumbarle a la cámara aquí la amiga. Óscar, con la mandíbula partida, ahora mismo no puede hablar. Los médicos aconsejan que no lo mareemos; reposo absoluto. De momento.

La inspectora se incorpora para coger aire. Suspira. Se estira la chaquetilla. Es la torera que va a pedir encargarse también la suerte de banderillas. Recoloca su columna, que tal vez no cruja, aunque a mí me lo parece (*tras, tras, ras, ras*).

Discursito:

—Has sido la cómplice y cooperadora necesaria para que Marta Suárez haya cometido una lista de delitos y fraudes que no cabrían en esta sala —a ver, así vacía, parece un latifundio, cierto—. Todos, absolutamente todos los delitos tipificados, y porque no hay más. No quieres defensa. Da la sensación de que te lo has estudiado bien. No sueltas prenda sobre dónde está Celeste Zúñiga, tu amiga del bar. O no tan amiga. —Vamos a las conclusiones, por favor, suplico para mis adentros—: ¿Qué narices quieres, Alicia Valtierra?

—Que me dejéis en paz de una puñetera vez. Que me soltéis. No tenéis nada contra mí. Tenéis conjeturas, pero ninguna prueba. La supuesta agresión a la autoridad no sería tal. La acción violenta contra el agente Óscar Lamarca, repito, habría sido en defensa propia.

—¿Y Celeste? ¿Dónde está? ¿Dónde te la has llevado?

—Yo no me he llevado a nadie a ningún sitio. ¿Qué tontería es esa? —Bordo el papel de indignada. He tenido a la mejor maestra. Voy detectando en mí más de un vicio, más de un tic que he adquirido de entre todos los tuyos, Marta. Me doy miedo. Me he mimetizado y no consciente. También sospecho que he replicado en mis relaciones la misma tiranía con la que siempre te despachabas tú contra tus parejas.

De momento, el dúo artístico no insiste en que les dé cuenta de lo que sé de Celeste. Puede ser un farol. También podría ser que no hayan tenido suficiente con la cagada del Pentotal falso y no haya sido ese el único error de bulto que han cometido. Si hubieran repasado las cámaras de seguridad de la gasolinera en la que nos paramos, tendrían las imágenes. Allí habrían visto cómo Celeste iba al servicio. Tardaba un poco más de la cuenta. Voy a buscarla y le suelto un mandoble que la dejo grogui. La empujo hacia el interior del coche y salgo a todo gas. Después les dejo pistas para que sigan nuestro rastro a través de las cámaras de la Dirección General de Tráfico. Podrían haber comprobado cómo tomo dirección norte, me incorporo a la M50, y salgo en el desvío de la M503 hacia Villanueva de la Cañada. A partir de ese punto, no tengo intención de dejarles más miguitas de pan para que rehagan mi camino.

\*\*\*

Lo importante es que me había propuesto llegar a un destino y allí estaba, exactamente en el lugar que me marqué como meta volante. No podía quejarme de la mano que llevaba en aquella partida. Para no haber marcado las cartas, el guion se iba ajustando lo suficiente a lo que había planificado.

Tanto es así, que reculo. Doy un paso atrás. No es el momento de tensar la cuerda y acepto recoger el guante que me han lanzado hace solo unos minutos. «¿Qué quieres, Alicia?».

Les digo, bajando la cilindrada de mi último acelerón, que si tienen clara la decisión de no abogar por dejarme volar libre, como mínimo que tomen en consideración mi actitud. Mis palabras le deben sonar a marcianada, especialmente al señorito. ¡Que sea yo, con lo déspota e irritante que me he puesto, excediendo en varios decibelios su sensibilidad machirula, la que esté apelando a mi modosa educación para pedir clemencia! «¡Amos, no me jodas!»

—Lo siento. Todos tenemos nuestros arrebatos —me disculpo e intento una maniobra de aproximación—. Estoy demasiado cansada. Acumulo el agotamiento de varios días. Os podéis hacer una idea del trajín, de acá para allá. Pero, sobre todo, la montaña rusa emocional tan dura que he vivido este año desde el accidente. Y después, la aparición del documento de últimas voluntades, mi visita al hospital, el ver así a mi amiga de toda la vida, sentirme traicionada por Celeste, la emboscada que me tendieron ella y Óscar...

Me ofrezco a ayudarles si son benévolos conmigo, porque ellos tienen margen de maniobra para negociar. Así saldremos todos beneficiados.

—¿Qué propones, Alicia? —*La Comandante en Jefe* me va a desgastar el nombre.

—Yo pude llegar hasta donde pude llegar. No tenía manera de acceder a su casa. Vosotros —ya es oficial que nos tuteamos—, sí. Imagino que, si no se ha hecho un registro, en este momento

ningún juez os va a poner pegas para hacerlo. Quién sabe si allí hay alguna pista que nos pueda llevar hasta el tipo del tatuaje y el Volkswagen.

—O la tipa. —Me corrige el policía.

—No lo tengo tan claro. Solo hay una testigo. Y ahora mismo, está en paradero desconocido. ¿Y si ella tuviera algo que ver? ¿Y si está untada por alguien metido en el ajo e interesado en despistaros? —arriesgo—. Celeste pudo creer que veía una cosa que no era. Es su testimonio. Unos ojos delante de algo que pasó en una fracción de segundo. Hay una grabación. Ella iba hablándome en ese momento por teléfono y se refería a un tío, al tío que había conocido en Tinder y que la estaba acosando y extorsionando.

—¿Por qué estás tan interesada en localizar al fantasma? —Interviene de nuevo la inspectora.

—Para hacer justicia.

—Yo, sin embargo, creo que te mueve la venganza. Que quieres que se localice a quien ha saqueado vuestro patrimonio. Un patrimonio, por cierto, ganado y acumulado de manera bastante cuestionable, muy poco digna. ¿No crees?

—Lo dicho: es una manera de hacer justicia.

—¿Albergas la esperanza de que se vaya a recuperar ese dinero? ¿Pretendes heredar?

—No, pero si se puede resarcir a los timados por Marta Suárez, habrá que recuperar la pasta. ¿O dejamos que sea Papá Estado quien se haga cargo de la cuenta? Mejor que se lo ahorremos al contribuyente. De sus bolsillos sale vuestra nómina. Yo, a lo que me ofrezco, es a colaborar.

—¿Qué piensas sacar de todo esto, Alicia?

—Ya lo he dicho: hacer justicia. También conmigo. Estoy segura de que, si os ayudo a encontrar a ese mamón, vais a convencer al fiscal de que sea algo más generoso conmigo.

Los dejé pensando. Se retiraron a reflexionar e imagino que a consultar con la autoridad competente si les daban vía libre para aceptar mi pacto y en qué condiciones.

A mí me inhabilitarían como funcionaria pública. Contaba con eso. Y en el peor de los casos me podían imputar prevaricación y la complicidad o cooperación necesaria para cometer delitos de fraude y de blanqueo de capitales. Mientras no saliera lo de Niza y hubiera algo de aquel episodio que no hubiera prescrito, poca cosa. Incluso sin que se tuviera en cuenta mi buena disposición, me iban a caer como máximo unos quince años. Calculo que serían doce. Siendo así, me porto como una niña buena en prisión y a los cuatro estoy durmiendo en casa. Así que mi objetivo era que la acusación se limitara a pedir seis añitos que se convertirían en dos de reclusión totales. Me salía a cuenta. Era el tiempo que necesitaba.

## Cuenta atrás

Si estuviéramos en América, concretamente en la América a la que se refiere Hollywood, diríamos que me sentí como si estuviera integrada en un plan de protección de testigos protegidos. Muy de andar por casa, con sello de la marca España, pero apañadito. Esa fue la solución más práctica. Era poco viable que pudiera rehacer mi vida normal. También se antojaba casi de ciencia ficción reintegrarme al puesto de trabajo que, por otra parte, ya daba por amortizado. Ni siquiera para disimular. Si me ingresaban en prisión preventiva, aun preservándome en alguna de las alas más privilegiadas, no podía ser todo lo operativa que debería ser para colaborar con las indagaciones en archivos o en sistemas, para tener libertad para hacer lo que tuviera que hacer si en el curso de la investigación surgía esa necesidad.

Quedé confinada en un pequeño estudio, en un edificio de apartamentos con servicio de habitaciones. Las comodidades eran modestas, pero estaba situado en un entorno cotizadísimo, en pleno centro de Madrid, en la Plaza de Pedro Zerolo. Esto último no me servía para mucho más que para disfrutar de unas interesantes vistas. No salía a la calle, tenía prohibidas las salidas al exterior, pero mis ojos paseaban desde la ventana lateral del mirador. En la puerta tenía plantado a uno, cuando no a dos policías de paisano. Sé que uno de ellos alternaba sus turnos de vigilancia con los que prestaba a veces custodiando tu habitación en la Clínica Universitaria. Lo tenía visto de cuando me pasé un par de días allí.

Dentro, lo básico. Y entre lo básico, un ordenador con conexión de fibra óptica de máxima velocidad —con las especificaciones solicitadas por mí—, y con todos los cortafuegos y los más sofisticados sistemas de vigilancia. Esto último exigido por la Policía.

Estaba en un entorno de lujo. Me acordaba de Celeste. Ella permanecía confinada de otra forma, en otro lugar. En común teníamos la lucha contra reloj para que saliera todo como lo había previsto.

Los dos primeros días los dediqué a repasar, pixel a pixel, todas las fotos que habían tomado en tu casa. Metieron la cámara en todos los rincones y desde todas las perspectivas. Para alguien que te conocía como yo, era como repasar a la película de tu vida. Cada objeto me hablaba de ti o de algún capítulo vivido en común. Me di cuenta de que hacía muchísimo tiempo que no entraba en tu guarida, aunque conservaba tu estilo, seguía siendo fiel a tu personalidad.

Reconocí el colgante de plata que nos compramos en Túnez porque también conservo el mío, o la guitarra acústica con la que nunca pasaste de los cuatro acordes. «No necesito aprender más. Con la combinación de estos ya puedo tocar todas las canciones que me gustan». En todos los objetos había una historia. Allí tendría otra novela. Pero esa ya te la conoces porque pertenece a la vida que pasaste despierta. Prefiero contarte esta.

Una espumadera de madera significaba un mediodía de domingo cocinando. De las pocas veces que cocinábamos juntas. O que lo hacías para mí. No un domingo cualquiera, sino aquel en el que, mientras removías el sofrito, silbando *Stay*, de Jackson Browne —otra de las que se salva



con los cuatro acordes—, me confesaste que acababas de descubrir la auténtica causa de la penosa relación que tuviste con tu madre. Me dijiste que la odiabas, y que me lo tomara en el sentido textual y profundo de lo que significa odiar, que no era una exageración del habla. Los peores sentimientos te los despertaba quien te había dado la vida. Cocinando con esa espumadera descubriste que tu animadversión hacia tu madre no tenía nada que ver con que te hubiera tratado como un estorbo; con que nunca te hubiera visto como una mujer; con que siendo niña te hablara con desprecio; o con que no hubiera tenido nunca un gesto de afecto sentido; con que escatimara los mimos; con que te considerara una lela; con que no tuviera en cuenta tus necesidades afectivas; o con que ni se le pasara por la cabeza que tenías derecho a saber la verdad, a conocer a tu padre, a conocer su historia, al menos. No. Odiabas a mamá porque nunca cocinó para ti.

Decidiste no ser madre «nunca jamás» porque no quisiste que ninguna criatura sufriera pensando que se había convertido en una carga, para que una hija tuya nunca te tuviera que ver apañando cualquier mierda precocinada para salir del paso a la hora de la cena. Una porquería de grasas y carbohidratos que se iba a tener que servir esa criatura sola en la cocina mientras alguien, desde el otro lado del teléfono, hacía reír a carcajadas asquerosamente fingidas a mamá, despatarrada en el sofá, apurando la enésima copa de vino.

En tu casa nunca hubo libros. Solo los que me sisabas. Yo accedía siempre que fuera de uno en uno. Reconozco en una de las fotos el último que te llevaste: *La amiga estupenda*, de Elena Ferrante. El punto debe estar situado en las treinta primeras páginas. Eso significa un año de lectura para ti, salvo que viajes en tren. Últimamente no había tenido noticias de que hubieras hecho ninguna escapada y me sorprende ver, entre cientos de chorradas sacadas de los cajones que todos tenemos en la cocina, un par de bolsitas negras con el cordón morado. Son de las que entregan en el AVE, de las que contienen unos cascotes muy útiles para ese momento, pero de escaso valor. Deben ser más costosos los saquitos en sí que su contenido. Muchas veces no aguantan ni el único uso para el que deben estar diseñados. Lo subrayo en mi informe y parece dar sus frutos. Ha llamado la atención de los dos sabuesos que han asignado a mi caso.

La siguiente cita la mantenemos a través de una videollamada, por Skype. Reunión virtual que perfectamente podría haberse limitado a una conversación de teléfono con el modo de «manos libres». No sé por qué extraña razón deciden que solo los oiga. Llego a pensar que es una táctica. No se ponen delante la cámara. Están fuera de plano. Tal como percibo el sonido, deduzco que él debe haberse colocado a la derecha y ella a la izquierda. Ellos sí me ven. Afortunadamente, me pillan algo más que presentable. Desde que estoy enclaustrada, es algo que he tenido muy en cuenta. No hay horas intempestivas para los policías y no quería que, si se daba la circunstancia, tuviera que recibir una visita en pijama y con el pelo revuelto de cualquier manera. Tenía que estar centrada en lo importante y aprovechar cada encuentro, maximizar la eficiencia de cada encargo y cada charla, y que no me desconcentrara una gilipollez como la de obsesionarme sobre si estoy o no estoy presentable. Me conozco e intento evitar a esa Alicia.

A dos voces empiezan a enumerar nombres femeninos que me sonaban, los de casi todas tus identidades falsas bajo las que habías operado.

—¿Has tomado nota? —me pregunta él. Por cierto, sin verlo, su voz gana en matices y me transmite más aplomo y sensatez.

—No es necesario. Me las sé de memoria.

—¿Echas en falta alguna? Estamos siguiendo la pista del AVE. —Detalla la inspectora. Su voz no me depara ninguna sorpresa. Le hace justicia—. Es otra aguja en el pajar. No es obligatorio que los billetes sean nominativos. Cualquiera pude adquirirlos, incluso en metálico, en taquilla. Si

no ha viajado sola, también los pudo comprar su acompañante.

Me piden que recuerde si sabía si últimamente habías hecho algún viaje en tren, y a dónde, entre 2017 y antes de marzo de 2018. Son las fechas en las que Renfe había utilizado ese modelo de saquito para los auriculares.

—Bueno, quizás algunos meses más, pero eso carece de interés para nuestra investigación —suelta el agente. Oigo un carraspeo de su superiora. Entiendo por qué han escogido el modelo del «te vemos, pero me escondo». Así puede advertirle, si se da el caso, para que le ponga freno a su falta de tacto. Ha estado a punto de decir que se la suda lo que pasara a partir de la fecha en la que te pegaste la hostia. Lo he calado. Tiene que hacer verdaderos esfuerzos para que funcione un mínimo filtro entre lo que procesa y lo que suelta por esa boca de sargento chusquero de los setenta.

Han rastreado todos los pagos hechos con las tarjetas de crédito a nombre de tus identidades falsas. Tienen fichadas todas sobre las yo que te había proporcionado cobertura documental. Todas menos una, la más íntima: Elvira Arroyo.

Mientras les hablo a los policías de Elvira Arroyo por primera vez, Celeste se ha detenido en los detalles de los lomos de todos los libros. Se ha fijado en que están numerados, pero no siguen el orden de la colección. El 22 y el 27 están juntos. Son los dos únicos títulos que no conoce. Nunca ha oído hablar de ellos ni de su autora. Se trata de la primera y la segunda parte de *Las Trampas de la Vida*. Los firma una tal Elvira Arroyo. Otra de las misteriosas personalidades que ideé para ti. Aunque para ella nunca falsifiqué un DNI o un Pasaporte. Tampoco abrí nunca una cuenta bancaria a ese nombre. Lo habíamos reservado para tu extensión literaria. Aquella con la que pasarías a la posteridad contando tus memorias en una falsa primera persona. Fue otro trabajo que me encargaste. Tienes muchas virtudes, pero entre ellas no se encuentran el pulso literario ni la paciencia necesaria para reconstruir un relato, capítulo a capítulo, aunque sea el de una historia fascinante como la tuya. Nos faltaba el tercero para completar la trilogía, ¿recuerdas? Este podría ser, si tengo tiempo. El guion ha obligado a que cambie el punto de vista.

Los dos primeros había mandado encuadernarlos emulando el estilo y el formato de la colección de los más grandes, de los que nunca te decepcionaban cuando te los dejaba. Aunque fuera al año, o más, si era uno de los títulos de esa colección, me lo devolvías encantada de haberte sumergido en aquellas historias. Por eso consideré que sería un bonito regalo incluir los libros que hablaban de la tuya, de las nuestras, como dos ejemplares más de esa antología. El 22 y el 27. Nada obligaba a que fueran correlativos. El 22 y el 27 era otro guiño a los números que la vida había puesto en nuestro camino y que, aunque fuéramos más partidarias de creer en el trabajo que en la suerte, siempre que nos habíamos cruzado con ellos, nos había ido razonablemente bien. Por eso, mientras escribo todo esto, confío que no sea casual, que sea una señal que estés ahí, en la habitación 227, y que desafiando lo que dice la lógica de la ciencia, tengas un final feliz, Marta. Aunque corro el riesgo de que este volumen también, como hiciste con el 22 y el 27, me lo tires al suelo con desprecio, gritando que qué mierda he escrito, que qué me he creído, que por qué coño hablo más de mí que de ti, que al fin y al cabo eres la que paga la fiesta.

¿Qué número me montarías ahora?

¿Qué número le pongo a este, Marta?

\*\*\*

Celeste no ha tardado más de dos páginas en entender quién es realmente Elvira Arroyo. Las dos Elviras: quien lleva al papel lo que escribe y la Elvira de quien habla lo que cuenta. Tampoco tiene que adentrarse mucho más en la historia para darse de bruces con la realidad, con la que se resiste a admitir. Celeste deja escrito en su diario que le va a costar asimilar que todo lo que sería capaz de hacer por mí, yo lo haría mil veces más por ti, Marta; que se engaña haciendo oídos sordos cuando su conciencia le advierte de que está dejándose por el camino la dignidad y anda plegándose de manera servil a mi tiranía. Y constata que eso es muy poca cosa si lo compara conmigo, porque todo eso lo he multiplicado hasta el infinito, yo lo he superado con creces a lo largo de todos estos años con tal de seguir a tu lado, Marta. Celeste sabe que no la corresponderé nunca, que nunca podré quererla como te he querido a ti. Igual que yo no he tenido voluntad de escuchar a mi fuero interno que lleva años alertándome del daño que podrías hacerme, Marta. Pero ni he podido, ni he querido evitarlo. No puedo manejarlo. Celeste tampoco.

Nueva conferencia con mi pareja preferida. Les estoy cogiendo cariño.

Han comprobado que a nombre de Elvira Arroyo se adquirieron dos billetes de ida y vuelta en AVE, de Madrid a Barcelona, el 4 de febrero de 2018. Salida a las nueve y media de la mañana y regreso el mismo día a las ocho de la tarde. En Preferente, imagino. Y en eso me equivoco de cabo a rabo. Había sospechado que, si eran para ti y para tu acompañante, no ibais a mezclarlos con la chusma y el populacho. ¡Siempre hubo clases! Estas consideraciones me las guardo para mí. Una cosa es que ya empiece a ver a mis policías favoritos como de la familia y otra muy diferente que los tenga que entretener con mis ocurrencias. Una pena, por otra parte. Eso me gusta de Celeste, que me ríe y celebra todas mis payasadas. Lo echo de menos.

—Los mismos billetes, mismo trayecto y mismas horas, también se adquirieron un mes más tarde. Para el 4 de marzo. Los compró con un par de semanas de antelación en ambos casos. Y escogió los mismos asientos. En el vagón de silencio, fila 15 de ida y fila 13 de vuelta.

—¿Tanta precisión? —Me intereso.

Muestran un mapa del tren. Los asientos en cuestión están situados en una cabina que queda apartada del resto del coche. Un rincón exclusivo y silencioso para ocho personas. La posición en el sentido de la marcha permite viajar en primera línea de ese mini vagón con un amplio espacio por delante, para estirar los pies, en la 15 yendo a Barcelona y en la 13 volviendo de allí. Esa es la aristocrática razón de que viajaras en Turista.

—Esos asientos los suelen elegir viajeros habituales. Esto nos hace pensar que muy probablemente ha hecho ese trayecto con más frecuencia, aunque no dejara rastro de esas otras compras.

—¿Cómo saben que es esa Elvira Arroyo? Puede haber muchas más. Es fácil averiguarlo, en el Instituto Nacional de Estadística, o en el...

—Porque tenemos la prueba gráfica. —Me interrumpe *Cara Torta*.

—¿Has podido ver bien el plano del vagón que te hemos puesto antes? —Pregunta educadamente la *Institutriz Austro Húngara*.

Asiento.

La pantalla se va a negro un par de segundos.

Después la ocupa una secuencia de fotografías donde apareces rodeada de gente en una grada de un estadio. No es la misma localidad. Ni siquiera el mismo estadio. Me explican que unas pertenecen al domingo de febrero y el resto al del 4 de marzo. Las primeras están tomadas en Cornellà-El Prat, el estadio del RCD Espanyol. Esa tarde se jugaba el derbi. Los pericos recibían al Barça. Las del mes siguiente son instantáneas del Camp Nou. Era un partido vital para el desenlace de La Liga de esa temporada y el FC Barcelona recibía al Atlético de Madrid.

—Después de darle muchas vueltas, en una reunión de grupo nos preguntamos: ¿A qué iría a Barcelona para volver en un día y sabiendo que ese día es domingo? — Explica la inspectora—. Descartando que Marta Suárez tuviera familia allí, el más futbolero de nuestro equipo enseguida apuntó esa posibilidad: «a ver al Barça». Pero eso no encajaba exactamente en el puzle. No se celebraba ningún partido en ese estadio aquel domingo de febrero. Al repasar el calendario,

vimos dónde estaba el quid. También jugó el Barça, pero en el campo de su eterno rival en la ciudad. Los dos encuentros se disputaron a las cuatro de la tarde. Daba tiempo de sobra para ir a Sants y coger el AVE de vuelta.

Solo quedaba escudriñar entre unos cuarenta mil aficionados en el primer caso, y cien mil en el segundo. Fotograma a fotograma. «Trabajo de chinos», según la consideración técnica de *Mister Corrección Política*, quién si no. Había que hacerlo sin tener ninguna referencia de en qué esquina, en qué parte del estadio podrías haberte sentado. Podríais. Tú y tu amiguito. Pero contaban con la materia prima. El reportaje estaba hecho. Desde el año 2000, en España se instalaron en los campos de Primera y de Segunda División cerca de mil ochocientas cámaras de videovigilancia. Así lo marcó la Ley para luchar y erradicar la violencia en el fútbol. Las cámaras, sufragadas con el dinero de las quinielas, se montaron de una forma que permitieran controlar la totalidad de las gradas de los campos. También los tornos de entrada y el perímetro del estadio. El objetivo era que la policía pudiera detectar al instante cualquier conato de violencia y tuviera la posibilidad de actuar inmediatamente. Pero también se le ha sacado otro rendimiento en casos como este. Además, en estos más de quince años, la tecnología ha mejorado lo suficiente como para que se pueda obtener una foto de 360° y con calidad suficiente para ampliarla y conseguir una imagen precisa de alta resolución de un asiento determinado.

—Sabemos que no se sentó en ese mismo asiento del campo de Barcelona ni antes ni en ningún otro partido después. —Explica el policía—. Si tuviera un abono de esa localidad, en Lateral segundo anfiteatro, podríamos verla simplemente acudiendo a esa parte de la grada, con un clic.

—Tampoco es un asiento que pertenezca al hombre que aparece junto a ella. —Añade la jefa—. Lo compraron por el sistema de Asiento Libre. El titular es un socio que lo pone a la venta cada vez que no puede acudir. Lo tiene permanentemente en ese sistema. Es un ejecutivo a quien la multinacional para la que trabaja ha trasladado a Bélgica desde hace dos años y al que, por cierto, se le ve mucho en la tele; forma parte de la comitiva que rodea siempre al President fugado, a Carles Puigdemont. Pero nada tiene que ver con el hombre de la foto, que quizás sea nuestro hombre.

—¿Lo conoces? ¿Te suena de algo? ¿Sabes quién es?

Por supuesto que no. Ni la más remota idea. Jamás lo había visto. Un tipo guapo. Alto, de hombros rectilíneos, con aspecto cuidadosamente descuidado, de ojos grandes y mirada inmensa. En una —no, en una no, en todas las fotos— parece estar posando. Amaga con un guiño. Como si supiera que lo están observando. Es de ese corte de hombres que tienen razones para sentir que siempre hay alguien fijándose en él y no puede defraudar. En definitiva, sacado del patrón de tus tipos chicle, de usar y tirar. Aunque, si ese era el hombre del tatuaje, de él no te habías podido deshacer tan fácilmente. Por lo que fuera, aquel chicle, o te estaba gustando demasiado como para encontrar el momento de escupirlo, o se te había pegado a la suela del zapato.

Celeste se ha leído los dos volúmenes de *Las Trampas de la vida*. Le ha dedicado una tarde, una noche en vela, una mañana y otra tarde. Ininterrumpidamente. Solo para enjugarse las lágrimas de vez en cuando. Para ir al lavado dos veces. Para llenarse un vaso de agua otras cuatro. Para morderse una manzana otra vez y para comerse dos yogures con cereales y un café con leche. Siempre con el libro delante. Ha manchado la página 45 de la segunda parte cuando ha ido a pasarla sin caer en la cuenta de que tenía un churretón de aceite en las manos. El aceite de la única tostada que se puso para acompañar al café.

Le duele la cabeza. Le pesa el alma. Ha leído lo que hemos vivido. No hay duda de que esas dos somos nosotras, de que la novela de las andanzas de Elvira Arroyo retrata la vida de la que en los últimos meses hablan los telediarios y todos los programas del corazón, aunque en lugar de Elvira te llamen Marta. Marta Suárez y su fiel escudera. Thelma y Louise. Tú las dos. Yo, en segundo plano, la escribiente. A Celeste, ahora mismo, si le quedara algo, lo apostaría todo por que ese libro habla de nosotras. Se jugaría la misma cabeza que está perdiendo a que yo soy tu pluma prestada. Lo apostaría todo si lo tuviera. Ahora mismo no quiere poseer nada, ni su vida siquiera. Sabe que una apuesta te puede arruinar la vida, aunque te enriquezca la cuenta. Ha llegado a la última página y acaba de aprender esa lección.

Ha leído la historia de dos amigas, dos socias que probaron a hacer negocios de tres al cuarto en la universidad. Anduvieron enredadas con fotocopias digitales de apuntes, algo muy novedoso y rompedor para la época, pero que a la hora de la verdad no les servía más que para sacar en limpio tres chavos. También se ganaron alguna enemistad que otra y varias antipatías. Experimentaron, entonces, con negocios de nuevo cuño como la venta de apuestas futuras sobre las preguntas que tenían más opciones de caer en los exámenes. Otro fiasco al que contribuyó la deslealtad y la traición de uno de los miembros del equipo. Sin embargo, la primera vez que de verdad manejaron dinero, una cantidad con la que se podían permitir hacer algo más que no fuera invertirlo en otros trapicheos de poca monta, les llegó de casualidad. Porque así fue el primer golpe. Para que haya un timo ha de existir intencionalidad, y aquello no estuvo premeditado. Al menos por lo que respecta a la información que manejaba la pelirroja y según lo que la morena juró y perjuró. Y con esto no intento eximirme. Ha pasado el tiempo suficiente como para que cualquier responsabilidad haya quedado prescrita.

En el último curso de carrera se dividió el alumnado de Derecho en dos facciones: los que optaban por celebrar que llegaban a la orilla de la licenciatura a lo grande, y eso significaba un viaje de fin de curso de fiesta loca en Ibiza; y la escuela de los doctos, los que se mostraban más partidarios de ampliar la mirada de su mundo con una visita cultural a Italia teniendo a Florencia como cuartel general y epicentro desde el que visitar otros lugares como Pisa, Siena y acabar en Venecia.

Ellas, que nunca se habían dejado ver por asambleas, reuniones de alumnos, ni cualquier otro tipo de congregación de pastores, se personaron en aquella convocatoria anunciada por los delegados de todos los grupos. El cónclave tenía el objetivo de poner algo de sensatez a la organización del viaje o viajes. Aquello fue un guirigay. Una batalla campal dialéctica que estuvo

en un tris de llegar a las manos y, lo que es peor, de que saltaran chispas en forma de palabras gruesas de hondo puñal. No eran lo que esperaban. Ellas pasaban por allí y, como es tan sumamente difícil resistirse al efecto mirón, el lío les pilló en el ojo mismo del huracán. Habían merodeado siguiendo la estela de la máxima que asegura que, a río revuelto, ganancia de pescadores. Y las pescaron a ellas. «¡Vósotras! ¿Ibiza o Florencia?» Se miraron sin saber para dónde chutar. La morena y más alta, la que se notaba que llevaba la voz cantante, respondió, «lo primero», porque claramente no había entendido ni eso ni lo segundo entre tanto vocerío y cruces de improperios. Por lo visto, manejarse en aquel zoco sin perder la cordura convalidaba por un año de prácticas en los juzgados de lo penal de Minneapolis.

Con aquella respuesta improvisada, se vieron en sus manos con un fichero de cartón verde y el encargo de recaudar los fondos necesarios para hacer frente a la paga y señal con la que se reservaría el viaje a Ibiza. Cinco mil pesetas por barba a multiplicar por el noventa por ciento largo del alumnado. Eso daba una cifra nada desdeñable. En Derecho, por una cuestión sociológica, coincidía un perfil de estudiante más proclive a terminar la tortura de la carrera desmelenándose en Pachá que no tomando apuntes y forjando el espíritu cultural empañándose del legado de veinte siglos de civilización. O sea, que les seducía mayoritariamente una fiesta de Miss Camiseta Mojada.

Las cuentas estaban claras. Antes de navidad, nuestras amigas deberían haber recaudado en torno a un millón y medio de pesetas. Ese era el resultado de multiplicar los mil duros a escote que debían depositar a cuenta los cerca de trescientos implicados en el plan «objetivo Ibiza». Diez arriba, diez abajo.

Mucha pasta, ¿no? Se decían entre ellas. Una tentación que no todo el mundo es capaz de sortear. Entre las que no se dejarían llevar por la provocación seductora de tener ese kilo y medio en sus manos, no estaban nuestras amigas, las protagonistas de la historia que acaba de zamparse Celeste en el libro apócrifo que firma Elvira Arroyo, la morena.

Así que, con un pellizquito de millón y medio de nada, y en el coche de la pelirroja, en lugar de tirar ese fin de año para Tarragona, de donde era una, o hacia Elche, lugar de procedencia de la otra, se plantaron en «¿dónde vamos, cabrona?, ¿dónde sueñas con ir?». Se presentaron en Niza. La propuesta fue de la morena.

Salvo los nombres, todo lo demás se ajusta a la realidad, Marta. No sé por qué te ofendió tanto que quedara así escrito. No sé si tu arrebató fue una manera de expresar que te rebelabas contra lo vivido, que te arrepentías de todo aquello.

En Niza fue donde me dijiste, tras aquella primera noche legendaria, que tú serías de la persona fuera capaz de poder hacerte vivir así para siempre, que te entregarías rendida a quien te pudiera dar eso no solo una noche, ni un fin de semana largo; no solo como unas vacaciones que rompieran con la monotonía de otros trescientos treinta días para olvidar, sino quien hiciera posible que aquello formara parte de tu día a día.

Te creí y lo intenté. Ingenua de mí, pensando que la voz popular que sostiene que «lo poco gusta y lo mucho cansa», sería solo certera cuando tratara de baratijas al alcance del bolsillo modestos y que el refrán quedaba fuera de las competencias de otros ámbitos, como el que estábamos tratando, el de un ritmo de vida a la altura de los lujos luminosos y efervescentes de la Costa Azul.

Pretendí que no hubiera ni un día en el que no sintieras el subidón de la adrenalina de vivir en el filo de lo imposible, aunque a la vez fuera el de una navaja afiladísima. Porque solo con poco más de veinte años y sin norte a la vista, cegada por la angustia del amor no correspondido, una es proclive a engañarse pensando que ese sueño tiene una beta de sensatez.

No se puede reeditar eternamente el impacto de llegar a Niza con un millón y medio de pesetas en el bolsillo y sin haber tenido tiempo para enfocar con claridad, deslumbradas todavía por los destellos de esa vida ajena, que la ruleta del casino te multiplique por veinticinco lo que acabas de apostar. Todo al 22.

Veinticinco millones de pesetas producto de algo más que un golpe de suerte. De un palpito, según alegaste.

A partir de ahí se hicieron habituales en tu vocabulario (y recurrentes en mis pesadillas) los palpitos, las intuiciones, las ondas, los feelings, los presentimientos, el olfato. Cada día era uno de esos vientos los que nos ponía a los pies de la tempestad. Eso, y la puta madre que parió a mi encoñamiento, Marta. La tormenta perfecta que nos llevó hasta donde nos llevó.

Creo que estábamos tan apabulladas, que no fuimos conscientes de lo que acababa de ocurrir ni de las consecuencias que tendría. Llevábamos a cuestas tantas horas de carretera, habíamos engullido tanto asfalto que sufrimos de la sensación de una falsa realidad, de dejarnos llevar por una nube ajena sobre la que flotábamos, sin rumbo, hacia donde nos quisiera llevar. Lo que pasaba por delante de nuestros ojos era tan fugaz como los trescientos kilómetros que habíamos dejado atrás. Actuábamos llevadas por una especie de mareo propio del sopor de una siesta de verano; con el cansancio turbio en la mirada y el agotamiento de las piernas tambaleantes. Especialmente, después de mojar los labios en la copa de champán a la que nos invitó de inmediato la dirección del Casino. Supongo (lo supongo ahora, porque en aquel momento nos sobrepasaban los acontecimientos) que el convite tenía la pretensión de quitarnos de en medio por temor a si aquel pleno al 22 no hubiera sido más que el aperitivo de una racha con la que pretendiéramos saltar la banca. Porque la banca ha de ganar siempre.



Allí estábamos las dos, en la sala noble de moquetas y paredes paneladas con ribetes dorados, pero dorados de puro oro, tras haber sido conducidas amablemente, escaleras arriba, por dos maromos que nos custodiaron posando con suavidad la palma de su mano sobre el eje de la espina dorsal que dejaba ver la generosidad de nuestros vestidos.

Será verdad, entonces, que la comedia es igual a drama más tiempo. Te acordarás de cómo, con la perspectiva, nos llegamos a desternillar de risa rememorando aquel momento en el que el tal Monsieur «no sé bien qué» se esforzaba en escupir una fonética española con la que no fue capaz de hacer entender ni su «buenas noches, amigas mías». Optó por el inglés. Y en ese idioma era más notable el divorcio entre su cantinela, agasajadora y divertida, y el fondo de su interrogatorio, de duro fajador.

Que de dónde veníamos, por no decir que de dónde coño habíamos salido; que qué sorpresa, porque tenía entendido que, no es que fuéramos poco habituales por aquellos pagos, sino que nos acabábamos de estrenar y habíamos hecho nuestro debut de la mejor manera posible: éxito como para «salir por la puerta grande». Ese giro sí lo pronunció en un español *tauguino* adquirido en la plaza de Nimes, según narraba. Adornó la concesión lingüística con una revolvera imaginaria.

Fue justo antes de cambiar de tercio.

—Sé que son ustedes unas damas. No cabe ninguna duda al respecto. No hay más que verlas, *mademoiselles*. Pero, como vivimos estos tiempos tan convulsos y ante el impacto de que su golpe de suerte ha sido tan certero como repentino, me van a excusar si les pregunto, solo como parte de una formalidad, si ustedes pertenecen a algún clan organizado.

Hubo un silencio estremecedor. Las mismas espinas dorsales que habían recibido el cálido apoyo de una mano unos segundos antes, ahora eran estalactitas de las que resbalaba una gota de sudor espeso que se perdía en una oquedad demasiado íntima como para confesar el acontecimiento en voz alta sin escandalizar al desconocido que teníamos enfrente. Menos aún, cuando este hace esfuerzos denodados por pasar por un gentleman.

—Me adelanto a sus respuestas. Es un no. Estoy seguro. Pondría la mano en el fuego, *¡of course!*

Sonó a una porfía más falsa que su sonrisa.

Nos puso en antecedentes de las hazañas de los Pelayo, a sus hitos, que trascenderían años más tarde, pero que en aquellos momentos eran material sensible que ya manejaban con temor en el gremio de la patronal de los casinos de todo el mundo. Los Pelayo habían empezado a operar a principios de los noventa. La batuta de la autoría intelectual la llevaba el patriarca, Gonzalo García-Pelayo, hombre de cine, conocido productor discográfico y una decena de cosas más, todas relacionadas con inquietudes de naturaleza cultural. Pero también un curioso de la estadística que aseguraba haber encontrado una fórmula matemática con la que llegaron a ganar setenta millones de pesetas en el Casino de Madrid en el verano de 1991, justo antes de que se le prohibiera la entrada, a él y su equipo de acólitos a los que disponía por lugares estratégicos para llevar a cabo su plan. Después de Madrid, saltaron las alarmas en los Casinos más prestigiosos de toda Europa, y más tarde en los de todo el mundo. Cualquier sala de apuestas que se preciara había puesto en guardia todos los resortes de seguridad ante cualquier conato sospechoso de que los Pelayo, o algún movimiento de naturaleza similar, les hubiera colocado en su punto de mira con la pretensión de cebarse con sus bancas. Porque, ¿quién se podía cerciorar de que esa familia no se hubiera reproducido en otras tantas células bajo su paraguas, o como filiales, o en franquicias o, simplemente, por efecto de la emulación?

Mi rostro se ruboriza. No tengo nada que ocultar, así que me pregunto por qué. ¿Por qué nos hemos de sentir concernidos cuando no hay nada que nos pueda inculpar? ¿Es una suerte de vergüenza ajena al comprobar cómo el otro tiene la desfachatez de deslizar una acusación carente de pruebas? ¿Es por nuestra vulnerabilidad, que hace que nos veamos a los pies de los caballos solo porque circule la sospecha por la mente del contrario? No lo sé. Pero estoy roja como un tomate. El champán también se ha concentrado en las venas capilares del rostro.

Tú te envalentonas:

—Solo me he dejado llevar por un don, por la precognición. —Es la primera vez en la vida que te oigo utilizar la palabreja. Y vas un paso más allá—: E igual que hace un momento ha sido el 22 —miras el reloj—, dentro de catorce minutos, a la hora en punto, vamos a apostar lo ganado al número que saldrá. Con total seguridad.

Estás loca. ¿Todo? No, pero casi. Dos terceras partes, decidiste. Te has bebido ya dos copas. Y con ellas, el entendimiento. ¿Qué buscas? No te lo puedo preguntar, pero te interrogo con la mirada. ¿Quieres negociar? ¿Es un órdago?

A las once en punto de la noche, en medio de un corrillo que es un agujero negro atrayendo a la masa del universo, un círculo que concentra todo el voltaje de la expectación propia de una *Superbowl*, un Madrid-Barcelona, o una final de Champions, dos crías recién llegadas de Barcelona apuestan dieciséis millones de pesetas en francos franceses. Bueno, en fichas de plástico que tienen ese valor.

Todo ese capital, al número 27.

Gira la ruleta. Es americana por mucho que estemos en Francia.

El 27.

Soñamos. Tú no tienes ninguna duda. Pero el destino tampoco parece que vaya a albergar alguna sobre el tipo de castigo cruel que va a infringirnos. Tras dar varios saltos de cabriola alocada, el bolín bota dos veces en la casilla de nuestra apuesta. Allí, parece que algo la incomode y se resista a dejar que sea su morada definitiva porque, en el último suspiro, como atraída por un imán de la banca, decide alojarse en casa del vecino, en el doble cero, para desesperación de las dos novatas y efecto sedante en el administrador del establecimiento.

Clamor de decepción en la sala. Ya somos escoria. No hay copa de champán de consolación. Miradas piadosas, de superioridad.

Con el tiempo, al recordar aquella escena, no sé si estoy condicionada por lo que supe más tarde y si en lugar de mi memoria es el relato posterior el que ha ido completándola, superponiendo planos, gestos, escuchando palabras que quizás nunca se dijeron, pero que lo oigo en la película que me he hecho. Me susurras al oído que todavía nos quedan ocho millones, que no se está dando tan mal, que confíe, que no sea una neuras. Cuando lo haces, levantas la mirada. Estás tranquila. Imperturbable. Me dices que me quede ahí, que aguarde un instante. Creo que has contactado visualmente con alguien. Te vas hacia los servicios. Tal vez ese alguien es quien te guarda la espalda cuando pasas a su lado.

No tardas mucho. Vuelves con una idea más descabellada aún. Miras el reloj. Dices que te habías equivocado. Preguntas a uno de los crupieres, al que parece que lleva los galones y la voz cantante. Te haces entender chapurreando un francés germánico. Quieres saber cuánto tiempo hay entre jugada y jugada. Le insistes en que si siempre es así. Y no, claro. Un revuelo como el que se había armado esa misma noche tras nuestro pleno hace que se retrase todo el procedimiento. Es entonces cuando exclamas, «¡Alto! ¡Alto! ¡Quiero apostar, por favor!». Lo haces in extremis, justo antes de que se oiga el *rien ne va plus* propio de la liturgia.

Ahora son ocho millones de pesetas. Todo lo que nos quedaba. Incluido el millón y medio ajeno con el que nos hemos liado la manta a la cabeza y nos hemos plantado en Niza. Pero no puedo frenarte. No sé hacerlo. He perdido toda mi capacidad de reacción.

¿Al 27? Al 27.

Esta vez el bolín parece comportarse con menos nervio, achantado, con cierto halo de melancolía y con ganas de recogerse pronto. Sin ganas de fiestas ni de respuntes. Desde el primer brío no hace por disimular: vuelve a casa. Y la suya, dice el destino, que es la del 27.

¡Doscientos millones de pesetas! Eso son cincuenta anualidades de un directivo de la época, libres de impuestos. A la buchaca.

La noche de tintes épicos me tenía reservado un final que no era el que esperaba. Lo celebré durmiendo la borrachera sobre unos sillones de cubilete incomodísimos en la penumbra de la solitaria cafetería del hotel mientras tú compartías nuestra cama con quien te encaprichaste en aquella ocasión; era el tipo que te custodió hasta el cuarto de baño antes de llegar con la revelación que nos había hecho millonarias.

Con ese pastizal, poco nos importaba si los pringados de quinto curso de Derecho iban a decantarse por viajar a Ibiza, a Florencia o a Platja d'Aro. Les enviamos el millón y medio que les habíamos tomado prestado por una buena causa. Lo hice siguiendo escrupulosamente tus instrucciones, a través de una transferencia desde el Credit Lyonnais al Banco Sabadell. Creo que fue la única ocasión en la que manejé parte de aquellos doscientos millones de pesetas y fue por una excepción en la que delegaste ese trámite menor carente de gran responsabilidad y sin asumir ningún riesgo. Tampoco era algo que se me antojara sospechoso. Los asuntos financieros siempre habían estado en el ámbito de tus competencias.

Decidimos que nos íbamos a quedar allí durante una temporada. Por despreocuparte, te desentendiste incluso de las seis asignaturas que te quedaban para acabar la carrera. «Habrás tiempo, chica, no me vayas a sufrir tú por eso». No era lo que me preocupaba. Aunque el estado de las cuentas no estuviera bajo mi supervisión, no tardé mucho en percibir que aquello no era un patrimonio holgado como para vivir a todo trapo, a cuerpo de reinas, en la Costa Azul. Que tener, teníamos, pero no como para derrochar alegremente. Según tú, no daba para mucho más que para pagar el hotel de media ralea en el que nos habíamos instalado a las afueras de la ciudad («no tenemos que llamar la atención»), y para jubilar el antiguo Golf al que le acabamos de quemar la culata en el viaje desde Barcelona y sustituirlo por un flamante Cabrio descapotable. De segunda mano. Fue el único lujo que nos permitimos «para no levantar sospechas».

Fueron días —meses— de asueto, de *dolce far niente*; los días de mi vida en los que más cerca he estado de poder decir que conocí la felicidad. Así los recuerdo. Idealizados. Mañanas de playa. Noches de intimidad y confesiones; de charlas y *Martinis* a cualquier hora; de anarquía de horarios; de besos robados tras cuatro copas; de despertar juntas a la mañana siguiente y obviar la noche de piel con piel, como si nada hubiera pasado; de muchas lecturas para mí y de absoluta entrega a la vagancia y la nada para ti, Marta. Días iguales. Grises en el cielo. Y quiero recordar que de luz rosa para mí. Salvo cuando me advertías de que se te habías encaprichado de este, del otro, aquel que vimos en la barra, y no me permitías que rondara por tus dominios.

Días soliviantados solo por uno de tus repentinos momentos de inspiración visionaria, por algún palpito que nos plantaba en el casino de Cannes, o una intuición que reclamaba nuestra presencia urgente en Montecarlo, en Beaulieu, o hasta en San Remo. Nunca dimos la campanada de nuevo sableándole al azar un pellizco de doscientos kilos, pero lo cierto es que el balance de

todas nuestras escapadas hechas al dictado de los reclamos de tus corazonadas, nos situaban en un porcentaje de éxito que estaba muy por encima de la media estadística. Aunque me tuvieras marginada en las finanzas, los cálculos de probabilidades eran mi punto fuerte. Tú guardabas celo sobre los tuyos. Yo tampoco te confesaba que no me salían los míos.

André apareció una tarde de noviembre. A mitad de semana. Un taxi lo dejó en la puerta. Llegó ligero de equipaje. Yo estaba comiendo sola en el restaurante del hotel, lo cual no hay que subrayar como una novedad extraordinaria, sino más bien todo lo contrario. No habría nadie más hospedado salvo aquella pareja de entrañables jubilados que la noche anterior había decidido ponerse a buen recaudo de una terrible tormenta de rayos y fuego que les había pillado en mitad de la carretera. Ellos, y tú, que a esa hora seguías durmiendo la borrachera de éxito que nos había vuelto a encumbrar. Esta vez en una sala de juego de medio de pelo de Cagnes-sur-Mer.

Con todas las mesas libres, me pareció fuera de lugar que aquel tipo se acercara con una sonrisa que ya había visto puesta en la cara de los vendedores de la planta de señoras del El Corte Inglés. Separó la silla de la mesa antes de solicitar permiso para ocuparla. Con la boca llena, y más sueño que ánimo, no encontré la bilis con la que pretendía mandarlo a esparragar.

No se anduvo por las ramas. Sin muchos preámbulos, se presentó como un periodista de investigación *free lance* que pretendía contactar con dos chicas de las que se empezaba a hablar con cierto asombro, de las que llamaba poderosamente la atención la capacidad que tenían para desafiar a la fortuna en los casinos de la Costa Azul. Era evidente que el tal André manejaba mucha información sobre los pasos que dábamos y no ignoraba que cuando me hablaba de sus intenciones era sabedor de que estaba hablando con una de ellas.

Su charla era amena, trufada de anécdotas sobre cómo su profesión le había colocado en las situaciones más inopinadas e inverosímiles, como la última que acababa de vivir. Un famoso cantante, del que por discreción no quiso desvelarme su identidad, le había prometido concederle un exclusivo reportaje de cómo era su día a día, lo cual implicaba meterse en su vida, en su casa de Miami, durante una semana.

—¿Sabe cómo me he pasado los siete días, señorita? Encerrado en una suite de su mansión. No he intercambiado con él ni una sola palabra. No hemos estado nunca bajo el mismo techo. Su equipo seleccionaba las imágenes de los momentos que creían que podían resultar de mi interés. Me las ponían a través de un circuito cerrado de televisión. Después yo debía escribir un resumen de lo que me parecía digno de contar. Un resumen que ellos pretendían supervisar y editar. O sea, reportaje a la *merde*.

Seducía con su discurso blanco y lleno de acontecidos como aquel. Me convenció para que te trasladara su gran interés.

—Me conformo con que escuchen mi propuesta. No les va a defraudar. Es sustanciosa. Y, desde luego, segura. Tienen mi palabra. Si no desean que trascienda su imagen ni su identidad, así será. Quiero contar una historia fascinante, pero no lo puedo hacer sin su colaboración.

André alegó que estaba por allí de paso, que a saber cuándo su agenda le permitiría un hueco como aquel. A ti te pudo esa megalomanía que no siempre pudiste reprimir. Aceptamos cenar con él.

Hubiera preferido postergar la cita un par de noches para discutirlo entre nosotras con calma y sopesar los pros y los contras. No lo veía claro. No entendía qué podíamos ganar y, sin embargo, sospechaba que teníamos mucho que perder

Coqueteaste desde el primer apretón de manos. Lo sedujiste como a todos, haciéndole creer que te dejabas seducir. Es tu proceder habitual, tu manera de hipnotizar a lo que quieres que te rodeen para así tenerlos a tu merced, bajo tu influjo. Mientras te sirvan, porque puedas sacarles provecho.

Antes de que hubiéramos superado el aperitivo y la segunda copa de vino blanco, ya había desconectado del auto laudatorio que se estaba marcando André. ¿Por qué tenía que hablar tanto de él si lo que buscaba era saber de nosotras? Tú le reías las gracias y eso hacía que se gustara, que se creciera. Aquella noche se me estaba haciendo insufrible. No soportaba ser testigo de tu táctica y de su exhibicionismo. Con una excusa del montón, me retiré pronto. Tenía un dolor de cabeza terrible consecuencia de nuestra última salida de la que nos habíamos recogido con el sol ya en alza. No me sienta bien trasnochar. Y menos dos noches seguidas.

Me tomé un analgésico, además del ansiolítico al que de vez en cuando recurría para no dar muchas vueltas en la cama. Por eso, no sé el tiempo que estarías aporreando la puerta de mi habitación.

—¡Alicia! ¡Abre, joder!

Había integrado tus palabras en una pesadilla en la que nuestra vida dependía de que pudiera vencer el tirador de una caja fuerte en la que estábamos encerradas. Una caja de caudales con una ventana de ojo de buey por la que veíamos avanzar hacia nosotras la ola de un tsunami devastador. En ocasiones no recordamos lo que acabamos de soñar. Otras veces, es tan vívido y está tan pegado a un impacto que, como en aquella ocasión, el recuerdo viene unido a lo que pasó después.

—¡Cojones, Alicia! ¿Estás ahí? ¡Ábreme la puerta, hostias!

Cuando al fin fui capaz de reaccionar, me levanté desorientada. Temí un incendio. Olía a humo. Pero se trataba de un cigarrillo que consumías con ansia, como los nervios lo estaban haciendo contigo.

—Vamos, ven. Me tienes que ayudar, Alicia, por favor. —Estabas lívida. Temblabas de arriba abajo.

—Pero ¿se puede saber qué ocurre?

—Tenemos un problema. Un problema gordo, Alicia. No sé cómo ha podido pasar. No lo sé. Te lo juro. —Te salían las palabras tan trémulas como tus pasos camino de tu habitación. Para atravesar el pasillo te tuviste que apoyar en mí y un par de veces en la pared.

Era cierto que teníamos un problema. Nos atañía a las dos. No iba a dejarte en la estacada precisamente en aquel momento, hubiera pasado lo que hubiera pasado para que el cuerpo de André yaciera desnucado, con la cabeza en un charco de sangre sobre la alfombra de tu habitación.

—Lo he descubierto. Lo he descubierto, hemos forcejeado, y se ha caído hacia atrás. Se ha dado contra la mesilla. ¿Qué coño hacemos, Alicia?

—Pero ¿qué has descubierto?

—Sé quién es. Te tengo que contar toda la verdad. Te prometo que lo haré. Pero antes, vamos a solucionar esto.

—Llamemos a la Policía. —Propuse, ingenua.

—No podemos, Alicia. Cuando te lo explique todo, verás que no es una buena idea. Confía en mí.

—Hasta ahora lo había hecho. Y ya veo las consecuencias. —Estaba más resentida y rabiosa que nunca.

—Perdóname por todo, Alicia. Es una larga historia. Ahora no tenemos tiempo. Juro que no te mentiré nunca más. Lo juro por lo que más quiero.

Me quedé sin saber por quién lo jurabas.

No pudiste ocultarme por más tiempo qué había realmente detrás de aquellas pretendidas y muy poco creíbles intuiciones, o tras los raptos de inspiración repentinos. Estabas apostando al dictado de una organización que pretendía operar como la de los Pelayo.

Todos los pasos que habíamos dado formaban parte de un plan. Incluso hacerme creer que decidir que Niza fuera nuestro destino, entre todos los posibles, había sido una elección libre y propia.

—Pero ¿quién te reclutó? ¿Quién te ha embarcado en esto? —Te preguntaba una y otra vez con el cadáver de André a nuestros pies.

—Vamos a solucionar esto y después entramos en detalle, Alicia, por favor.

A partir de ese instante actuamos de una forma extrañamente mecánica y sincronizada, como si lo de deshacernos de un cadáver a las tantas de la madrugada fuera una especialidad que hubiéramos ido perfeccionando a lo largo de los años con unos protocolos y una coreografía perfecta. Supongo que hay que achacárselo a la adrenalina. Emulábamos lo que habríamos aprendido después de verlo cien veces en la ficción. Como cuando juras que con tres copas de más soy capaz de bailar sevillanas según la ortodoxia.

Nos asaltaban dudas de intendencia y que vistas con perspectiva se antojan un poco idiotas:

—¿Cómo vamos a envolverlo en la alfombra de la habitación? No se me ocurre mejor manera de advertir que estamos trasladando a un muerto si alguien nos viera.

—Pero ¿quién nos va a ver? Bajamos directamente al garaje sin pasar por recepción. La chica duerme como una bendita.

—Mañana la echarán en falta.

—No creo, Marta. Es una alfombra del montón. Tiene que haber no menos de cinco tiendas donde podamos comprarla a primera hora y reponerla antes de que vengan a limpiar.

—Habrá que guarrearla un poco, si no va a ser un cante.

—No te obceques, mujer. Déjate ahora de chorradas.

El plan consistía en cargarlo en el maletero y huir de allí,

Sabíamos que André no se alojaba en ese hotel. El día anterior había visto a través la cristalera de la cafetería cómo lo dejaba un taxi en la puerta. Eso que en principio suponía una ventaja porque no teníamos que ocuparnos de su coche ni de que ningún testigo nos viera conduciéndolo, fue otro hándicap. El nuestro no arrancaba. No hubo forma. Nos dimos cuenta cuando ya nos habíamos desriñonado metiendo el paquete en el maletero. Las luces o la radio, si no las dos cosas, habían dejado la batería del Cabrio extenuada. La noche anterior, cuando llegamos de Cagnes-sur-Mer ya siendo casi de día, arrastradas por el sueño y con las fuerzas muy justitas, se ve que también volvimos con falta de lucidez.

Solo había otro vehículo en el garaje. El de la pareja de venerables ancianos.

Me acerqué a la ventanilla esperanzada de que los abuelos, despreocupados por estar en un hotel del barrio más tranquilo de la ciudad con menor nivel de delincuencia del mundo, se hubieran dejado las llaves puestas. Agua. Cerrado a cal y canto.

En una cosa no me equivoqué. Eran los seres más confiados y bondadosos del mundo. Bastó que interpretara mi papel favorito de enferma retorcida por el azote de dolor de un cólico

nefrítico, para que él, desorientado todavía por los golpes con los que aporreamos la puerta de su habitación, entre bostezos, y mesándose los cuatro pelos rebeldes y canosos que despuntaban en cresta, nos diera las llaves y nos invitara a que dispusiéramos de su coche para ir al hospital. «Es suyo. El coche es suyo, *madmoiselles*».

No sabíamos muy bien dónde nos podíamos deshacer del cadáver. Estando en la costa, no suelen faltar los acantilados. Tampoco fue necesario consensuarlo. Teníamos uno en mente. No porque fuéramos tan brujas o previsoras. Quién nos iba a decir que íbamos a acabar allí, lanzando al mar un cadáver amortajado en una alfombra. Pero estando en la playa nos habíamos fijado en aquella especie de versión reducida del peñón de Ifach que se divisaba hacia el nordeste.

En el coche no parabas de hablar. Lo necesitabas. Me contaste que, hasta que no subisteis a la habitación y os quedasteis solas, André no había hecho ni dicho nada que te hiciera sospechar sobre quién era realmente y cuáles eran sus verdaderas intenciones.

Creías que sumabas una conquista al palmarés, que llevártelo a la cama te serviría para que comiera de la palma de tu mano; para que fuera otro títere bailando al son que le marcaras. Sin embargo, nada más cerrarse la puerta, se transformó: «Me cogió del cuello y me estampó contra el espejo». El impacto te había provocado una pequeña brecha en la coronilla. Sangrabas todavía. Me pediste un pañuelo para no manchar el asiento del coche.

Te amenazó con contarle «a quién tú sabías» que estábamos engañándole con las cuentas, que estaba al tanto de todo. O soltábamos la mosca o íbamos a acabar muy mal. Las dos, «tu amiguita y tú». No encontrarían jamás nuestros cuerpos. Total, éramos unas indeseables y nadie nos iba a echar de menos. Fíjate qué paradojas.

«Somos unas indeseables», me repetía una y otra vez mientras veía volar el cuerpo sin vida de André destino al fondo del Mediterráneo.

Te pasé el brazo por el hombro. Te toqué la la cabeza, como hace una madre con su niña, buscando consolarte. Noté la humedad en mi mano. La tenía manchada de sangre. Como tú.

No te volví a preguntar nunca por el personaje misterioso que te convenció para que nos convirtiéramos en las enemigas número uno de los casinos. De la chaqueta de André había sacado su documentación. Llevaba una tarjeta con un teléfono. Sin nombre ni dirección.

Llamé. No dije nada. Colgué tras reconocer su voz. Era él, no había duda. Aunque hubiera pasado todo aquel tiempo; cerca de veinticinco años.



## Madrid, 2019

Revivo todo aquello y se me cruza una intuición: quizás no tarde en aflorar aquel episodio. Celeste ya lo debe haber leído. Lo recuerdo mientras espero a los policías en una sala acristalada de la planta noble de Canillas. Hoy me han trasladado aquí. Sospecho que hay novedades y volvemos a vernos las caras.

Me veo reflejada en el cristal de la jarra de agua con hielo que hay sobre la mesa. A su alrededor, solo tres vasos. No habrá invitados sorpresa.

Así es. Llega mi pareja preferida. Siento no recordar sus nombres. Siempre he sido horrorosa para retenerlos al contrario de lo que me ocurre con las caras, que no se me olvida una. Se presentaron el primer día. Luego me ha dado apuro reconocer que no me quedé con la copla.

A él le sienta bien el traje, a pesar de que le marca unas lorzcas contra las que debe batallar. Lo noto más en forma y le brilla la piel. No de sudor, sino de salud. Ella es una estiradilla se ponga lo que se ponga y está claro que no le dedica ni medio minuto cada mañana a decidir su vestuario. Se limita a trajes o vestidos chaqueta en tonos que puedan pasar inadvertidos en un funeral.

Sus primeras palabras son cordiales. Me preguntan qué tal estoy. Por un momento creo que van a soltar que se alegran de verme. De ahí a un «a ver cuándo acaba todo esto y nos tomamos unas cañas», hay un paso.

Me adelanto yo:

—¿Cómo está Óscar?

Se miran extrañados. Me ha salido de forma natural y sincera, pero sospecho que lo tan tomado por lo que no es. Siempre andan con la guardia en alto.

—Bien, bien. En franca mejoría. —Contesta ella como un autómatas mientras ordena los papeles que saca del bolso.

—¿Alguna novedad? —Quiero que me la cuenten ya. Empiezo a impacientarme.

—Alguna que otra, Alicia. —Es él quien inicia la exposición—. Hemos tardado algunos días más de lo previsto. Cuando hay que pedir un papelito a un juez, a veces las cosas se eternizan. Esperábamos la orden para instar a la empresa de la app, la de los contactos, para que nos permitieran acceder a los perfiles con lo que hubiera contactado tu amiga, Marta Suárez.

—Si esa persona estaba extorsionándola como tú sostienes, después del accidente se habría dado de baja. —Continúa la jefa—. No podíamos saberlo si la app no nos facilitaba esa información. Aquí está.

Pone sobre la mesa la foto en la que aparecían Marta y su acompañante en los estadios de Barcelona. Junto a ella despliega en forma de abanico otras cuatro o cinco donde se le distingue a él.

— Son las que usaba en su perfil. Saúl Maspons. Así se presentaba en la aplicación. No es su nombre real. Eso es lo de menos. ¿Sigues sin sonarte de nada?

Niego con la cabeza. Jamás lo he visto.

—¿Ni se te puede ocurrir para quién trabajaba?

—Tampoco. No sé.

—¿Marta tenía muchos enemigos?

—Uff —respondo resoplando. Es la pregunta del millón—. Imposible saber cuántos. Si tenemos que pensar en todos lo que tuvieran alguna cuenta pendiente con Marta, a todos a los que no les faltara un motivo para querer vengarse, no acabaríamos.

La jefa de policía vuelve a recurrir a su bolso mágico. Coge otra foto. Esta sí me suena.

—¿De dónde la habéis sacado? —Pregunto sorprendida. He entrado en la máquina del tiempo y he viajado veinticinco años atrás.

—La tenía tu amiga.

—No la vi entre las imágenes que me disteis —protesto.

—No estaba en su casa.

Me explican que la llevabas en la guantera. La acababan de recuperar junto al resto de tus objetos personales que encontraron en el interior de tu coche. No habían accedido a ella hasta que no se había desclasificado el caso, hasta que no hubo razones suficientes para entender que tu accidente no tenía nada que ver con la trama del excomisario Bermejo y las extorsiones desde las cloacas del Estado. Mientras había sido considerada «materia reservada» tampoco había tenido acceso a todo ese material desde mi puesto en la Tecnológica, por mucho que hubiera hurgado en los sistemas.

Era una de las tres fotos con las que te quitaste de en medio a tu primer escudero. El tipo que pensando que nos era tan fiel, nos traicionó a las dos: a Javier Dorado. A quien le volviste a dar una oportunidad y por su culpa nos embarcamos en el juego, en los casinos, en Niza. Por quien acabamos manchándonos las manos de sangre.

—Esta fue una de las pistas que confundió a los de Asuntos Internos. —El policía señala la foto de Dorado en corsé y en una posición que, sin pretender ser yo una guardiana de la moral, diremos que no era la más decorosa para formar parte de un álbum de familia. No hace falta que sea más explícito. Imagino que el interrogatorio se está grabando y el agente no quiere alardear de su grado de conocimiento sobre las prácticas del propio ministro en dependencias públicas, prácticas muy acordes con la postura en la que Dorado mostraba sus desnudas posaderas.

—¿Saúl actuaba según órdenes de Dorado? —Quiero que me confirmen lo que estoy entendiendo.

—Exactamente. Javier Dorado Requesens. Antiguo alumno de Derecho en Bellaterra, y al que ustedes dos conocían bien, si no nos ha mentado. Y no creo que tenga razones para hacerlo. Nos lo ha contado todo. No tiene nada que perder. Vive retirado desde hace mucho tiempo en un pueblito de Asturias. Con su novio, el propio Saúl.

—¡Lo han detenido! —No sé si lo pregunto, o lo doy por hecho y lo celebro— ¿Han detenido a Dorado?

—No. Javier Dorado está desahuciado, en pésimas condiciones de salud. Lleva tiempo así, aunque ahora está en las últimas. No le dan más de un mes de vida. —Chasca la lengua el policía—. Y Saúl, de momento, está en libertad. Con algún carguillo, pero en libertad. Está colaborando en la investigación. Mantiene que lo único de lo que se le puede acusar es de haber conquistado a una madura millonaria. Además, tiene pruebas documentales y testigos que lo sitúan en Llanes el día del accidente de Marta Suárez. Él no conducía el Tiguan que vio Celeste.

—Por cierto, ¿han sabido algo de ella? —Les desafío.

—Nosotros, no, Alicia. ¿Y tú? —La jefa acepta el reto.

Agacho la cabeza. Estoy preocupada. No por Celeste que, si todo marcha según lo previsto, debe estar bien. Me agobia que Javier Dorado haya decidido hablar a tumba abierta y remover el pasado. No arriesga nada. Temo que salga a flote el cadáver de André (es una forma de hablar), que nos acuse de su desaparición, que haya hablado de aquel episodio ahora que no tiene nada que perder. Ha pasado mucho tiempo, y nunca se nos relacionó con aquello. De hecho, André debía moverse tan en los bajos fondos que nunca supe que se abriera un caso al respecto. Me encargué de indagar. Nada. Ni aquí ni en Francia.

Sin embargo, el interrogatorio da un giro sorprendente y no por el camino que me estaba temiendo.

El agente se pone en pie. Se frota las manos y se las pone detrás de la espalda. Va hacia una de las paredes acristaladas. Y vuelve. Es el profesor que espera que la clase acabe de escribir una frase o asimilar una idea para enunciar algo más importante. Acerca su cara a la mía y me pregunta:

—¿Cuántas Elviras Arroyo sois?

Creo que lo tienen. ¡Menuda cagada, Alicia! ¡Menuda cagada!

—No le entiendo. —Marco la distancia de nuevo con el tratamiento de usted que habíamos abandonado.

—Yo creo que sí me entiendes. Marta compró unos billetes a nombre de Elvira Arroyo. Pero ¿quién alquiló un Tiguan con esa identidad? —Insiste el policía.

—Alicia, por favor. —Contemporiza la inspectora jefe—. Si colaboras será mucho mejor.

—¿Para vosotros o para quién? —Me pongo un poco gallita.

—Para todos, Alicia. Para todos. —Es una consideración de *El doble de Landa*.

—Saúl, el amigo de Javier Dorado, reconoce que alquiló un Tiguan aquellos meses en los que salió con Marta aquí en Madrid. En realidad, dos coches de ese mismo modelo, en dos momentos diferentes. —La voz de ella me suena estomagante. No puedo. Me levantaría y le soltaría un sopapo—. El segundo fue con el que entró en la urbanización de Mirasierra. ¿Sabes por qué lo hizo?

—Como no sea para asesinarlo... ¡Ni puta idea!

—Nos ha contado que lo hizo para implicarte a ti.

—¿A mí? ¡Qué coño...!

—Te estaba haciendo un seguimiento y te vio circular con uno. Comprobó dónde lo habías alquilado y fue a por el mismo. Y tenemos motivos para pensar que, casualmente, ese que tú conducías podría ser el mismo Tiguan negro con matrícula falsa que captaron las cámaras de Tráfico en el sur de Madrid y que sospechamos que es desde el que se dejaron despistados por la carretera doscientos cincuenta mil euros en billetes de quinientos. O sea, negros como el hollín.

—El mismo coche en el que se hizo un trabajito bastante chapucero para camuflar los números de la matrícula. Con cinta aislante y con laca, Alicia. ¡Joder! —El agente hace de poli malo, chusco—. ¿Fuiste tú, Alicia? ¿En serio? ¿Esa ñapa la hiciste tú?

—Ese Volkswagen lo retiró una tal Elvira Arroyo en un Rent a Car de Aranjuez ese mismo día, después de haber sido contratado el servicio por internet dos horas antes. En el concesionario no cotejaron si la documentación era falsa.

—Pues sería Marta. —Intento achicar aguas—. ¿Qué quieren que les diga?

—Marta, a esa hora, según los registros de los movimientos del teléfono móvil que pudimos recuperar, estaba cerca de Villalba. A ochenta kilómetros de allí. —La jefa echa por tierra mi argumento.

—En la empresa de alquiler han reconocido a Saúl y también tu foto. —Esto creo que es un farol del *españolazo*, pero considero que ya no puedo sostener el paripé ni un minuto más. Me repiten que cuentan con el testimonio de Saúl, quien asegura que me siguió y me vio circular con un Tigan negro ese día. Que sabe dónde alquilé uno... Podría ser. Así que cambio de estrategia y les cuento que sí, que fui yo quien se desprendió del dinero. Voy improvisando mi versión sobre la marcha, pero lo cierto es que ya no me quedan muchas alternativas y se ajusta a lo que ocurrió.

—¿Llevabas todo ese dinero encima? —En realidad el agente quiere saber por qué.

—Sí, antes de desparramarlo, sí. Lo llevaba en el coche.

—¿Sueles ir por ahí con esa cantidad encima?

—No, había ido a buscarlo.

—¿A dónde?

—Como comprenderá, no hay que ser muy avisado para deducir que, si Marta se dedicaba a lo que se dedicaba...

—Marta y tú. —*Doña precisiones.*

—...guardaba cierta cantidad de dinero en un lugar seguro. El que no se puede llevar al banco.

—¿Tenías que hacer algún pago?

—No, fui a comprobar si todavía estaba en su sitio o si el tipo del tatuaje había convencido a Marta para que lo desviara a otra causa.

—Y, evidentemente, estaba en su sitio. —Deduce *Einstein*—. Así que, antes de que un ajeno pudiera pegarle un pellizco a ese pastizal en efectivo, decides distraerlo tú.

—Eso es. Lo saqué a dar un garbeito. —Pá chula, la menda.

—Con tan mala suerte que se acababa de montar un dispositivo de control unos kilómetros más allá y alguien te avisa.

—No sé quién me puede avisar.

—Eso quisiéramos saber. ¿Quién más os da apoyo desde dentro? ¿Es del Ministerio o es alguien de la Guardia Civil? —La *conspiranoica* tiene voz femenina.

—Disculpe que me ría. Creo que todos somos mayorcitos como para saber cuándo se pasan de frenada con la fantasía en las pelis. ¿Quién cojones me va a alertar? Fue otra puñetera casualidad. No tenía ni idea de lo del control. Decidí echar a volar los billetes para dar la campanada. El mensaje le llegaría a Marta. Iba a ser algo muy sonado. Se enteraría y deduciría cuál era la procedencia del dinero.

Adivino que van a concluir que es imposible que me estén incriminando, que no tiene sentido que me invente algo así. Estoy reconociendo que manejo toda esa panoja en negro.

—No te salió bien, es evidente. —*La doctora muerte* me hiere de gravedad con esa puñetera frase.

«No te salió bien». Esa puta frase. Después de aguantar carros y carretas, de haberles mantenido el pulso y la mirada; tras haber aguantado el helor de la sangre en su punto necesario para noquear a Óscar, para quitar de en medio a Celeste para que no cometiera ningún desliz; a pesar del agotamiento físico y la extenuación psicológica que acumulaba, esa simple frase me dio en la línea de flotación y me derribó.

No. No me salió bien. Ese fue el principio de la debacle. No me sirvió de nada lanzar al aire un cuarto de millón. Se supo demasiado tarde. ¿Dónde coño están los medios de comunicación y su inmediatez cuando se les necesita?

Cuando trascendió el hecho, ya estabas en coma.

Me dejo caer abatida en aquella silla mínima, hallo ahí mi refugio, mi universo. Encajono mi cuerpo, ovillado. Me llevo las manos a la cara mientras mi voz de la Alicia fuerte e imperturbable ya se ha callado.

Sollozo con el corazón encogido.

—¿Paramos un momento? —Me ofrece la inspectora.

Niego con la cabeza. Por un momento tengo la impresión de que voy a rearmarme pronto. Y así es. Pero cuando lo hago, cambio el registro. La Alicia que habla se pone grave:

—Hace un año, días antes del accidente que acabó con Marta en coma, me había advertido de que había contactado con un tipo por el que se sintió atraída de verdad. Me confesó que se había quedado colgadísima, pero que se había equivocado. Por una vez en la vida había bajado a guardia, y la había cagado. —Yo sabía que no había sido la única. Niza sobrevuela de nuevo en mis pensamientos—. Aquel mamón al que había conocido picando de flor en flor, había empezado a enseñar los dientes. Era un tipo violento y no se fiaba de sus intenciones. Estaba asustada. ¡Estaba acojonada! Desconocida, como nunca la había visto. La extorsionaba. Sabía muchas cosas de ella.

» No me dio muchos datos sobre él. No supe si era por lo temerosa que estaba, porque quisiera protegerme. O tal vez amilanada por ese cabrón. Lo cierto es que, además de saber que lo había conocido por Tinder y de algún otro detalle menor que había cazado al vuelo en conversaciones distraídas, no sabía más que eso, que tenía un tatuaje, hecho que suponía un sacrilegio para los gustos estéticos de mi amiga. También que conducía un Tiguan de color negro.

» Así que, me puse a rastrear dentro de mis posibilidades. Estando al frente del departamento de la Tecnológica en la Policía no eran pocas. Andaba buscando al hijo de la gran puta que había sido capaz de darle a probar de su propia medicina, a quien había logrado robar a la ladrona, engañar a la mayor intoxicadora del mundo. A un tipo que había timado a la timadora. No sabía si había actuado solo o con apoyo logístico de una banda. Quizás era una pieza de un entramado en el que estuvieran envueltos los policías corruptos del comisario Bermejo, de la red de escuchas y toda la mierda de las cloacas del Estado.

» No tenía ni idea de cómo había podido engatusarla.

—¿Por qué estabas tan interesada en neutralizarlo?

— Al timarla a ella, nos dejaba en la ruina a las dos. —Les iba a decir que también por amor, pero eso no iba a ser eximente alguno, y no les iba a dar el gusto de recrearse en la telenovela—. ¡Con lo que nos había costado conseguir todo aquello que habíamos logrado! Habían sido tantos años de trabajo, de riesgo... Sí, ya sé que es cuestionable llamar trabajo noble a lo que hacíamos, pero había que destinarle esfuerzo, mucha inventiva y una dedicación total. Y, ¡hala! ¡Todo eso, tirado por la borda! Va la pérvida Marta y se encoña de ese fantasma sin rastro.

Bebo agua. Dos vasos. Sólo queda el resto de los hielos semi derretidos.

Me seco la comisura de los labios con la manga.

—Celeste vio a una mujer conduciendo, ¡claro! Esa mujer que esperaba que llegara algún día a su restaurante para tantearla y comprobar hasta dónde sabía. Celeste pensaba que entonces llegaría su momento. Le sacaría todo el dinero que quisiera porque la tendría pillada por los mismísimos huevos. Pero no contó con una cosa. Falló en lo mismo que no había tenido en cuenta Marta al pavonearse por ahí, follándose a uno y a otro; a un friki, a un ministro... No contó con algo que creía que le era ajeno, pero que cuando te da en la médula, no te puedes deshacer así como así. Algo que te condiciona y por lo que puedes perder el raciocinio y el oremus.

» Porque Celeste, aunque sabía que tenía que llegar ese momento, no calculó la opción de que la protagonista vistiera, según me dijo, «esa aura cautivadora». Había pronosticado que quien iba al volante de aquel coche algún día se presentaría ante ella. En la tele no paraban de hablar de la historia de la víctima, de la mujer más buscada por la Policía, del patrimonio que habría amasado. Se barajaban unas cifras que escapaban de las entendederas de Celeste.

» Aquello, pensaba Celeste, no fue accidental. Y si no lo fue, la causante tendría cierto interés en que no trascendiera. E igual que «pagando San Pedro canta», con la misma motivación Celeste sellaría sus labios de por vida.

» Cuando Celeste me vio llegar disfrazada de reportera televisiva, supo que esa mujer que conducía el Tiguan era yo.

Trago saliva. Se me hace imposible continuar.

Espero que la expresión de los policías me dé alguna pista sobre si han localizado a «la mesonera», si Celeste se ha ido ya de la lengua o si el dato revelador acaba de dejarlos sin habla. Deduzco que es lo segundo.

—Pero Celeste se enamoró de mí. Perdidamente. Como una niña. —Ahora proyecto la voz hacia un punto infinito de la pared que tengo enfrente. Alzo el tono. Quiero llegar a la Clínica Universitaria—. Sí, hija, sí. Como tú me hiciste creer que te había ocurrido conmigo, Marta. O yo me engañé. Me he engañado durante todos estos años. He sido la más lela, la más sumisa. Siempre soñando que en cuanto acumuláramos lo suficiente para retirarnos, lo haríamos juntas. Lejos de todo esto. Así pensé que sería cuando por fin cayera el telón. Cuando pudiéramos acabar con nuestro gran teatro. Cuando ya no nos hiciera falta seguir con la farsa de nuestras vidas y pudiéramos retirarnos y dejar de estafar y de dar golpe tras golpe.

» ¿Dónde, Marta? ¿Dónde me prometías que nos íbamos a perder? Porque cada vez era a un sitio diferente.

» Y llegó el hijo de puta del tatuaje. Yo solo quería asustarte. Me disfracé de quien pudiera ser él. Te quise demostrar que era un tipo peligroso, mucho más de lo que tú suponías. No había manera de convencerte de que lo tenías que dejar. Y te seguí. Te acosé.

» ¡La puta lluvia! ¡La puta carretera convertida en un río!

» Se me fue el coche, Marta. Un volantazo... un volantazo con el coche descontrolado, como un barco a la deriva. El coche me llevaba donde quería.

» Te saqué de la carretera, pero esa no era mi intención, Marta. Te juro por lo que más quiero, y esa sigues siendo tú, que no era ese el plan, Marta.

Espero que algún día leas esto.

Ponte en el caso de que se hubiera dado el milagro y te hubieras despertado. Los músculos lacios y las carnes caídas se recuperan con su poco de gimnasio y ya está, chica. Todas lo necesitamos a nuestra edad, estemos o no en letargo. Ponte en el caso también, poco probable pero no del todo imposible según el criterio médico, de que no te deja secuelas graves como para llevar una vida más o menos normal. ¿Dónde te la ibas a pasar con todo cuanto te puede imputar?

¿Dónde te ibas a pasar esa vida que no sería vida? ¿En la cárcel, como yo?

Tú podrías salir de tu cárcel ante que yo de la mía.

Han pasado los dos años que necesitaba para recopilar toda la información, ordenarla, hacer memoria, leerme los diarios que escribió Celeste en nuestra guarida, en el búnker junto al desguace en la carretera de Toledo. Hoy mismo hemos tenido otro vis a vis. Me visita cada vez que se lo permiten. Yo te lo perdoné todo a ti. Espero que Celeste sea capaz de hacer lo mismo.

He podido acabar este libro para ti y para el mundo. Junto con lo que pude salvar de las cuentas en las Islas Caimán y los derechos de autora, me van a permitir olvidarte. Intentarlo, al menos.

Aquí tienes el tercer volumen, Marta. El que faltaba. Solo sueño con que despiertes y me cuentes qué te ha parecido. Celebraré ese momento. Incluso si lo desgajas con rabia delante de mí y me espetas ¿Pero qué mierda has escrito?

# Índice

*Sentada al borde de la cama*

*Parte I*

*1*

*Madrid, 2019*

*2*

*3*

*Madrid, 2018*

*4*

*UAB, 1994*

*5*

*Madrid, 2019*

*6*

*7*

*Madrid, 2019*

*8*

*UAB, 1995*

*9*

*Madrid, 2018*

*10*

*UAB, 1995*

*11*

*Madrid, marzo de 2019*

*12*

*13*

*Madrid, marzo de 2019*



14

15

Parte II

16

17

Celeste

18

El interrogatorio

19

El zulo

20

El Interrogatorio

21

Celeste

22

El Interrogatorio

23

Cuenta atrás

24

25

26

27

28

Madrid, 2019

29